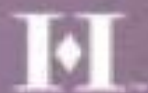


Amantes

Lyn
Randal
Todo por amor



Amantes

Lyn
Randal
Todo por amor



Lyn Randal

Todo por amor

OceanofPDF.com

Prólogo

Roma, 10 de julio, año 106 d. C

Por primera vez en su vida, Donatus se alegraba de que su padre hubiera muerto. Un hombre muerto no podía sollozar al ver a su hijo en aquel lugar ni tener que soportar la caída en desgracia del honorable nombre de su familia.

Donatus no debía estar allí. Era, después de todo, Marcus Flavius Donatus, un apellido patricio tan antiguo como la arena ensangrentada que se esparcía bajo sus botas, el apellido noble de una estirpe de senadores romanos que se remontaba a los primeros tiempos del imperio. De cumplirse la tradición, Donatus debería haber seguido sus pasos, y sin duda habría sido un buen senador. En política era conservador, y cauto en la elección de sus amistades. Le gustaba la buena comida y el buen vino, placeres de los que nunca abusaba. Sentía afecto por muchas mujeres, pero en su vida sólo había amado a una.

Por eso jamás, en sus treinta años de vida, pudo llegar a imaginarse en aquella situación, en absoluto. Él era un oficial de caballería, un veterano de las guerras dacias; era un decurión, condecorado en dos ocasiones por su arrojo y valentía, una de ellas por el mismísimo emperador Trajano. En aquella ocasión, el emperador le había sonreído al entregarle la corona áurea, la corona de oro, porque conocía bien el nombre patricio de aquel valiente soldado que había servido con honra para defender la grandeza del imperio.

Ahora el emperador no sonreía, sentado cómodamente y rodeado de su séquito en el pulvinar, la tribuna presidencial desde donde disfrutaba de los juegos en el anfiteatro de Roma. Donatus sabía que podía quitarse el casco que ocultaba su identidad y suplicarle clemencia; tal era su derecho como ciudadano romano. Pero si lo hacía, habría preguntas. Demasiadas preguntas a las que no deseaba responder.

Lo paradójico era que el contrincante que ahora giraba a su alrededor observándolo con ojos cautos y dispuesto a atacar en cualquier momento no sabía nada de nombres patricios, y lo único que le preocupaba era alcanzar la fama y la gloria como gladiador, un *retiarius*, que luchaba con red y tridente. Donatus sólo lo conocía por el nombre de Hermes, y lo había visto entrenar, a él y a todos los demás. Sabía que Hermes no era el mejor, a pesar de que ya había matado en dos ocasiones. Sus víctimas fueron criminales condenados, no luchadores profesionales, hombres sin ningún tipo de preparación física a los que se podía matar fácilmente.

Donatus por su parte había estado en la guerra. Sabía matar utilizando una mano o las dos, sabía matar con la mano derecha y también con la izquierda, lanzando una jabalina o empuñando una espada, y por supuesto con sus propias manos. Y en aquel momento tenía toda la intención de matar a Hermes.

Donatus calculó el peso de la afilada *gladius* que sostenía en la mano mientras se desplazaba en círculo y estudiaba a su oponente, en especial sus ojos. Éste lanzó la red.

Donatus reaccionó a tiempo, se encogió y utilizó el escudo para rechazarla. Justo antes de lanzarla, Hermes entrecerró ligeramente los ojos, movimiento que sirvió para avisar a Donatus de lo que iba a hacer. Y acto seguido, éste, rechazando el tridente con el escudo, atacó agresivamente con la espada. La fuerza y velocidad del ataque hizo caer a Hermes, que abrió desmesuradamente los ojos, con incredulidad, y el *retiarius* perdió por un momento la concentración. Sólo un momento, pero suficiente para que Donatus fuera el primero en herirle y derramar su sangre, al hacerle un tajo

en el brazo derecho.

Hermes se tambaleó hacia atrás, goteando sangre, entre los abucheos de la multitud que contemplaba la pelea desde las gradas y agitaba los brazos y se levantaba de sus asientos.

El *retiarius* miró hacia las gradas, y Donatus supo anticipar su reacción. Por eso estaba preparado cuando Hermes se abalanzó contra él con el tridente para mantenerlo a distancia y se fue moviendo hacia la red, que recogió del suelo con un movimiento rápido.

Donatus observaba los ojos del hombre sin dejar de moverse en círculo con él en una macabra coreografía de vida o muerte. Cuando el gladiador entrecerró los ojos, Donatus se lanzó a un lado con la agilidad de un felino y logró sortear la red, que cayó al suelo. Donatus se agachó y la sujetó con mano firme, utilizándola para tirar de Hermes hacia él. En su arrogancia, el *retiarius* se la había atado por un extremo al cinturón. Hermes trató de zafarse y con una daga cortó el extremo de la red, pero no a tiempo de evitar la espada.

Donatus movió la espada rápidamente, con fuerza, una y otra vez, hasta que vio la oportunidad, cambió de manos y sorprendió a Hermes con un ataque con la izquierda contra el hombro derecho. Hermes gruñó y dejó caer el tridente, tan sólo un momento antes de darle la espalda y salir huyendo, la única defensa que le quedaba.

Donatus avanzó hacia su presa. Al principio pensó que el rugir de la multitud era por él, por la sangre que estaba a punto de derramar. Sin embargo el retumbar del coliseo se convirtió en un nombre.

El nombre de Leda.

—¡Leda! ¡Leda! ¡Leda!

Donatus no se volvió para verla, pero sabía que ella estaba allí. Sintió su presencia y eso le puso furioso.

En seguida la vio a su lado, vestida con ropas de combate, con el casco bajo el brazo. El lanista corría tras ella con los brazos levantados indicando a los luchadores que interrumpieran la pelea. Los ojos de Donatus no se detuvieron en él ni en su rival.

—¿Qué haces aquí? —masculló furioso sintiendo el sabor del sudor en los labios.

—Quítate el casco, Donatus.

Donatus la miró, primero a ella y después a Hermes, que se movía sigilosamente hacia la red.

—Vete de aquí -dijo él, temiendo por ella-. Déjame terminar. Lo mataré.

Donatus la empujó a un lado y alzó la espada. Ella dio un paso hacia delante, le puso una mano sobre la suya, en la empuñadura, y habló con voz fuerte, suplicante, como si le importara. Aunque él sabía que no era así.

—Confía en mí, Donatus -dijo ella-. Quítate el casco.

Donatus sacudió la cabeza y señaló con la espada hacia Hermes. El *retiarius* se detuvo, cauto. El lanista continuó avanzando.

Los ojos femeninos se llenaron de lágrimas. El tono de su voz cambió y se tensó.

—Por favor, Donatus. Sólo un momento. Sólo un momento. Quítate el casco.

¿A qué estaba jugando ahora?, se preguntó Donatus.

—El emperador -murmuró ella con urgencia mientras el lanista se acercaba-. El emperador debe ver tu rostro. Créeme.

Donatus la miró desde su altura, con la respiración entrecortada.

–Que los dioses se apiaden de mí -dijo en voz baja-. Si muero, moriré por ti.

–No es necesario morir, Donatus -dijo ella-. Quítate el casco y mira al emperador.

Donatus titubeó un momento, después bajó el escudo y con la mano izquierda se desabrochó la cinta de cuero que le sujetaba el casco y se lo quitó. Se volvió. Sus ojos se encontraron con los del emperador. El rostro de Trajano se desencajó. Donatus quería hablar, estaba abriendo la boca para formar la primera palabra cuando sintió una explosión de intenso dolor, un estallido de su cerebro y algo que se le hacía añicos detrás de los ojos. Después, sólo oscuridad...



Uno

Cuatro meses antes

Roma, 19 de marzo, año 106 d. C.

Valerius Leptis tenía la empalagosa sonrisa de un chacal. Con la falsedad que lo caracterizaba observaba a Donatus desde el otro lado de la mesa, con las puntas de los dedos unidas sobre el pecho.

—Mi hija... Mmm -dijo el chacal entrecerrando los ojos-. Interesante que te presentes aquí ahora preguntando por ella. Quieres saber dónde está, ¿no es así?

«Tranquilo, tranquilo», se recordó Donatus. «No te precipites en el ataque, deja que tu enemigo se acerque aquí. Tómate tu tiempo. Piensa bien tus opciones».

—¿Dónde está, Leptis?

Leptis ladeó la cabeza y sonrió. Eludiendo la pregunta, el hombre señaló la toga de Donatus con un movimiento casi imperceptible.

—Veo por el borde rojo de tu toga que ahora ocupas el lugar de tu padre en el Senado.

—Sí.

—Un hombre excelente, tu padre -declaró Leptis asintiendo con la cabeza con gesto de aprobación-. Muy querido, y a quien echamos mucho de menos.

–Sí.

Tras un largo silencio, Leptis estudió a Donatus con cuidado.

–¿O sea que ahora eres el *pater familias* de tu casa y sin duda deseas casarte para asegurarte un heredero?

Donatus tenía las mandíbulas tan apretadas que no respondió.

–Sin duda deseas encontrar una esposa de noble rango. Una esposa patricia, hija de senadores, claro -dijo en tono meloso-. Qué agradable que hayas pensado en Lelia. Estaba seguro de que te habías olvidado por completo de ella. Dos años es mucho tiempo.

–¿Dónde está, Leptis? – Donatus empezaba a perder la paciencia.

Los labios de Leptis temblaron ligeramente. Era evidente que estaba disfrutando de la conversación y el poder que parecía tener sobre ella.

–Ah, ésa es la cuestión. Tengo entendido que has estado buscándola, Flavius Donatus. Según me han informado, has estado preguntando por ella desde el momento que regresaste a Roma. Pero no has podido localizarla, ¿verdad?, y ahora te presentas ante mí como el cerdo cobarde que eres.

Donatus tuvo que hacer un gran esfuerzo para mantener la calma.

–El pasado es sólo eso. Pasado. Dime dónde está, maldita sea. Permíteme que le ofrezca un matrimonio honrado.

Leptis alzó una ceja.

–Qué decente por tu parte querer hacerlo ahora, dos años después de los hechos.

–Entonces no podía. Mi padre había elegido para mí una carrera militar -trató de explicarse Donatus-. Mi obligación era servir a Roma.

Los ojos de Leptis se endurecieron.

–Podías haberlo pensado un poco antes -masculló el hombre mayor-. Antes de convertirla en una ramera.

Donatus apretó los puños, reprimiendo el impulso de dar un puñetazo al otro hombre.

–Lelia nunca ha sido una ramera -dijo sin alzar la voz-. Vuelve a llamarla así y te mataré -añadió en un tono amenazante que no dejaba dudas.

Leptis se puso en pie.

–Oh, esto sí que es un cambio. ¿Ahora finges amarla? ¿Ahora exiges que sea respetada? – miró a Donatus con infinito desprecio-. Una lástima que no seas como tu padre. Una lástima que te parezcas más a tu madre, inútil hijo de...

Leptis no llegó a ver el puño. Cayó hacia atrás desplomándose sobre la silla, y se llevó una mano al corte que ahora le marcaba el labio. Con la mano ensangrentada, gritó furioso a Donatus.

–¡Vete de mi casa, perro insolente! ¡Vete de mi casa y no se te ocurra volver por aquí!

Donatus se plantó ante él sin dejarse amedrentar.

–La encontraré, Leptis. Con tu ayuda o sin ella, la encontraré.

Donatus giró sobre sus talones y salió de la habitación. Con pasos firmes cruzó el *atrium* con sus flores de ricos colores y la fuente en el centro. Al acercarse a la puerta de la calle, oyó que alguien decía su nombre en apenas un susurro y volvió la cabeza.

Una mujer joven miraba ansiosa hacia la puerta por la que acababa de salir.

Se parecía tanto a Lelia que a Donatus se le encogió el pecho. La hermana pequeña de Lelia. Tenía que ser ella.

La joven salió rápidamente de detrás de la columna.

—Ve a los juegos -susurró ella-. Allí encontrarás lo que buscas.

—¿Por qué dices eso? — preguntó él.

La joven sacudió nerviosa la cabeza y miró de nuevo hacia la sala donde estaba Leptis.

—Ve al anfiteatro a ver los juegos de la tarde. Es todo lo que puedo decir ahora. Es todo lo que me atrevo a decir.

Donatus fue a preguntar algo más, pero ella levantó la mano para acallarlo, sacudió la cabeza, y desapareció con la misma rapidez y sigilo con que había aparecido.

Las calles estaban llenas de gente, la mayoría clientes dirigiéndose a buscar el favor de sus ricos mecenas. Donatus suspiró y se dijo que debía haberse quedado en casa, ocupándose de sus asuntos y recibiendo a sus propios clientes.

¿Por qué había ido a ver a Leptis? Ignoraba que éste había descubierto su aventura con Lelia, y esperaba que el anciano le dijera dónde encontrarla y le diera su autorización para cortejarla.

Sin duda esta vez las Parcas habían enmarañado los hilos de su vida, pensó él, aunque con su ayuda, desde luego. Pero ¿para qué? Lo único aceptable habría sido contraer matrimonio con ella, pero entonces él era un legionario al servicio de Roma, con la prohibición de casarse mientras duraran sus años de servicio al emperador.

Por honor debía haberse olvidado de los anhelos de su corazón. En aquel

momento Lelia no podía ser suya. Sin embargo, Donatus no pudo evitarlo. La necesitaba con una intensidad que no alcanzaba a comprender, y sentía por ella una fascinación muy por encima de lo que nunca pudo llegar a imaginar.

Y por eso decidió cortejarla en secreto, sabiendo que la costumbre exigía tener la autorización de Leptis, su padre. Una pasión clandestina como aquella era peligrosa, pero fue incapaz de resistirse. Desde el primer momento que la vio, desde que los ojos violeta de la joven se encontraron con los suyos, Lelia se convirtió en su obsesión. Donatus lo arriesgó todo para acariciar la larga melena azabache que caía sobre sus hombros, para sostener el delicioso peso de los senos en la palma de la mano, para sentir las piernas largas y torneadas alrededor de su cintura.

Ahora sabía que debió ser más cauto. A los veintiocho años, ya era un hombre adulto, lo suficientemente mayor para ser responsable de sus actos y tomar decisiones en consecuencia.

Al final, muy a su pesar, tuvo que marcharse. Lelia quería casarse, pero él no podía. Por fin ella lo obligó a elegir, sin saber lo que le pedía, sin entender todo lo que él le debía a su padre.

Durante semanas, Donatus se debatió entre el desquiciante dilema, y llegó a desear poder refugiarse en el alivio de la legión, donde nadie ponía en duda sus actos.

Por eso se dirigió hacia el este con la Segunda Caballería de Panonia y un fuerte destacamento de la Séptima Legión. Durante el día se veía consumido por sus obligaciones. Por las noches, apenas lograba conciliar el sueño en su tienda a causa de los remordimientos que le devoraban.

Al llegar a su destino luchó contra los dacios con tal ardor que hasta sus hombres dudaron de su cordura. Su valentía le conquistó la gloria, pero no logró mitigar su dolor.

Soñaba con ella. No lograba olvidar su sabor, la sedosa textura de su piel, la

risa enronquecida que lo volvía loco.

No podía olvidarla.

Estaba con el ejército de Trajano en lo más profundo de los Cárpatos cuando recibió noticias de la muerte de su padre. Su comandante le puso una mano en el hombro y lo animó a regresar a Roma.

—Los decuriones son prescindibles, hijo mío -le había dicho su superior-, los senadores no. Vuelve a casa, Donatus. Cásate y da vida a una nueva generación de romanos orgullosos. Tu lugar ya no es la guerra, es el Senado.

Le resultó extraño regresar a Roma sin el casco de hierro ni la coraza de malla, acompañado tan sólo por un pequeño séquito y Lucan, el vexillarius que llevaba el estandarte de su tropa de caballería y que era desde hacía tiempo su amigo más leal.

Más extraño le resultó asumir el papel de su padre, el cabeza de familia, y pensar en administrar su hacienda y su fortuna, valorada en más de diez millones de sestercios, así como ocuparse del bienestar de cientos de esclavos y clientes.

Pero lo más extraño de todo fue ocupar su lugar heredado en el Senado. Él, Donatus, que apenas unas semanas antes iba montado a lomos de un hediondo caballo de la Segunda Caballería de Panonia del Ejército de Trajano vestía ahora la túnica de senador con el característico ribete carmesí que indicaba su alto rango.

Lo único que no le extrañó de su regreso fue la decisión de buscar a Lelia y hacerla su esposa. Ya era hora. Ahora podía ofrecerle matrimonio. Él necesitaba un heredero, y no podía imaginar tener un hijo con nadie que no fuera ella.

Sin embargo, cuando empezó a buscarla no encontró más que una pared de silencio a cada paso. Nadie sabía dónde estaba. Ninguno de sus antiguos

amigos la había visto, y todos parecían muy reticentes a hablar de ella. Acudió a Leptis como último recurso, y ahora este último recurso también le había fallado.

Bueno, quizá todavía pudiera hacer una cosa, pensó al recordar las misteriosas palabras de la hermana de Lelia. ¿Los juegos de los gladiadores en el anfiteatro? Una extraña sugerencia, desde luego.

No recordaba que a Lelia le gustaran. Pero de momento, aquella extraña sugerencia era lo único que tenía.

Donatus llegó al Anfiteatro Flavius con suficiente antelación como para ver dos luchas de gladiadores antes de que llegara su amigo Lucan. Hacía tiempo que no iba a los juegos. En su juventud le gustaban, pero ahora le recordaban demasiado a la guerra y al inútil derramamiento de sangre del que tantas veces había sido testigo en los últimos años.

Sentía respeto por los gladiadores, por su fuerza y su valentía, pero ninguno por el gentío que calmaba su sed de sangre sentado cómodamente en las gradas, viendo morir a hombres valientes antes de volver a dormir tranquilamente en sus camas.

Donatus respiró profundamente y se frotó la tensión de la nuca. Él había cambiado mucho, sí, sin duda como consecuencia de la guerra.

De ello se dio cuenta al encontrarse con un antiguo conocido, ahora senador como él.

A Plinius Caecilius Falco le gustó ver a Donatus. Le estrechó la mano y se sentó a su lado. Durante un rato estuvo entreteniendo a Donatus y Lucan con sus apasionados comentarios, su conocimiento de los gladiadores y los cotilleos sobre los mismos. Como espectador además, Falco gritaba, aplaudía, abucheaba a unos gladiadores y animaba ruidosamente a otros.

Donatus y Lucan se miraron un par de veces y se encogieron de hombros

con resignación. Quizás si no hubieran visto tanta muerte en los últimos años serían como Falco, pero Donatus sólo estaba allí por la remota posibilidad de conocer alguna pista que le llevara más cerca de Lelia.

Permaneció sentado pero sus ojos iban con frecuencia hacia la zona donde se sentaban las mujeres con sus esclavas. ¿Estaría allí? ¿Sería capaz de reconocerla?

Las trompetas empezaron a sonar. Falco se echó a reír y se concentró en los dos combatientes que entraron en la arena. Donatus también miró y su sorpresa fue mayúscula.

Uno de los gladiadores era una mujer. Su rival, un enano jorobado. Los dos llevaban coraza, casco con penacho y escudo, y los dos levantaron sus espadas a la vez. El rugido de la multitud era ensordecedor. Ninguno de los contrincantes anteriores había provocado una reacción como aquélla.

—Los vítores son por ella -dijo Falco señalando a la gladiadora.

Lucan apenas podía esconder su sorpresa y contemplaba la escena con preocupación.

—¿Una mujer? ¿Ahora los *ludi* preparan a mujeres para pelear?

—Las cosas han cambiado mucho desde que dejasteis Roma-dijo Falco, prácticamente temblando de entusiasmo-. Lo que hace dos años complacía al gentío ahora sólo provoca aburrimiento. Ah, pero pronto os acostumbraréis. Ver luchar a una mujer es muy excitante. Casi tanto como acostarse con ella -dijo, y se echó a reír-. Casi.

Donatus estaba más de acuerdo con Lucan que con Falco.

—¿Y quién es esa mujer que difama su género de esta manera y menosprecia la ternura de su propio sexo?

Falco apenas podía apartar los ojos de la arena.

–Se llama Leda. Empezó a pelear hace nueve meses. Hasta el momento ha luchado cinco veces.

–¿Y matado?

–Todavía a ningún humano. Cuatro bestias: dos leones, un toro y una tigresa. Después luchó contra otra mujer, una que duplicaba su tamaño. El mismísimo emperador vio la pelea y el valor de Leda le impresionó hasta tal punto que declaró el combate empatado y premió a ambas combatientes con un montón de oro -explicó Falco, y volvió a mirar hacia la arena del coliseo donde los gladiadores intercambiaban ya golpes de espada-. Es muy buena y no le falta valor. Como habéis visto, ahora es la gladiadora más famosa de Roma. Y guapa, también.

Donatus concentró su atención en la arena, incómodo ante la idea de ver luchar a una mujer, quizá incluso verla morir.

Pero mientras la contemplaba no pudo evitar admirar su destreza. La gladiadora se movía con una agilidad casi sensual, los muslos húmedos brillaban cubiertos de sudor más arriba del brillante metal de las grebas que le cubrían las pantorrillas. Flexible como un felino, la gladiadora era incansable y movía la espada con tal rapidez que obligaba al enano a mantenerse en constante defensa.

A medida que avanzaba el enfrentamiento, Donatus se dio cuenta de que el público estaba embelesado con ella, que los movimientos de la mujer iban tejiendo sobre todos los presentes un hechizo de pasión y melancolía, como si su alma gritara con los lamentos metálicos de la espada. Dos veces pareció estar el enano al borde de la victoria, gracias a su superior fuerza. Dos veces Donatus contuvo el aliento, suplicando en silencio para que ella se recuperara. Y cuando ésta lo hizo, toda la multitud suspiró de alivio.

–Es buena -dijo Lucan en voz baja junto a él-. Es muy buena, pero me duele verla. ¿Por qué lo hace?

Donatus asintió sin responder. Era el mismo interrogante que se hacía él.

Pero Donatus nos tardó en entender el motivo.

Leda seducía a la multitud con la fuerza de su personalidad. Luchaba sin cautela, como una tigresa acorralada, y a la vez parecía esperar la muerte. Y entonces Donatus también entendió la razón que le llevaba a blandir aquella espada. La gladiadora luchaba por sobrevivir, y sin embargo deseaba morir.

Sintió que había conectado con ella hasta un punto que no podía entender, y eso le hacía sufrir. Sin darse cuenta, apretó con la mano la imaginaria empuñadura de una espada, como si pudiera luchar por ella, como si su fuerza y su voluntad pudieran ayudarla.

Sin dejar de mirarla, continuó esperando y temiendo el desenlace de aquel descabellado enfrentamiento. Si la mujer caía, él sabría que había perdido algo irremplazable, sin saber qué era.

La pelea continuó de manera interminable, frustrante, pero parecía decantarse a favor de la mujer. No era tan fuerte como el enano, pero su resistencia era formidable.

Al final, el enano, agotado, perdió la concentración e hizo un movimiento en falso. Ella lo aprovechó y lo tiró al suelo, poniéndole la espada en la garganta.

—Por todos los dioses -exclamó Lucan junto a Donatus-. Ahora tendrá que matarlo.

Donatus observaba en silencio. La decisión era del público, y aquel día los espectadores debían sentirse generosos. El enano había luchado con valentía y le concedieron seguir con vida. La gladiadora se levantó y envainó la espada. Después ayudó a su rival a levantarse, le rodeó el cuerpo con un brazo y se lo llevó de la arena. El público rompió en vítores y no tardó en aclamar su nombre.

—¡Le-da! ¡Le-da! ¡Le-da!

Ésta volvió al ruedo. Con cada paso que daba hacia el centro del anfiteatro, el penacho amarillo que coronaba el casco se balanceaba. Donatus, enmudecido por su presencia, contempló como ella respondía al clamor de sus admiradores con una reverencia. Después, levantó los dos brazos en el aire con los puños cerrados.

—¡Le-da! ¡Le-da! ¡Le-da!

Ella volvió a inclinarse, pero los vítores y los aplausos no decayeron.

Donatus contuvo el aliento al ver a la gladiadora titubear un momento. La multitud enloqueció cuando ella dio un paso hacia adelante y se llevó una mano a la cinta de cuero que le sujetaba el casco. Lentamente la desabrochó y se quitó el casco de la cabeza, sacudiendo la larga trenza azabache en la que llevaba recogido el pelo.

Donatus tardó un momento en digerir lo que estaba viendo: la larga trenza negra, ahora empapada en sudor, los ojos enormes, la estructura del rostro.

La mujer era muy bella. El sueño que le había obsesionado durante dos largos años, de noche y de día, dormido y despierto.

Era Lelia.

Para Donatus fue como si le hubieran clavado una jabalina en las entrañas.



Dos

Donatus encontró a Lucan en la cocina, tal y como habían quedado. Cuando Donatus se acercó a la mesa, su amigo sonrió estirando las piernas y apartando los restos de varios platos.

—Creía que no ibas a venir nunca -dijo Lucan-. Y la verdad, si tardas un poco más, me habría matado con toda esta comida. Está deliciosa, ¡y el vino ni te digo! —añadió poniendo los ojos en blanco en un gesto de exagerado placer.

—Llevas mucho tiempo comiendo raciones de soldados -dijo Donatus recogiendo la toga y sentándose frente a él.

—Cierto -Lucan se echó hacia delante y lo observó un momento-. ¿Y tú? Por tu expresión diría que la noticia no es buena.

—No, no lo es -Donatus sacudió negativamente la cabeza.

—¿Has averiguado lo que deseabas?

—Creo que sí. Gracias a los dioses, algunos de los esclavos de Leptis valoran más el dinero que la lealtad a su amo. Han estado encantados de contarme todo lo que sabían.

—¿Saben por qué terminó Lelia peleando en el anfiteatro como una gladiadora?

—No con exactitud, pero a juzgar por lo que he podido adivinar en sus palabras, yo soy el culpable -dijo Donatus.

Lucan dio un puñetazo en la mesa.

—¿Tú? ¡Pero tú estabas en Dacia!

—Por eso precisamente -Donatus bebió un lento trago de vino, deseando poder eliminar la amargura de las palabras que debía decir-. Cuando empecé a estar con Lelia no sabía que su padre ya la había prometido a otro hombre. Se llama Scipio Paullus, un senador poderoso e influyente. Su unión habría servido para colmar las aspiraciones de Leptis, aunque probablemente no las de Lelia -continuó explicando a su amigo-. Paullus es viejo y arrogante. Para controlarla habría tenido que subyugarla, y, créeme, no habría dudado en hacerlo.

Donatus bebió otro largo trago de vino.

—Ahora ya no importa. Por lo visto mi relación con Lelia estropeó el trato.

—¿Cómo? Leptis no lo sabía.

—Una de las condiciones que impuso Paullus era que su futura esposa fuera virgen -Donatus hizo una pausa antes de continuar-. Cuando me fui, Lelia tuvo que confesar a su padre que no se podía casar con Paullus y explicarle el motivo. Leptis se enfureció y tuvieron una terrible discusión. La madre de Lelia intentó apaciguar a Leptis, pero éste no dio marcha atrás, y por lo que me han dicho los esclavos la maldijo, la repudió y la arrastró a la calle como si fuera basura. Leptis le dijo que ya que se había convertido en una ramera conmigo, a lo mejor podía ganarse el pan con lo que había aprendido.

Lucan volvió a golpear la mesa.

—¿Qué padre haría eso a su propia hija?

Donatus no respondió. Él era en parte culpable de lo sucedido.

—Te casarás con ella, claro -dijo Lucan tras un largo silencio.

—Por supuesto. Arreglaré esta situación, Lucan. Estoy seguro de que ella me odia y no confiará en mí, pero estoy preparado. Porque si no la saco del anfiteatro cuanto antes, alguien terminará matándola. No sé cuándo, pero sé que algún día morirá en esa arena. Y yo no podría perdonármelo nunca.

Lucan asintió y respiró profundamente.

—Entonces, amigo mío, tienes mucho que hacer.

Donatus sonrió por primera vez. Ya lo había pensado. Desde luego.

Valeria Lelia se metió por el estrecho y hediondo callejón que llevaba al diminuto y lúgubre cubículo que era su apartamento. El lugar apestaba a orín y excrementos, pero ella estaba demasiado cansada y el corte en el muslo derecho le dolía. El esclavo que se lo cosió le dijo que tardaría en cicatrizar al menos tres o cuatro semanas. También le había dicho a Brocchus que durante ese tiempo Lelia no debía pelear ni entrenar. Lelia suspiró recordando la expresión en el rostro del lanista.

Debía esperar que volviera pronto a la arena, a pesar de que ya peleaba más de lo acostumbrado. Nadie puede anticipar su repentina popularidad, que aunque desagradaba a Lelia, complacía profundamente al lanista, su jefe, o mejor dicho su dueño. La inversión en ella estaba procurándole grandes beneficios, o al menos lo haría mientras ella continuará peleando.

Cojeando, Lelia subió despacio las escaleras del viejo edificio, de una en una, tratando de no pensar demasiado en los puntos. Al llegar al rellano, una figura se movió hacia ella y ella se echó hacia atrás instintivamente. Se tambaleó al borde de la escalera y empezó a caer, a la vez que trataba de sujetarse a algo con las manos.

El hombre que la asustó la sujetó con fuerza y la apretó contra su pecho. Lelia jadeó, preocupada por su torpeza y agradecida por los brazos que la sujetaban.

Levantó la cara para darle las gracias, pero al ver el rostro del hombre enmudeció durante un largo momento.

—¿Donatus? — logró decir por fin-. ¿Eres tú?

—Sí, Lelia -dijo, su voz más suave y cálida de lo que recordaba.

Lelia se tensó. Maldición. Era Donatus, apretándola contra su cuerpo, acelerándole la respiración y los latidos del corazón. Se apartó de él, dio un paso atrás y lo miró.

Era atractivo, tremendamente atractivo. Al verlo sintió ganas de llorar, y eso la enfureció. Había jurado odiarlo. Lo odiaba. Pero al verlo no pudo dejar de sentir de nuevo todos los sentimientos de antaño hacia él.

Se obligó a distanciarse y adoptar una actitud fría y lejana.

—¿Cómo me has encontrado?

—Uno de los entrenadores del *ludus* me ha dicho dónde vives.

—Entonces lo sabes -dijo ella, desviando la mirada, sorprendida por el ardor que le cubría las mejillas. Cuadró los hombros-. No me avergüenzo. Se me da bien.

—Lo sé. Hoy te he visto.

Donatus habló despacio, como si tratara de no mostrar ningún tipo de emoción.

Lelia se encogió de hombros y ocultó sus verdaderos sentimientos.

—O sea que has decidido volver de la guerra. ¿Qué quieres de mí?

Donatus la estudió en silencio y ella contuvo la respiración, mirando los ojos verdes de él, tan intensos y tan bellos que no parecían pertenecer a un

hombre. Siempre la habían dejado sin respiración, sobre todo cuando él dormía y las pestañas negras descansaban junto a los pómulos huesudos y bronceados.

—Tenemos que hablar -dijo él-. No aquí en las escaleras. ¿Hay algún lugar más privado?

—¿Oh? ¿Como mi dormitorio? ¿Dónde haya un colchón blando?

Los ojos de Donatus la miraron cargados de tristeza.

—No necesitamos una cama. Sólo un lugar donde no nos interrumpen. Tu apartamento si está cerca. Probablemente será mejor que no vuelvas a bajar las escaleras con esa herida en la pierna.

Lelia frunció el ceño. También había reparado en eso.

—Oh, venga, ven conmigo. Cuanto antes digas lo que tengas que decir, antes te irás y podré dedicarme de nuevo a la tarea de olvidarte -dijo ella. Lelia abrió la puerta y lo invitó a entrar. Observó que Donatus tenía que inclinarse levemente para hacerlo, y después dejó la puerta abierta, una forma de recordarle que no tardaría en marcharse. Donatus miró a su alrededor, aunque no había mucho que ver.

Un montón de paja cubierto con una manta de lana, una lámpara de aceite y un banco junto al hogar. La habitación estaba recogida, aunque eso no era difícil teniendo en cuenta que apenas había objetos que ordenar.

—¿Para qué has venido? — preguntó ella cruzando los brazos.

—He venido a pedirte perdón -dijo él-. Ya sé que eso no lo puede arreglar todo. Sé que no puede evitar el mal que te hice ni las consecuencias de mi marcha pero...

—¿Qué te han contado? — quiso saber ella.

–Que tu padre te echó de casa y ahora eres gladiadora.

–¿Y qué más? – Lelia contuvo la respiración.

Donatus se encogió de hombros.

–Nada más. Quizá tú puedas contarme lo demás.

–No hay nada más -Lelia no quería que siguiera hablando.

Era más fácil odiarlo cuando estaba lejos, cuando podía imaginar que era un desalmado sin conciencia y sin honor. Pero ahora había regresado, estaba delante de ella, alto, fuerte y musculoso, con sus rizos negros y sus ojos verdes, y ella apenas podía soportar mirarlo.

Donatus dio un paso hacia ella, pero Lelia retrocedió y él se detuvo.

–Me equivoqué, Lelia. Créeme, he pagado por lo que hice. Cada día, desde que te dejé.

El dolor en la voz masculina parecía auténtico, casi tan sincero como las promesas que le hizo.

–¿Tú has pagado, Donatus? Oh, me alegro. Me alegro de que hayas sentido dolor. Me alegro de que te quede un poco de conciencia. Quizá la próxima mujer que desees no tenga que sufrir con unas mentiras tan seductoras como las que yo escuché.

Donatus cerró los ojos y no respondió.

–Vete, Donatus. Vete -continuó ella conteniendo la rabia y el dolor-. No te perdono. Nunca te perdonaré haberlo perdido todo por ti. No permitiré que cuentes más mentiras para meterte en mi lecho y finjas que el pasado no ocurrió -Lelia le dio la espalda. Le temblaban las piernas-. Estás perdiendo el tiempo. No quiero volver a verte. Nunca.

Él se acercó a ella, tanto que Lelia sintió el calor de su cuerpo a lo largo de la columna vertebral.

—¿Nunca, Lelia? Nunca es mucho tiempo.

—Nunca.

—No importa -el cuerpo masculino se tensó, como si estuviera luchando consigo mismo-. Te devolveré lo que has perdido. Me casaré contigo.

Lelia se volvió a mirarlo.

—¿Te digo que nunca te perdonaré y me pides que me case contigo?

La sonrisa que se dibujó en los labios de Donatus no era la respuesta que ella esperaba. No. Era una sonrisa triste y cargada de ternura, precisamente lo que ella no necesitaba en aquel momento. Y menos cuando lo que deseaba era odiarlo.

—Eres un cerdo mentiroso -continuó ella-. No necesito tu lástima. No la quiero. Puedo sobrevivir sola. Vete a susurrar tus mentiras a otra joven que las crea. Yo ya no soy tan inocente.

La expresión masculina se endureció de dolor.

—¿Entonces ya no sientes amor por mí?

—En absoluto.

—No te creo.

Lelia se acercó a la puerta, la abrió por completo y con un gesto le ordenó que se fuera.

—Cree lo que más te plazca, pero lo que tú creas no cambia en absoluto mi vida.

O eso era lo que ella deseaba.

—Oh, pero, mi dulce Lelia, ahí es donde te equivocas.

Se acercó a ella, le rozó la barbilla con las puntas de los dedos, le acarició ligeramente los labios con los suyos, y desapareció antes de que ella pudiera entender sus palabras.

La noche era fría y Lelia apenas podía conciliar el sueño. Por eso, se levantó antes del amanecer, encendió la chimenea y se vistió. Cualquier otro día a esas horas ya estaría en el *ludus* entrenándose, pero ahora decidió ponerse la única túnica cara que tenía, un regalo que le había hecho Donatus y que era la que llevaba puesta el día que su padre la echó de casa. Después se sentó en el banco junto al hogar con un suspiro y esperó la llegada del alba mientras se recogía la larga melena azabache en una trenza a la espalda.

Aquel día parecía muy lejano. Precisamente entonces eligió la túnica violeta que Donatus le regaló a juego con un palla bordado en oro, el velo tradicional de las mujeres romanas, para sentirlo a su lado durante el duro trago de contarle la verdad a su padre. Aunque Donatus se había ido, ella seguía creyendo que volvería.

Lelia apartó los recuerdos de su mente y disfrutó del contacto del suave tejido contra su piel. La hizo sentir muy femenina, y le hizo recordar una vida de lujos que quedaba muy lejos. Cerró los ojos y se acarició la cadera con las manos, pero el contacto de las palmas encallecidas con la delicada tela de algodón la hizo volver a la realidad.

Ahora no era más que una esclava que blandía una espada para matar a otros hombres y no tenía derecho a vestirse con una prenda tan delicada, ni a pretender siquiera por un minuto que era una reina.

Reprimiendo las lágrimas se sacó la túnica por la cabeza y la dejó en un

montón en el suelo. Volvió de nuevo a vestirse con la túnica barata de tejido áspero que llevaba normalmente y se maldijo a sí misma por soñar. Y a Donatus también, por hacerla soñar así.

Severina aún no había llegado y Lelia se alegró, consciente de que tenía que hablar con ella antes de que su amiga entrara en el *ludus* y se viera inmersa en una dura jornada de entrenamiento. Lelia lo sabía bien. Normalmente ella seguía el mismo régimen de ejercicio físico, formación mental, baños de agua templada y comida caliente. Pero cuando dejaba al margen el objetivo de su entrenamiento, matar o morir, era una actividad de la que sabía disfrutar.

Esperó a Severina bajo los arcos del porche paseando nerviosamente hasta que vio a su amiga. La llamó a la vez que se frotaba el muslo para calmar el dolor.

—¿Lelia? —dijo Severina al llegar a su altura—. ¿Qué haces aquí? Deberías estar en casa, descansando esa pierna.

—Tengo que hablar contigo, y no podía esperar. Sé que no tienes mucho tiempo, que a Brocchus no le hará mucha gracia que llegues tarde.

—Se le pasará —dijo Severina—. Además, hoy he venido pronto. ¿Por qué estás tan nerviosa? Sólo te pones así antes de una pelea.

—Está aquí, Severina.

—¿Quién?

—Donatus.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Severina abriendo mucho los ojos.

—Vino a verme.

—¿Y lo sabe?

—Sí... no..., bueno, no lo sé. Ha hablado con alguien, porque sabe lo de las peleas y también que fui expulsada de la casa de mis padres, pero no parece saber... nada más.

Severina la miró con dureza.

—No sabe que tiene un hijo.

—No -Lelia miró a su amiga, que la contemplaba con severidad-. No empieces, Severina. Tengo buenas razones para no decírselo, ya lo sabes.

—Lo sé, lo sé. No voy a reprenderte por ello, aunque si quieres mi opinión creo que te equivocas. Él puede ayudarte. Con los contactos de su familia... su padre, un acaudalado senador. Te lo he dicho antes, ellos pueden ayudarte.

—Su padre ha muerto. Donatus lo ha heredado todo. La hacienda familiar, el dinero, el puesto en el Senado.

Severina sonrió gratamente sorprendida.

—Entonces los dioses te han dado un soplo de buena fortuna. Acorrálalo y oblígale a pagar por lo que hizo.

—No... no puedo.

—¿Por qué? No me digas que todavía lo amas.

—Por supuesto que no. ¿Por qué clase de estúpida me tomas?

Severina no parecía muy convencida.

—¿Y qué te dijo? ¿Que todavía te ama? ¿Que te echa de menos en su lecho?

–Vino a pedirme perdón.

–Con la esperanza de que lo perdones y te abras otra vez de piernas.

–Me ha pedido que me casé con él.

–No puede ser -Severina estaba realmente perpleja-. No puedo creerlo. No creía que fuera de esos.

–Yo tampoco.

Severina miró a su amiga.

–¿Te casarás con él, Lelia?

–No.

–Serías tonta si no aceptas. Olvida el pasado. Sé que lo odias, pero... ¡mira lo que te está ofreciendo! ¡La libertad, Lelia! ¡La libertad para alejarte para siempre del ludus, del lanista, y del riesgo diario de morir!

–No quiero su compasión. La he visto en sus ojos. Tiene remordimientos.

–Por supuesto que los tiene -le espetó Severina-. Después de lo que te hizo tiene que tenerlos.

–Él no tuvo la culpa de que yo me enamorara de él. Ni de que yaciera con él y engendráramos un hijo juntos. Fue mi decisión. No es el único culpable.

–Pero es culpable de haberte abandonado.

–Él no lo sabía.

–Deberías habérselo dicho -le recordó Severina una vez más-. Quizás se hubiera quedado.

—Por eso precisamente no se lo dije. Si no deseaba casarse conmigo, yo no podía atraparlo con un hijo. No, claro que no. El resentimiento le habría ido corroyendo lentamente por dentro hasta odiarme por haberle obligado a hacer algo contra su voluntad.

—Él te amaba. Tú llevabas a su hijo en tu seno. Probablemente te habría amado más.

Lelia se encogió de hombros.

—Era un riesgo que no deseaba correr. Y ahora nada ha cambiado.

—Ya lo creo que sí -le aseguró su amiga-. Donatus ha vuelto y desea hacerte su esposa.

—Donatus no ha calculado las consecuencias de esa eventualidad. No se ha dado cuenta de lo que significaría hacerme su esposa. Sería el hazmerreír del Senado y tendría que soportar el desdén de todas las familias patricias de Roma.

—Quizá crea que tenerte a ti es más importante.

—Lo dudo. Además, el lanista se opondría tajantemente, incluso suponiendo que yo estuviera dispuesta a hacerlo. Cosa que no lo estoy.

—Si yo fuera tú me iría de aquí lo antes posible -dijo Severina. Retorciéndose las manos con nerviosismo, desvió la vista-. Y yo también, si pudiera. Los lanistas han comprado elefantes -miró a su amiga-. Elefantes, Lelia. Me lo dijo la semana pasada uno de los empleados. Van a traer cuatro elefantes de África, y cuando lleguen tendremos que enfrentarnos a ellos.

Los ojos de Severina estaban llenos de lágrimas.

—No quiero matar a un elefante, y tampoco quiero que tengas que hacerlo tú.

Las lágrimas de su amiga sorprendieron a Lelia. Severina nunca mostraba tanta debilidad. Ya había matado a seis animales salvajes, y ni una sola vez dejó ver su miedo.

—Quiero mi libertad -dijo Severina bruscamente-. Pero si yo no puedo tenerla, al menos quiero que la tengas tú.

Lelia entendió en ese momento que, por mucho que los lanistas les enseñaran a distanciarse de la realidad, sus sentimientos y sus emociones no podía ignorarse eternamente.

La reacción de Severina le recordó a Lelia sus peores miedos, el temor que la obsesionaba y le daba náuseas cada vez que lo pensaba. Pronto se vería obligada a matar algo más que tigres. Pronto tendría que matar algo más que elefantes. Si se quedaba mucho más tiempo con Brocchus, pronto tendría que matar hombres.



Tres

Brocchus el lanista levantó la cabeza de los libros abiertos sobre su mesa y suspiró con satisfacción. Los negocios iban bien, mucho mejor de lo que esperaba, pensó acercándose a la ventana desde donde se veía la arena donde los gladiadores entrenaban. Mientras contemplaba a los hombres sudorosos alzando las espadas de madera con las que peleaban, se dio cuenta de que sus ojos la estaban buscando. A ella, a Leda, la joven gladiadora que había logrado atraparlo.

Pero Brocchus no era tonto. Sabía que Leda podía encontrar a muchos hombres mejores que él, una mujer de familia patricia que por algún avatar del destino que él desconocía había terminado hambrienta y sin hogar en la puerta de su casa.

También sabía que Leda llegaría de un momento a otro, no para entrenar, aunque él fingiría necesitar su ayuda con la contabilidad. Pronto, muy pronto, esperaba declararles sus sentimientos. Quizá ella estuviera dispuesta a dejar de ser su gladiadora para convertirse en su esposa.

El sonido de trompetas lo sacó de sus ensoñaciones y le hizo correr hacia la puerta. Normalmente las trompetas traían buenas noticias: alguien acaudalado y poderoso seguido de su séquito acudía al *ludus* a contratar un combate privado para entretener a sus amigos. El precio era negociable, y a él le gustaba ser generoso.

Brocchus corrió al exterior. Incluso a él le sorprendió el esplendor y el lujo del recién llegado. El inesperado invitado era sin duda un hombre muy rico. Sólo una de las prendas violetas de uno de los esclavos que portaban la litera costaba lo que él pagaba un año a uno de sus gladiadores.

Un guardia dio un paso hacia delante. A su lado, un apuesto joven lo miraba

con expresión divertida.

—Soy Titus Livius Lucan -habló el recién llegado tendiéndole una mano-, y vengo en nombre de Marcus Flavius Donatus. ¿Sois vos el dueño de este establecimiento, señor?

—Sí, lo soy -dijo Brocchus tendiéndole la mano y sonriendo-. Bienvenido. ¿Qué puedo hacer por vos? ¿Deseáis contratar un combate de gladiadores para entretenimiento de vuestros invitados, quizá?

—No, el asunto que me trae por aquí es mucho más importante. Mi amigo desea comprar a uno de vuestros gladiadores.

Brocchus carraspeó.

—Bueno, como veis, señor, no considero lo más oportuno hablar de un asunto tan importante aquí afuera, rodeados como estamos de tantos curiosos, y sudando bajo este potente sol. ¿Desea vuestro amigo bajar de su litera y entrar en mi humilde morada?

Lucan asintió en silencio y Brocchus se volvió a mirar a uno de los esclavos.

—Refrescos para mis invitados -le ordenó moviendo una mano-. Y rápido.

—Leda es la mejor gladiadora que tengo -dijo el hombre lentamente-. No era mi intención venderla.

—Soy consciente de ello -dijo Donatus-. Y estoy dispuesto a ser generoso.

Los ojos del lanista se entrecerraron con suspicacia.

—¿Y puedo preguntaros, señor, por qué deseáis comprarla?

La indirecta era sutil pero no dejaba de ser una insinuación deshonrosa que

irritó a Donatus.

—Mis intenciones son honradas -respondió con firmeza-. Deseo apartarla de esta vida de luchas y combates. La conozco desde hace mucho tiempo y su destino no era enfrentarse a otros hombres con una espada en la mano.

Donatus vio un destello en los ojos del hombre que parecía confirmar sus sospechas y decidió continuar presionando.

—La gladiadora a quien llamáis Leda es de familia patricia. Su padre es un hombre muy estricto y severo que la expulsó de su casa -explicó Donatus.

El lanista permaneció callado. Donatus esperó y miró a su alrededor. Sin querer perder la paciencia ni los nervios contempló los escudos y equipamiento pertenecientes a la juventud del lanista que decoraban orgullosamente las paredes. Había un estandarte de seda con el nombre de la familia de gladiadores a la que pertenecía, y en el centro, el premio más deseado: la espada de madera que simbolizaba la libertad del hombre.

—¿Cuánto? — preguntó Donatus por fin, manteniendo la calma-. ¿Cuánto pagasteis por ella? Os pagaré eso y mucho más, suficiente para compensar vuestras futuras ganancias en el coliseo.

—Leda me pertenece -replicó el lanista-. Yo me ocuparé de ella.

Algo en la voz del hombre alertó a Donatus, y al mirarlo vio la ráfaga de emoción que cruzó el rostro del rudo gladiador durante un segundo y en ese momento lo entendió.

—¿Y qué me decís de ella? — preguntó-. ¿Corresponde al amor que sentís?

El lanista cruzó los brazos y no respondió.

—Leda pertenece a una familia patricia y ha sido educada para codearse con los rangos más altos de nuestra sociedad -continuó Donatus al no obtener respuesta-. Vos no. ¿Qué podéis ofrecerle?

El hombre tampoco respondió esta vez.

Por fin, Donatus dejó escapar un suspiro de exasperación y, sin otra alternativa, ofreció una cantidad. Era una cantidad desorbitada, totalmente inaudita para un esclavo, y mucho menos para una esclava. Pero Lelia no era solamente una esclava, ni una mujer. Era su mujer, la mujer que le pertenecía en cuerpo y alma desde hacía tiempo, incluso si ella todavía se negaba a reconocerlo.

—No podéis hablar en serio, señor -dijo el lanista-. Una cifra como la que me ofrecéis me obliga a pensar que todo esto es una broma.

—En absoluto.

—Las esclavas apenas cuestan más de dos mil sestercios. Un buen gladiador puede llegar a cinco mil. Por el mejor, alguien puede estar dispuesto a pagar diez mil, ¿y vos me ofreceréis cincuenta mil por Leda?

—Así es.

El lanista lo estudió con detenimiento. Quizá demasiado.

—¿Qué significa esa mujer para vos, senador? — preguntó por fin.

—Lo mismo que para vos.

El hombre asintió y dejó escapar un largo suspiro.

—En ese caso veo que nos ha atrapado a los dos -dijo el antiguo esclavo y gladiador con un tono de resignación que no encajaba en absoluto con aquel cuerpo grande, fuerte y musculoso.

—Más que un *retiarius* a su rival con la red -confirmó Donatus.

—No sabéis cuánta razón tenéis -dijo el lanista sacudiendo la cabeza-. Pobres

hombres mortales que somos, capaces de sobrevivir a la espada y a la jabalina una y otra vez, sólo para caer fulminados por el brillo de los ojos de una mujer -meditó en voz alta, y le tendió la mano para cerrar el trato ante la sorpresa de Donatus-. Yo también fui esclavo -continuó el hombre-. He amasado mi fortuna con la fuerza de mis manos y la sangre de otros hombres. Yo no puedo ofrecer a Leda lo que vos, pero sin embargo no tomaré ninguna decisión definitiva. Debe ser ella quien decida.

Para Donatus fue como una patada en las entrañas. Casi sin darse cuenta oyó al lanista llamar a un esclavo y ordenarle que fuera a buscar a la gladiadora.

Entonces se dio cuenta de que la batalla que acababa de librar no era el final. De hecho, sólo era el preludio de la que se avecinaba.

—¡No!

El grito sacudió a Donatus en lo más hondo.

—No -repitió Lelia sacudiendo la cabeza-. No puedes hablar en serio.

Brocchus se acercó a ella y le puso una mano en el hombro.

—Sé que es una sorpresa. Quizá necesites tiempo para pensarlo.

Lelia se volvió en redondo a mirar a Donatus.

—¡Tú! ¿Cómo te has atrevido a venir aquí e intentar comprarme? ¿Qué soy? ¿Tu esclava, Donatus? ¿O crees que esto es una subasta?

Donatus le sujetó la muñeca justo antes de que la palma de la mano hiciera contacto con su mejilla, aunque no fue lo bastante rápido para bloquear la patada en la espinilla ni reprimir la maldición que salió de sus labios, antes de sujetar el otro puño que se dirigía hacia su mandíbula.

—¡Basta, Lelia! — le ordenó rodeándola con fuerza con los brazos para mantenerla inmóvil-. ¡Basta y escúchame!

Ajena a sus palabras, Lelia continuó forcejeando y tratando de librarse de él, cada vez más furiosa, mientras Brocchus observaba la escena a pocos metros de ellos entre preocupado y divertido.

—¡Oh, te odio! — dijo ella con los dientes apretados, sin dejar de moverse.

—Lo sé -respondió Donatus-. Pero recuerda, del odio al amor sólo hay un paso.

—Si de verdad crees que después de lo que me hiciste volveré a amarte, estás muy equivocado.

—No importa -dijo él-, pero al menos escúchame como una dama educada y culta y deja de portarte como una gladiadora salvaje.

—¿Una gladiadora salvaje? ¿Cómo te atreves, pedazo de cerdo inmundo y apestoso?

Donatus se echó a reír.

—Te soltaría -le susurró muy cerca del oído-, pero me encanta sentir tu cuerpo tan cerca del mío.

Lelia lo miró furiosa y le clavó los hombros en el pecho.

—¡Brocchus, quítame a este loco de encima! — gritó enfurecida, pero todos sus esfuerzos resultaron en vano y Brocchus no parecía muy dispuesto a ayudarla. Por fin pareció entrar en razón-. De acuerdo, escucharé tus mentiras, pero suéltame -le ordenó sin dejarse vencer.

Donatus la soltó inmediatamente y ella retrocedió unos pasos, frotándose las muñecas, como si le hubiera hecho daño. Sin embargo, su gesto no logró engañar al lanista ni a Donatus.

–He ofrecido dinero por ti pero no porque desee esclavizarte -dijo él.

–Brocchus, no puedes ordenarme que me casé con él -se revolvió Lelia contra él encolerizada-. Te vendí mis servicios, pero mi corazón sigue siendo mío.

–Es cierto, pero... -el lanista se acercó a ella, le tomó la mano y se la llevó a los labios-. No lo sé todo, eso es cierto, pero os veo a los dos juntos y sé lo suficiente. Cástate con el senador, Leda. Permítele que compre tu libertad, porque yo no puedo volver a ponerte en peligro permitiendo que luches en la arena.

Lelia cerró con fuerza los ojos.

–No. Oh, no -le dio la espalda, se abrazó la cintura con los brazos y bajó la cabeza.

Se acercó a la ventana desde donde contempló a los gladiadores luchando. Donatus siguió su mirada y vio que tenía los ojos fijos en una gladiadora en particular, una mujer de cuerpo escultural que llevaba su larga melena castaña recogida en una trenza a la espalda, pero que fue incapaz de soportar el ataque del otro gladiador, mucho más fuerte que ella.

Bruscamente, Lelia se volvió y cuadró los hombros.

–Qué tonto eres, Donatus, queriendo casarte conmigo. No te das cuenta de la vergüenza que llevaré al honor de tu familia por unir su nombre al mío -le dijo con infinito desprecio-. Sin embargo, si estás dispuesto a correr el riesgo, me casaré contigo. Pero con una condición. Tienes que acceder a comprar a Severina por el mismo precio que has ofrecido por mí.

El lanista contuvo el aliento. Aunque Lelia no conocía el precio que Donatus había ofrecido por ella, estaba segura de que no se trataba de una suma despreciable.

–Accedo, pero te costará -dijo Donatus.

–¿Qué me costará?

–Debemos casarnos inmediatamente, ahora mismo, y en adelante deberás presentarte en público como una esposa amante y feliz, sean cuales sean tus verdaderos sentimientos.

Donatus casi podía ver las rápidas cavilaciones de Lelia sopesando la oferta y analizando la situación desde cada ángulo posible.

–De acuerdo -respondió ella por fin-, pero sólo si das la libertad a Severina cuando sea tu esposa. Dale su libertad y el suficiente dinero para tener un negocio propio.

Donatus conocía su respuesta, pero decidió aprovechar la dura negociación para imponer una nueva condición.

–Una condición, y Severina tendrá su libertad y una nueva vida.

Donatus se acercó a ella, tanto que pudo respirar la sensual fragancia femenina, y se inclinó hacia adelante para susurrarle al oído.

–Un heredero, Lelia. Debes darme un heredero.

Lelia cerró los ojos, incapaz de hablar.

Donatus levantó un dedo para acariciarle suavemente el labio.

–Deberás yacer conmigo hasta que concibas un hijo mío y lo lles en tu vientre. Si no estás de acuerdo, Severina será tu esclava, pero no podrás liberarla.

–Donatus -susurró ella-. Maldito seas por ser tan bastardo.

–Necesito un heredero, Lelia -dijo él serio-. Se lo debo a mi padre.

Lelia levantó la cabeza y lo miró furiosa a los ojos.

—Entonces tendrás tu heredero. Adelante, llama al sacerdote. Haz lo que tengas que hacer, y hazlo deprisa.

Brocchus se aclaró la garganta.

—No creo que te arrepientas de esta decisión, Leda. El senador puede darte mucho más de lo que puedes conseguir luchando en la arena -le dijo sabiamente-. Y sin que corras el mismo riesgo.

Lelia se volvió hacia él, con expresión fría.

—¿Sin riesgo? Si eso es lo que crees, no entiendes nada, Brocchus. Ahora soy más esclava de lo que he sido nunca. Y aunque seré más rica, nunca habré conocido tan inmensa pobreza.

Brocchus frunció el ceño.

—¿Cómo puede ser eso?

—A ti te vendí mis servicios -Lelia miró con desdén hacia Donatus, que se alejaba en busca del sacerdote-. A él le he vendido mi alma.



Cuatro

–No hay palabras para describir lo hermosa que estás -dijo Severina contemplando su trabajo-. Apenas puedo creer tu buena fortuna, haber cautivado el corazón de un hombre que ha venido a buscarte con todo un séquito y te ha comprado a Brocchus -la joven suspiró con gesto teatral-. Y es tan guapo, con esos rizos morenos, esos ojos tan verdes y esas pestañas interminables. ¡No me habías dicho que era tan atractivo!

–No quiero hablar de él -dijo Lelia-. Haré lo que sea necesario, pero no lo perdonaré.

Lelia se tocó con los dedos la tradicional túnica de novia que llevaba atada a la cintura con una cinta de algodón y, sobre ella, la palla de color azafrán, y se dio cuenta de que Donatus había ganado.

Ella lo había dejado ganar. Al recordar las lágrimas de Severina se vio obligada a rendirse. La deuda que tenía con ella, la mujer que la ayudó a seguir viviendo cuando su hijo desapareció y ella sólo deseaba morir, no se pagaba con dinero.

Por eso había sucumbido a la terrible inexorabilidad del matrimonio con Donatus, sin saber si podría cumplir las condiciones del acuerdo. Aquel hombre era capaz de provocar una maraña de sensaciones en ella que no podía controlar: el odio más intenso del universo, la tristeza más profunda por las pérdidas sufridas, el... ¿Era capaz de reconocerlo? Sí, el deseo también. No podía evitarlo, pero Donatus también despertaba en ella un intenso deseo, por el hombre que era ahora y por los recuerdos del tiempo que estuvieron juntos. Donatus siempre supo cómo darle placer, cómo acariciarla, cómo prender fuego a su ser y después apagar las llamas.

Severina terminó de colocarle el velo sobre la cabeza.

–Es la hora -le dijo-. Nos están esperando.

Lelia asintió tratando de contener las náuseas, pero recordó el trato con Donatus e imaginó el momento en que éste entregara a su amiga el pergamino que le concedía la libertad. Imaginar la alegría en los ojos grises de Severina fue lo que le dio fuerzas para caminar hacia su destino con la cabeza alta.

Seis horas después, Lucan se volvió hacia Donatus con gesto preocupado.

–Tienes que detenerla -dijo-, antes de que termine borracha como una cuba.

–Es el vino -dijo Brocchus y sacudió la cabeza-. No está acostumbrada. Yo nunca permito beber a mis gladiadores nada que no sea leche o agua. No quiero que les enturbie la mente ni entorpezca sus reflejos.

–Pues a Lelia no parece haberle entorpecido nada -continuó Lucan observando a la recién casada con el ceño fruncido-. Cualquiera diría que se ha olvidado de que esta celebración es por su matrimonio. Está rodeada de hombres tan atentos que se diría que no hay otra mujer en la ciudad. Y muy dispuesta, por cierto.

Donatus frunció el ceño. Sabía que su matrimonio no era más que un acuerdo convencional, que Lelia había accedido por alguna razón que ni siquiera podía imaginar, y por otro lado la conocía lo suficiente para no querer provocar su ira. Su plan era ir despacio y lograr poco a poco que ella le perdonara.

¡Pero malditos fueran los dioses si Lelia creía que él se iba a quedar de brazos cruzados mientras ella reía con descaro y coqueteaba como una adolescente con una docena de hombres que no dejaban de rellenarle la copa de vino y colmarla de atenciones!

–Ordenaré a mis hombres que vuelvan a sus aposentos -murmuró

Brocchus-. Quizá así podáis iniciar el camino de regreso a vuestro hogar. Es tarde y seguro que estáis impacientes por cumplir con vuestras obligaciones nupciales.

Donatus asintió sin entusiasmo.

—Normalmente Leda no es así -le aseguró Brocchus echándose hacia adelante-. En el tiempo que ha estado aquí no ha tenido ningún amante, al menos que yo sepa.

El lanista se volvió hacia el grupo de gladiadores y en un par de minutos puso fin a tanta frivolidad.

Lucan miró a su amigo, que observaba cómo se dispersaba la multitud de gladiadores, amigos, clientes y familia que se habían reunido para celebrar el matrimonio.

—¿En qué estás pensando?

Donatus bebió un trago y se encogió de hombros.

—Nada de importancia.

—A mí no me engañas -dijo Lucan.

—Sí, estoy furioso. Me está poniendo en ridículo, y lo está haciendo a propósito.

Lucan se echó a reír.

—Ah, pero a ti te encantan los retos. Supongo que encontrarás formas muy placenteras de doblegar su voluntad. Sobre todo esta noche.

—Mi esposa está ebria, Lucan. Y además me odia, así que no pienso aprovechar la situación para satisfacer mis deseos.

–Te ha prometido un heredero, ¿no es así?

–Así es, y algún día deseo que lleve a mi hijo en su seno, pero aún soy un hombre joven, Lucan, y el deseo no es incontrolable. Prefiero cortejarla despacio, dejar que el tiempo y el trato amable curen las heridas que le infligí en el pasado.

Lucan asintió y apretó el hombro de su amigo.

–Entonces rezaré para que olvide el pasado rápidamente.

–Hazlo, y que tus hermanos cristianos recen también por mí. Quizá el dios al que tú adoras me ayude más que mis dioses romanos.

–Lo hará, amigo mío, no lo dudes -dijo Lucan con una sonrisa, antes de despedirse.

Donatus apuró la copa de vino, se acercó a donde Lelia estaba y le rodeó la cintura con el brazo. Lelia se volvió furiosa a mirarlo.

–Quítame las manos de encima -masculló ella.

–No, no lo haré. Esta noche has dejado que te tocaran todos los hombres presentes. ¿Vas a negarle eso mismo a tu esposo?

–Que seas mi esposo no significa que puedas sobarme a tu gusto.

–Ser tu esposo significa que puedo tocarte dónde y cómo me dé la gana -replicó él con firmeza.

Lelia echaba chispas por los ojos, y Donatus se alegró. Al menos verla así le ayudaba a mitigar el dolor que sentía.

–Puede que tengas el derecho legal a tomar mi cuerpo, Donatus, y sé muy bien lo que te he prometido, pero estás loco si crees que alguna vez conseguirás que me guste.

Donatus no pudo contenerse más. Sujetándole la nuca con una mano y la espalda con la otra, la pegó a él. Sus bocas quedaron a unos milímetros y sus alientos se mezclaron.

—No me provoques, Lelia -dijo él-. Mi paciencia tiene un límite -le advirtió y, soltándola, dio un paso atrás.

—La mía también, Donatus -le aseguro ella-. Ten cuidado. No soy la mujer que era cuando me abandonaste.

—No, no lo eres. Tus ojos son fríos cuando me miran, pero todavía recuerdo el calor que vi una vez en ellos y sé que está ahí.

—No esperes volver a verlo.

Donatus estiró una mano y acarició la suave piel del hombro.

—También recuerdo la suavidad de tu cuerpo.

—Reprime tu lujuria conmigo y déjame en paz -le espetó ella.

Donatus se echó a reír, aunque sin humor.

—No temas, amor mío. No te forzaré a hacer nada que no desees. Al menos todavía no.

Un destello triunfal brilló en los ojos de Lelia, y Donatus, furioso al ver la capacidad que tenía ella para manipularlo, la sujetó sin dudarle y la pegó a su cuerpo una vez más.

Tardó un momento en darse cuenta de que Lelia había dejado de forcejear, de que ahora entreabría ligeramente los labios bajo los suyos, no del todo, pero sí lo suficiente para hacerle ver que sus defensas iban perdiendo fuelle. Despacio, Donatus le acarició los labios, seduciéndola con una ternura infinita, y entonces oyó el gemido femenino en su garganta. Sin poder

contenerse, le separó con la lengua los labios temblorosos y saboreó el vino de su boca.

Al momento, ella lo estaba besando también, acariciándole la boca con la lengua, y el cuerpo masculino reaccionó sin contención. La sangre se le agolpaba en las venas y ya no importaba saberse rodeado de invitados.

Ya no importaba que sólo hubiera deseado someterla y la apretó contra él, contra el deseo que lo consumía, y la oyó gemir. El sonido lo excitó.

Separándola ligeramente, depositó en la frente femenina un beso paternal y casto y después la soltó, dejándola tambaleándose ligeramente.

—Te odio, Donatus -masculló ella al abrir los ojos.

—No es cierto -dijo él, y dándole la espalda se alejó pensando que el cuerpo femenino había traicionado todas las palabras que salieron de sus labios.

Su cuerpo la había traicionado. Era la única explicación. Y el vino que tomó después de la ceremonia, y el alivio de no volver a tener que luchar en la arena. No podía ser que fuera un cambio de sus sentimientos hacia Donatus, ni siquiera después de la amabilidad y ternura que mostró hacia ella cuando, por fin solos, le dio el pergamino que confirmaba la libertad de Severina.

Lelia contempló atónita el rollo de papel.

—Tómalo -dijo él dándole la mano-. Quiero que disfrutes de la reacción de Severina cuando sepa que es libre.

—Deberías dárselo tú -insistió ella-. Eres tú quien ha comprado su libertad.

Una irónica sonrisa alzó los labios masculinos.

—Pero tú, mi dulce Lelia, será la que pagará el precio.

Y ahora ella temía lo que iba a pasar, en la litera que la llevaba al hogar de Donatus que desde entonces era también el suyo, a su lecho y a su destino. Dos años antes Donatus logró despertar su pasión y le enseñó cuán exquisita podía ser la respuesta de una mujer. Y ahora, otra vez de nuevo en su presencia, aquel poderoso recuerdo se apoderó de su razón y le recordó lo maravilloso que fue.

Pero ahora todo había cambiado. En aquella época, Lelia amaba a Donatus sin pensar en las consecuencias y tenía total confianza en él. Entonces el miedo no existía. Sólo Donatus y el sabor de sus labios, las caricias de sus manos en su piel, y el sentirlo dentro de su cuerpo, poseyéndola. Entonces ella no tuvo miedo. Nunca. Ni una sola vez.

Pero ahora estaba muerta de miedo. Ahora había saboreado de nuevo a Donatus y quería más. Había notado cómo el cuerpo masculino se endurecía pegado a ella, y deseaba más. Era consciente de todo el daño que le había hecho, de cómo la había utilizado, abandonado, y hundido en la vergüenza. Lelia ardía de odio por él, pero también ardía de deseo.

Y pronto, muy pronto, estarían a solas y él lo sabría.

Durante el trayecto Donatus permaneció en silencio y tuvo en todo momento especial cuidado de no rozarla. También al llegar a su hogar la observó con cautela, mientras Faustina y los muchachos le enseñaban su casa y le presentaban a los esclavos domésticos, o al menos a los que seguían levantados a tan avanzadas horas de la noche. Sin intervenir demasiado en la integración de Lelia en su nuevo hogar, Donatus vio con perplejidad un miedo en los ojos femeninos para el que no tenía explicación.

¡Malditos fueran los dioses! ¿Por qué no había podido controlarse? No era su intención besarla. No era parte de su estrategia. Su intención había sido ganársela gradualmente con paciencia y amor, pero se había dejado llevar por sus sentimientos y sus instintos en una acción egoísta y precipitada, y ahora sabía que para ella era demasiado pronto.

Por eso ahora debía dar marcha atrás y mantener a raya sus deseos y pasiones. Ahora tendría que compartir con ella un dormitorio sin tocarla, compartir el lecho sin ceder a la urgente necesidad que ya le desgarraba las entrañas.

Lo peor de todo fue, en el fondo, la reacción apasionada de Lelia. Ella también le deseaba, y eso le aceleraba la respiración.

Ninguno de los dos había olvidado la fiera pasión que compartieron unos años atrás, una pasión que no se parecía en absoluto a lo que había sentido con otras amantes, y puesto que nadie fue como ella, no había vuelto a acostarse con ninguna mujer. Sólo deseaba a Lelia y sólo necesitaba la pasión que ella despertaba en él. Sólo su melena azabache enroscándose en su cuerpo, la piel sedosa bajo sus manos, y su aliento suspirando su nombre, diciéndole que lo amaba.

Por eso todavía no podía hacerle el amor. Lelia lo odiaba. Lo había visto en sus ojos, y no podría soportar acostarse con ella para después seguir viendo la misma expresión en su mirada. No cuando él quería mucho más.

Donatus se dirigió hacia sus aposentos. No le quedaba más remedio que reprimirse y cortejarla como si en lugar de su esposa fuera una desconocida que le había arrebatado el corazón. Apretó la mandíbula al imaginar el cuerpo femenino junto a él en el lecho y la suave fragancia de su piel al rodar dormida hacia él.

Donatus entró sin hacer ruido, pensando que Lelia ya estaría dormida, arrullada en los brazos de Morfeo por el vino consumido. Ella estaba en la cama, pero al oír sus pasos se volvió alerta.

—Lo siento. No quería despertarte.

—No me has despertado -dijo ella-. Te estaba esperando.

—Deberías dormir. Ha sido un día agotador.

—No estoy cansada.

—Yo sí -Donatus se pasó los dedos por el pelo, tratando de ignorar la intensa mirada de los ojos femeninos-. Espero que no te importe que compartamos habitación. Debemos mantener las apariencias. Los esclavos...

—Tranquilo. He prometido comportarme como una mujer felizmente casada. Ya imaginaba que tendríamos que dormir en la misma habitación, y todo lo que eso significa.

Donatus contuvo el aliento al oírla, sin poder ignorar la implicación de aquellas palabras.

—Tú dormirás en la cama -dijo él-. Yo me prepararé un camastro en el suelo.

—No. Comparte la cama conmigo.

Donatus la miró a los ojos pero no pudo leer su expresión.

—He sido soldado. He acampado en condiciones primitivas y estoy acostumbrado a las incomodidades. Un camastro me bastará.

—Pero a mí no.

Una vez más Donatus buscó el significado de aquellas palabras en el rostro femenino.

—¿Por qué dices eso?

—No me gusta sentir la piedra fría contra mi espalda desnuda.

A Donatus se le tensó el corazón, y enseguida todo el cuerpo. Instintivamente, dio la espalda a Lelia para que ésta no viera la inesperada reacción de su cuerpo.

–He dicho que no te obligaría a hacer nada que tú no quieras y mantendré mi palabra -le dijo-. No tienes que preocuparte por tu promesa de darme un heredero. Todavía no.

Hubo un silencio.

–Donatus -dijo ella, en un tono tan bajo que a él le costó oírlo-. Donatus, ven a mí.

Donatus se volvió, pero no se acercó. Lelia se sentó en la cama, lo miró a los ojos, y entonces, muy despacio, bajó las sábanas. Estaba desnuda. Sus senos brillaban como dos perlas gemelas de alabastro bajo la suave luz de las velas.

–¿Qué juego pretendes jugar conmigo? – preguntó él.

–Te he prometido un heredero, y, al igual que tú, mantengo mi promesa.

–No.

Donatus no dijo nada más. Si decía algo más las palabras se transformarían en algo que no sería capaz de reprimir. Ya se veía cruzando el dormitorio, saboreando con la boca la belleza oscura de los pezones, sosteniendo en las manos el peso de los senos suaves y turgentes. De la misma manera que podía verse a sí mismo y sentir todas las sensaciones que lo acompañaban. Por eso se quedó inmóvil en su sitio.

–¿Por qué no?

–He prometido no forzarte.

–Me estoy ofreciendo voluntariamente, Donatus.

Donatus le dio la espalda con un gemido.

–Apiádate de mí, Lelia. No entiendo a qué estás jugando, pero no... esto no

puede ser así -volvió a mirarla otra vez-. ¿Por qué te me estás ofreciendo así?

—Mi deseo es darte placer, Donatus, no atormentarte.

Donatus sacudió la cabeza.

—No. Tú me odias, Lelia -Donatus cruzó los brazos y la estudio, y entonces vio cómo los ojos femeninos se entrecerraban.

—Cambiar de actitud es de sabios -dijo ella-. Pero te diré la verdad, si es lo que deseas. Quiero terminar con esto cuanto antes. Donatus, hemos sido amantes y los dos sabemos que no podemos estar en la misma habitación sin hacer el amor.

—Ahí la palabra importante es amor.

—Cállate, Donatus, y escúchame -Lelia apretó los puños en el regazo-. No te amo y nunca te amaré. Pero tú me enseñaste... -se interrumpió.

—Te enseñé lo maravilloso que puede ser entre dos personas que se aman -dijo él sin alzar la voz.

—Sí.

—Y por eso exactamente no te tomaré esta noche, por mucho que ambos lo deseemos. No quiero que esto sea una obligación.

—Yo sólo deseo terminar de una vez.

—Lo veo, y también veo cómo me odias. Lo admites abiertamente -Donatus se arrodilló junto a ella y le tomó las manos. La piel era suave y sedosa pero él tenía un nudo de tristeza en el pecho que le impedía respirar-. Tampoco quieres tener un hijo conmigo y por eso de momento no te voy a obligar a mantener tu promesa. Los niños merecen el amor de sus padres, de su padre y de su madre, y por eso creo que será mejor que esperemos hasta que

desees darme ese hijo.

—Entonces tendrás que esperar mucho porque eso no ocurrirá.

Donatus le dio la espalda sin hacer ningún comentario. Buscó el colchón de plumas y las mantas que había ordenado llevar a su habitación y lo extendió delante de la chimenea. Se tumbó sobre él sin desvestirse, pensando que la fría piedra bajo su espalda no era nada comparado con el corazón de piedra de su esposa.

Un extraño sonido despertó a Donatus. Tumbado en la oscuridad, sin respirar, trató de saber si era real o si no era más que el fruto de su imaginación.

Entonces lo oyó otra vez. Era Lelia gimiendo, un gemido desesperado. Tras un silencio, la oyó gritar.

—¡No! ¡No! ¡No puede ser que no esté!

Donatus corrió hacia ella, la sujetó por los hombros y la despertó.

—¡Lelia! — se arrodilló junto a ella-. Despierta, es una pesadilla. Sólo una pesadilla.

Inmediatamente ella dejó de forcejear.

—Ha sido una pesadilla, mi amor -dijo él alisándole la piel arrugada y enfebrecida de la frente, deseando abrazarla pero sin hacerlo-. Ya estás despierta. Sólo era una pesadilla.

Ella se dejó caer sobre las sábanas.

—No, no es una pesadilla. Ojalá lo fuera.

—¿De qué se trata? Dímelo.

Ella no respondió.

—¿Quién se ha ido? ¿Soñabas... soñabas conmigo? — preguntó él, y contuvo el aliento, temiendo la respuesta.

—Vuelve a dormir, Donatus. Siento haberte despertado.

Donatus se inclinó hacia adelante y le acarició el pelo con los labios.

—Debo saberlo -le pidió-. ¿Soñabas que te dejé? ¿Estabas soñando que era yo quien no estaba?

Un tenso silencio se hizo entre los dos, un silencio que los envolvió a los dos como una pesadilla.

—Sí, Donatus -dijo ella por fin, incapaz de contar la verdad-. Estaba soñando contigo.



Cinco

A la mañana siguiente unos golpes en la puerta despertaron a Lelia. Ésta se subió la sábana hasta el cuello y justo en ese momento la puerta se abrió y una joven de unos trece años asomó la cabeza.

—¿Estás despierta? — preguntó la muchacha sin atreverse a pasar-. ¿Y vestida decentemente? Mi madre dice que tengo que esperar hasta que estés decentemente vestida. Dice que... Bueno, no te voy a aburrir repitiéndote todo lo que le ha dicho mi madre a Livia. Sé un poco de lo que pasa entre hombres y mujeres, aunque mi madre baja la voz cuando habla con sus amigas y yo estoy cerca.

Lelia se llevó una mano a los ojos. La joven debió tomar el gesto como un sí, porque se metió en la habitación y cerró la puerta. Era una adolescente muy bella, de pelo castaño, ojos de un delicado tono ámbar y la piel inmaculada.

—Soy Druscilla, la hermana pequeña de Donatus -dijo-. Y me encanta que estés aquí, sobre todo si Donatus te quiere. Y todo el mundo dice que te adora.

Eso despertó a Lelia por completo.

—¿Todo el mundo dice eso?

Druscilla sonrió.

—Ya lo creo que sí. Mi madre dice que ningún hombre se toma tantas molestias como Donatus a no ser que esté locamente enamorado de una mujer -la joven suspiró-. Mi hermano ha gastado un montón de dinero comprando cosas bonitas para ti.

Lelia trató de no pensar en su aspecto despeinado y su cuerpo desnudo bajo las sábanas y se puso seria.

—Siento no poder atenderte, Druscilla, pero necesito un poco de intimidad. Todavía no me he vestido.

Druscilla se echó a reír.

—Claro que no, eso ya lo sé. Y por eso se me ha ocurrido traerte algunas de las ropas nuevas que Donatus compró para ti.

Entonces Lelia se fijó en una tela de seda que colgaba del brazo de la joven.

—¿Que ha hecho qué?

—Ya te he dicho que Donatus está locamente enamorado de ti -rió la adolescente-. Ha tenido costureras trabajando día y noche los últimos tres, no, cuatro días. Ah, y tienes que ver la calidad de las telas que ha comprado. No le perdonaré nunca que no haya comprado nada tan elegante para mí.

Druscilla fue casi corriendo hasta la puerta y salió para regresar un minuto después cargada con telas dobladas en los brazos, que dejó caer en el suelo junto a la chimenea. Lelia se dio cuenta de que Donatus no había dejado ningún indicio que hiciera sospechar que había dormido en el suelo. Tampoco vio el colchón y las mantas en la habitación, ni rastro de él, y se preguntó dónde estaría.

—Gracias, Druscilla. Eres muy amable.

—Donatus me ha dicho que tenía que ser especialmente amable contigo y ayudarte en todo lo que pudiera. Nos ha recordado a todos, incluso a los esclavos, que no conoces la casa y que debíamos ayudarte.

—Cuánta amabilidad por su parte -dijo Lelia secamente.

—Y me ha dicho que me dará una paliza si hablo demasiado y te cuento algún secreto familiar que no debes saber- Druscilla se echó a reír-. Me estaba tomando el pelo, claro. Donatus nunca ha pegado a nadie, y menos a mí. A mí me adora.

—¿Es eso cierto?

—Ya lo creo. Dice que es porque me parezco mucho a mi madre, a pesar de que no me comporto para nada como ella, lo que es una lástima.

Lelia sonrió ante la honestidad de la joven.

—Entonces debe admirar mucho a tu madre.

—Claro que sí. Dice que casarse con mi madre fue lo mejor que hizo mi padre. Se casaron por amor, y Donatus dice que incluso de joven se dio cuenta de cuánto cambió su mundo mi madre.

Lelia volvió la cabeza hacia ella, sin comprender.

—¿Tu madre no es la madre de Donatus?

—No, Donatus y yo sólo somos hermanastros, aunque yo estoy segura de que cuando sea mayor seré tan alta como él -Druscilla se estiró cuan alta era-. A ti qué te parece, ¿seré tan alta como él?

Lelia ladeó la cabeza, tratando de no sonreír.

—Creo que sí. Ya eres más alta que yo a tu edad.

—¿Tú eres alta? — preguntó Druscilla.

—Mm, no tanto como Donatus, pero casi. Aunque bastante alta para una mujer. Te lo enseñaría, pero tengo que vestirme.

Druscilla se echó a reír y se dirigió hacia la puerta con los movimientos

veloces y elegantes de una gacela.

—Bueno, me iré para que puedas vestirte -dijo con una tímida sonrisa. Abrió la puerta pero antes de salir se detuvo y la miró-. Me alegro de que estés aquí. Y me alegro de que seas alta. Ya me imagino la preciosidad de hijos que Donatus y tú podéis traer al mundo.

Lelia asintió, sin sorprenderse por las lágrimas que le llenaron los ojos al oírlo.

Cuando Druscilla regresó a su habitación, Lelia ya iba vestida con una túnica de lino en un suave tono añil.

—Veo que ya has abierto los regalos -dijo la joven al entrar-. ¿Verdad que son preciosos? Hay más en el *atrium*. Y más que están trayendo... -de repente se interrumpió y miró las sábanas-. Oh, por todos los dioses, mira eso. Le dije a mamá que no debería poner la mejor seda. Pero me dijo que es lo que merece un lecho nupcial. Y ahora mira, esas manchas. Me lo imaginaba. Tenía que haberle dicho a Donatus que pusiera una manta antes de... bueno, tú ya sabes.

Los ojos de Lelia siguieron el gesto impaciente de la joven. Allí, sobre la seda blanca, había manchas de sangre, y Lelia se imaginó a Donatus antes del alba con una daga en la mano, cortándose para dar pruebas de una virginidad que ella ya no tenía. Sin duda lo hizo para que ella pudiera llevar la cabeza alta delante de los esclavos y los demás habitantes de la casa. Que a él le preocupara su reputación y derramara su sangre por ella la emocionó profundamente.

Unos golpes en la puerta interrumpieron sus pensamientos.

—Adelante -dijeron Druscilla y Lelia a la vez. La puerta se abrió y Faustina, la madre de Druscilla, asomó la cabeza sin entrar.

—Espero no interrumpir nada -dijo la mujer con dignidad-. He traído algo de

comida, por si deseas tomar algo.

Entonces Lelia se dio cuenta de que estaba hambrienta. La madre de Donatus abrió la puerta para dejar pasar a dos esclavos, uno con una bandeja de comida y otro con una jarra y un vaso.

Faustina titubeó un momento antes de sentarse en la cama, y Lelia vio los ojos de la mujer rozar por un momento las manchas de sangre antes de indicar a su hija que buscara una mesa para su invitada. Lelia protestó.

—No deseo molestarlos. Puedo comer en el *triclinium* como todo el mundo.

—Todo el mundo ha terminado hace mucho rato, querida mía. De hecho, hace rato que han dado las doce, por lo que se te ha pasado el desayuno y la comida. Debes estar hambrienta.

—¡Cielos, no me había dado cuenta! — exclamó Lelia-. Por favor, disculpadme. Normalmente me levanto muy temprano. No entiendo por qué he dormido tanto.

Faustina sonrió.

—Tranquila, pero Donatus no me perdonaría que te dejara todo el día sin comer al día siguiente de tu boda -la mujer sonrió-. Debes recuperar fuerzas. Él no tardará en regresar.

Lelia ignoró la insinuación.

—Estaba dormida cuando se ha ido. ¿Dónde está?

—Ha ido al Senado. Hoy había algunos asuntos muy importantes, creo, y después de varios días sin asistir, le ha parecido importante hacerlo. Me ha pedido que te presente sus más sinceras disculpas por irse tan temprano.

Druscilla y dos esclavos habían preparado una mesa y dejado la comida en ella.

–Ahora puedes comer. Druscilla y yo volveremos más tarde para recoger la bandeja, y después nos ocuparemos de decidir cómo deseas que sea llevada esta casa.

–¿Yo?

–Por supuesto -dijo Faustina-. Ahora eres la señora de esta casa. Como esposa de Donatus, puedes realizar todos los cambios que consideres necesarios.

Lelia negó con la cabeza.

–¿Cambios? No, no, no es necesario ningún cambio. Yo, Faustina, es que... -levantó la mano, implorante-. Hay algo que debes saber sobre mi matrimonio con Donatus. Nosotros... nosotros no...

Una voz grave de hombre le interrumpió desde la puerta.

–Creo que lo que mi esposa quiere decir es que necesita más tiempo para decidir sobre esos asuntos, Faustina.

Era Donatus que, después de mirar a Faustina, clavó los ojos en Lelia.

–Creo que llego justo a tiempo para compartir una comida con mi amada.

A una señal de Faustina, los esclavos y Druscilla salieron corriendo de la habitación. La madrastra de Donatus fue tras ellos, pero se detuvo junto a la puerta con una sonrisa de complicidad.

–Me ocuparé de que no os interrumpan, Donatus -dijo, y antes de cerrar la puerta añadió-. Comed y disfrutad.

Cuando quedaron solos, Donatus miró a Lelia con gesto severo.

–¿Ya te has olvidado de nuestro acuerdo? – le reprochó a modo de saludo-.

Prometiste mantener las apariencias, ser mi esposa de verdad al menos cuando estemos delante de otras personas.

–Lo siento, me ha pillado desprevenida.

Donatus se acercó a ella, tanto que Lelia podía respirar el olor masculino que emanaba de su cuerpo.

–Lelia, mírame -susurró él con fuerza.

Ella levantó la cabeza y su mirada se encontró con los ojos verdes del hombre clavados en ella.

–Eres mi esposa, y yo soy un senador de Roma -le recordó-. No te pondrás en ridículo, y a mí tampoco, porque juro por todo lo que es...

–Cálmate, Donatus -le interrumpió ella con exasperación-. Sólo ha sido un despiste por mi parte. Sé muy bien lo que te prometí -le aseguró, y le dio la espalda, alejándose de él-. Entiendo perfectamente el papel de un senador, Flavius Donatus. Creo que olvidas que soy hija de un senador, y que he sido educada para ser la esposa de un senador. Sé perfectamente cómo debo comportarme, y conozco también muy bien el cruel castigo que cae sobre quienes no lo hacen.

Donatus no respondió.

–Dime, Donatus. Toda esa ropa que me has comprado ¿es parte del espectáculo? ¿Parte de mi papel como esposa de un noble senador?

Una expresión sombría cubrió los ojos masculinos.

–No -dijo sin alzar la voz-. No lo he comprado para mantener las apariencias. Lo he comprado para ti.

–¡Por supuesto que lo has comprado por las apariencias! – le contradijo ella furiosa-. Debo decirte que has cometido un grave error, Donatus. Toda la

ciudad sabe lo que soy. La hija libertina de un conocido senador.

—No lo saben -le aseguró él-. Faustina no lo sabe. Mis amigos no lo saben. En esta ciudad viven un millón y medio de personas, Lelia. Incluso ahora los senadores son tan numerosos que ni siquiera todos se conocen entre sí. ¿Crees que ellos recuerdan tu vergüenza? ¿O crees que acaso les importa, cuando corren por Roma escándalos mucho más jugosos y llamativos a precio de ganga?

Donatus hizo una pausa y bajó la voz antes de continuar.

—Aunque no lo creas, poca gente sabe de tu desgracia. Quizá algunos amigos de tu padre, y no muchos. Mi padre no lo sabía, o me habría escrito para contármelo. Recuerda que yo mismo te lo presenté y le dije que eras una amiga mía muy especial -le recordó él-. Mi familia no lo sabe. Pero incluso si así fuera, no les importaría.

Lelia lo miró furiosa.

—No estés tan seguro. Si no recuerdan eso, seguro que recuerdan que yo, Flavia Lelia, soy también Leda la Gladiadora, ganadora de coronas de laurel y bolsas de oro, pero nunca merecedora del respeto de la clase senatorial romana.

—Lelia...

—No, Donatus. No quieras fingir que mi pasado no existe. Es mi realidad. Y ahora que te has casado conmigo también es la tuya.

—Siempre y cuando te comportes como una esposa amante y devota en público, nada de eso me importa -dijo él con firmeza.

Lelia se volvió a mirarlo con sorna y desprecio.

—Si esas cosas no te importan, deberían, senador. Porque seguro que a mucha gente de esta ciudad sí, y mucho.

Donatus no sabía cuándo o por qué había cambiado Lelia, pero le preocupaba. La Lelia a que él conoció era una mujer práctica, pero no cínica; sería a veces, pero no taciturna. Ahora, mientras ella devoraba la comida, él la observaba, y como siempre que la miraba, el estómago se le tensaba de deseo. Siempre fue muy hermosa, pero los cambios físicos de los últimos dos años habían acentuado su belleza.

Donatus apartó la mirada y levantó la copa para beber. De repente se le había quedado la boca seca. Apenas había probado bocado, y tampoco había dormido.

Pasó la noche escuchando la acompasada respiración de Lelia, a tan sólo unos pocos metros de él, y ahora, al mirarla, sentía que le ardían las entrañas con una pasión que no podía aplacar.

—¿Adónde vas? — preguntó ella al ver que se levantaba tan de repente que casi tira la copa de vino.

—A Curia Julia. En el Senado hay asuntos de mucha importancia.

—Pero no has comido -dijo ella mirando el plato que no había tocado.

—No he venido a comer. He venido para estar contigo.

—¿Por qué? — preguntó ella con temor en sus profundos ojos violeta.

Donatus le tomó la mano y se la llevó a los labios.

—Porque -dijo él depositando un ligero beso en el dorso-, eres mía.

Ella tiró de la mano hacia atrás y dio un respingo.

—No soy tuya. A pesar de lo que hablamos ayer, sigo siendo la dueña de mi corazón. Y se lo daré a quien desee.

—Me lo darás a mí -dijo él-. Porque mataré a cualquier hombre que intente apartarte de mi lado.

Lelia no respondió.

—He venido para estar junto a ti. Tu presencia me cautiva -le aseguro él, pero recibió una mirada de incredulidad en respuesta-. Y también he venido para decirte que hemos sido invitados a cenar a casa de Gaius Scribonius Firmus.

—¡No! — exclamó ella abriendo desmesuradamente los ojos-. Donatus, no. Todavía es demasiado pronto. No estoy preparada.

Donatus esperaba esa reacción y estaba preparado. Cruzó los brazos sobre el pecho y miró a su esposa con una expresión entre burlona y sarcástica.

—¿Qué significa esto, que mi valiente gladiadora siente miedo de ir a cenar a casa de un amigo?

Donatus la vio tragar saliva. Y también el miedo y la rabia en su rostro.

—No temo nada, Donatus. Y menos a tus arrogantes amigos.

—¿Cómo sabes que son arrogantes?

—Porque conozco a Scribonius Firmus. Es amigo de mi padre. De hecho, muchas veces ha sido nuestro invitado. Si nos han invitado a cenar, es sólo para cotillear mañana con sus amigos sobre la esposa ex gladiadora y ex ramera del senador -Lelia apretó la mandíbula-. No, no iré. Ve sólo si así lo deseas.

—Vendrás conmigo -dijo con firmeza-. Vístete y prepárate para cuando vuelva.

—No iré.

–Sí que vendrás -dijo, acercándose a ella.

–Cuidado, Donatus -masculló ella sin levantar la voz -. No soy la misma mujer que abandonaste. Ahora no podrás manipularme tan fácilmente como antes.

Donatus se detuvo detrás de ella, junto a la mesa, tan cerca que podía ver el pulso que le latía en la garganta, respirar la suave fragancia de su piel, y sin pensarlo dejó que su mano se moviera por voluntad propia para apartar la larga melena sedosa del cuello y los dedos le acariciaran la elegante línea de la mandíbula.

La notó tensarse.

–¿Qué haces, Donatus? – preguntó ella, casi sin respiración.

–No, no eres la misma mujer que abandoné -dijo él con calma-. Pero eres mi esposa y me hiciste una promesa. Y también dijiste que siempre cumples tu palabra.

Lelia cerró momentáneamente los ojos y al abrirlos y mirarlo, Donatus supo que aquella vez también honraría su promesa. Entonces, estando tan cerca de ella, perdió su control y se rindió a los deseos de su corazón. Acercó la boca a la de ella y la besó.

No fue un beso de gratitud por una decisión acertada, sino el beso de un esposo que anhelaba desde hacía tiempo la boca de su esposa. La levantó de la silla y la apretó contra él, pegando su cuerpo excitado a ella y provocando también su deseo. Cuando por fin la soltó su corazón latía aceleradamente.

–Prepárate para cuando vuelva -dijo él antes de salir.

Lelia se pasó la tarde conociendo mejor su nuevo hogar acompañada de

Druscilla, que la llevó por pasillos y más pasillos, pórticos y más pórticos, todos ellos con suelos embaldosados y columnas de mármol. Las habitaciones, con elegantes mosaicos en los suelos y artísticos murales en las paredes, estaban lujosamente amuebladas con divanes y cojines de seda, y mesas de piedra talladas con hojas de acanto, vides entrelazadas y racimos de uva. Algunas tenían incrustaciones de oro.

—Ahí está la sala de banquetes -le explicó Druscilla-, aunque ahora apenas la usamos. Antes se usaba cuando mi padre invitaba a otros senadores y sus familias para intentar influir en alguna decisión importante del Senado -rió la joven-. A él le encantaba esa habitación, y él mismo se ocupó de supervisar la decoración. Es una de las más bonitas de la casa. Y ahora la utiliza Lucan, el amigo de Donatus -añadió bajando la voz.

—Creo que no lo conozco -dijo Lelia.

—Si crees que no lo conoces seguro que no lo has visto nunca, porque si lo hubieras visto alguna vez no lo habrías olvidado -le aseguró Druscilla con mirada soñadora-. Es tan bello como un Adonis, con el cabello color trigo y unos ojos verdes que a veces tienen unos destellos dorados. Sus facciones son perfectas, y tiene unos labios maravillosos que sonríen sobre una hilera impoluta de dientes blancos. ¡Y un cuerpo! —añadió Druscilla mirando hacia el techo con fingida exageración-. Estoy pensando hacerme cristiana para poder asistir a sus reuniones y verlo.

—¿Lucan es cristiano? —preguntó Lelia sorprendida, consciente de que ser cristiano era un delito de traición que el imperio castigaba con la muerte.

—Sí, Lucan es uno de ellos. Por eso utilizan la sala de banquetes -le explicó Druscilla-. Aquí se reúnen y celebran su ritual. Hablan y rezan a su dios judío, el que murió y según ellos resucitó. Hablan mucho de sangre y de pecados, y no sé de qué más. Es bastante curioso, la verdad.

Lelia ladeó la cabeza.

—He oído hablar de ellos, pero nunca he conocido a ninguno.

–Donatus dice que Lucan ha cambiado mucho desde que se hizo cristiano. Antes le gustaba divertirse, beber y dedicar todo tipo de atenciones a las mujeres, creo que ya me entiendes.

Lelia sonrió.

–Creo que sí. Pero, ¿por qué permite Donatus a los cristianos reunirse aquí? Es peligroso.

Druscilla se encogió de hombros y la tomó de la mano.

–No lo sé, es cosa de mi hermano. Pero ven, quiero enseñarte una cosa -le dijo tirando de ella hacia otro pórtico de columnas-. Éste es mi lugar favorito, donde mi *paedagogus* me da clases -Druscilla continuó abriendo una puerta enrejada-. Si me aburro con los estudios, al menos me aburro en un lugar muy hermoso.

Tiró de Lelia a través de la puerta y la hizo entrar en un patio empedrado rodeado de un jardín que empezaba a renacer con el verdor de los primeros días de la primavera.

–Oh, Druscilla, este sitio es precioso -exclamó Lelia contemplando el exquisito lugar que las rodeaba, dándose cuenta ahora de que la casa estaba situada en la cima de una de las siete colinas de Roma.

Desde allí se gozaba de una impresionante panorámica de la ciudad por un lado y del lento discurrir de las aguas del río Tíber por el otro.

–Esta casa parece el palacio del emperador -comentó impresionada.

–Oh, no, en absoluto -protestó Druscilla, aunque no ocultó el placer que le producía el elogio-. Pero, es cierto, a mi padre le interesaba mucho la arquitectura -la joven suspiró-. A veces lo echo mucho de menos. Era un hombre maravilloso.

—Lo sé -dijo Lelia-. Lo conocí en una ocasión, en una cena.

Lelia recordó aquella noche en que Donatus le presentó a su padre, Marcus Flavius Antonius, un hombre tremendamente apuesto, de cabellos morenos con algunas canas en las sienes, los pómulos altos y los ojos verdes, que se parecía mucho a su hijo. En realidad era una versión en mayor del joven Donatus.

Druscilla continuó enseñándole el resto de la casa, pero fue en las cocinas donde Lelia se llevó la gran sorpresa del día. Allí estaba Severina, cubierta con una humilde túnica, sucia y empapada en agua tras una jornada de trabajo como criada.

—¡Severina! — exclamó Lelia al verla.

Echó a correr hacia la mesa donde su joven amiga pelaba algunas frutas con gesto cansado.

—¿Qué estás haciendo? — preguntó-. No deberías estar aquí, y mucho menos haciendo esto -dijo quitándole el cuchillo de la mano.

—Ha sido la tarea que me ha encargado Livia.

—¿Y quién es esa Livia que puede darte órdenes?

—Livia es quien se ocupa de llevar la casa -le informó Druscilla a su espalda.

Lelia se volvió furiosa hacia Druscilla.

—¡Severina no es una esclava! — le espetó furiosa-. ¿Quién ha dicho que lo era?

Druscilla la miró perpleja.

—No lo sé, supongo que fue lo que pensamos. Vino contigo, y creímos

que...

—Severina es mi amiga, es mi invitada, y no permitiré que la pongan a trabajar en la cocina. A esta mujer le debo la vida.

Una voz endurecida por la edad y la autoridad resonó en la cocina.

—¿Qué ocurre, mi señora? ¿No os complace cómo los esclavos realizan el trabajo?

Lelia se volvió a mirarla.

—Ha habido un grave malentendido -empezó tratando de mantener la calma-. Esta mujer no es una esclava, ni mía ni de nadie. Mientras resida en esta casa no trabajará, ni en esto ni en nada. Dormirá en un lecho de seda y se alimentará de la comida que otros preparen para ella.

—No os entiendo -dijo la anciana.

—Severina es mi amiga, mi amiga más querida.

—Pero, mi señora, no sé si el señor estará de acuerdo con eso.

—Por supuesto que lo estará -Lelia estudió un momento a la mujer mayor-. ¿Quién sois vos, que cuestionáis así mis órdenes?

—Livia -respondió la mujer irguiéndose cuanto pudo-. Me ocupo de los asuntos domésticos de esta casa desde hace cuarenta años.

—¿Y deseáis seguir haciéndolo?

—Desde luego.

—Pues entended esto bien. Severina es mi invitada y será tratada como tal. Preparadle la mejor habitación que tengáis disponible. Ocupaos de eso.

La anciana apretó la mandíbula con rabia pero asintió secamente.

—Como deseéis, mi señora.

Cuando la mujer se alejó, Druscilla dejó escapar un largo silbido.

—Desde luego la has puesto en su sitio -dijo.

Lelia sacudió la cabeza, tratando de dominar la ira que la dominaba.

—Una esclava no debe cuestionar nunca las órdenes de su señora.

—Livia no es exactamente una esclava. Al menos desde hace muchos años. Quedó libre mucho antes de lo que nosotros podamos recordar y ahora lleva esta casa con mano de hierro. Incluso Donatus le tiene miedo.

Lelia esbozó una sonrisa.

—¿En serio?

—Bueno, no exactamente miedo, pero prefiere no llevarle la contraria. Seguro que aún recuerda las palizas que le daba de pequeño -rió Druscilla divertida-. Cuando se entere de que la has puesto en su sitio estará encantado. Ya verás la cara que pone cuando se lo diga...

—No, Druscilla, ni una palabra, prométemelo.

Druscilla bajó los ojos.

—Sí es lo que quieres.

—Sí, es lo que deseo. Ahora, si no te importa, tengo que prepararme para la cena de esta noche.

—Claro. ¿Quieres que te mande una esclava para que te ayude a vestirme y peinarte?

—No, prefiero que me ayude Severina, si no le importa.

—Claro que no me importa -dijo Severina. Lelia sonrió y miró a Druscilla.

—¿Querrás avisarme cuando vuelva tu hermano? Y recuerda, no digas ni una palabra de lo sucedido.

Druscilla asintió y se quedó mirando a Lelia, que tomó a Severina del brazo y se la llevó hacia sus aposentos. Mientras las veía alejarse, Druscilla sonrió, pensando que aunque no le pudiera contar a Donatus lo sucedido con todas las palabras... seguro que él lo podría adivinar.



OceanofPDF.com

Seis

Lelia se sentó en la cama junto a su amiga y la abrazó ligeramente por los hombros.

—Deja de llorar, Severina, o mojarás la tinta del pergamino.

—Lo sé, lo sé -su amiga se limpió la nariz con el dorso de la mano-. No puedo evitarlo. La libertad. Me ha dado la libertad.

Lelia frunció el ceño, deseando poder decirle la verdad: que era ella quien estaba pagando el alto precio de su libertad. Pero no pudo. Sabía que Severina no lo permitiría. Preferiría venderse de nuevo como esclava antes de obligar a Lelia a yacer con Donatus y volver a concebir un hijo con él. Mejor dejarla con la creencia de que su libertad era fruto de la bondad y generosidad de Donatus.

—Eso no es todo-dijo Lelia-. También ha prometido darte dinero para que montes algún negocio. Sólo tienes que decidir qué quieres hacer.

—¡Pero lo que ha pagado por mí ya es demasiado! — Severina levantó el pergamino-. Cincuenta mil sestercios. ¡Es una fortuna!

Lelia se inclinó hacia delante tratando de leer el pergamino, sin poder dar crédito a las palabras de su amiga.

—¿Cincuenta mil? Imposible.

—Aquí lo pone. Una esclava gladiadora, Cassia Severina, comprada en este día a Publius Larcius Brocchus del *ludus* Magnus de Roma por el precio de cincuenta mil sestercios... -Severina miró a Lelia-. Tiene que ser un error. Nadie paga tanto dinero por un esclavo.

—No es un error-dijo Lelia, sintiendo lágrimas en los ojos-. Es el precio que Donatus ha pagado por ti.

«Y por mí», habría podido añadir. Un precio totalmente desorbitante, a menos que la amara de verdad.

Lelia le devolvió el pergamino y se acercó a la ventana abrazándose por la cintura.

—¿Ocurre algo? — preguntó Severina a su espalda-. Lelia, ¿estás bien?

No, no estaba bien. Pero el dolor que le presionaba en el pecho no tenía nada que ver con Severina ni con el pergamino de su libertad. Sólo tenía que ver con Donatus.

Lelia metió la pierna herida en el agua templada y contuvo el aliento.

—¿Duele mucho? — preguntó Severina metiéndose en el agua y sentándose en el borde junto a su amiga.

—Sobre todo por la noche. Debí tener más cuidado con el enano. Tenía un brazo muy potente.

Severina asintió, con gesto pensativo.

—Pero ahora esa vida ya nos queda muy lejos. El destino ha querido apartarnos del *ludus* y me alegro de no tener que volver a enfrentarme a nadie en la arena del circo.

—Cierto -suspiró Lelia-. Pero a pesar de todo, echaré de menos el ejercicio físico.

—Yo también -sonrió Severina-. Y también la satisfacción de saberme capaz de defenderme de cualquier hombre que pueda atacarme por la calle.

Lelia sonrió. Se echó agua por el hombro y por el brazo.

—Lo sé. A mí también me gusta sentir mi propia fuerza. Y tocarme los músculos -dijo pasándose una mano por el brazo-. Y a Donatus... -se interrumpió.

—A él también le gusta, ¿verdad? — dijo Severina sonriendo.

Lelia se encogió de hombros.

—¿Cómo lo voy a saber? Todavía no me ha tocado.

—Pero lo hará. Sabes que lo hará.

Lelia apretó los dientes, cerró los ojos y apoyó la cabeza contra las paredes.

—Deberías dejarle que te ame, que sea un buen esposo para ti -continuó Severina-. Háblale de su hijo, dile que tiene un heredero. Deja que te ayude a encontrarlo. Si Donatus es tan rico como dices, sin duda podrá...

—¡No! Yo lograré encontrarlo.

—No podrás guardar el secreto mucho tiempo. Tarde o temprano Donatus lo descubrirá -continuó Severina-. ¿No has pensado en eso? Es un hombre, Lelia, y muy orgulloso. Para él el honor es muy importante, y la verdad, y la justicia. ¿Estás dispuesta a perder su amor por culpa de tu orgullo?

—¿Qué sabrás tú de eso? — dijo Lelia-. Tú no estuviste allí cuando confesé a mi padre que llevaba al hijo de Donatus en mi seno. No estuviste allí para escuchar las cosas que me llamó, para ver cómo me arrastraba hasta la calle y me dejaba allí como si fuera basura. Ni tampoco cuando tuve que mendigar para comer, aguantando las ofertas de los hombres por poseer mi cuerpo, sabiendo que de no ser por el hijo que llevaba en mi seno es posible que me hubiera rebajado a ello para sobrevivir. ¡Apiádate de mí, Severina!

Los ojos de Severina se llenaron de lágrimas.

—Lo sé, lo siento.

—Y cuando el niño nació, tampoco Donatus estuvo a mi lado para sonreír con orgullo a su hijo.

—Lo sé, lo siento -repitió Severina.

—No vuelvas a hablarme de esto. No se lo diré a Donatus. Él no me ofreció su ayuda antes, y no permitiré que me ayude ahora.

—Pero él no lo sabía -Severina trató de hacer entrar a su amiga en razón.

—Y ahora tampoco lo sabrá -le advirtió Lelia con severidad-. Ni ahora, ni nunca.

Severina frunció el ceño.

—Bueno, pues si se entera y su reacción no te gusta, recuerda que te lo advertí.

Lelia la miró con irritación.

—Lo recordaré.

Donatus estaba cansado, no sabía si por la larga noche en vela, el interminable día en el Senado o quizá el temor a la velada de aquella noche.

A pesar del terror que vio en el rostro de su esposa cuando le habló de la invitación a cenar, Donatus sabía que no lo podía posponer. Era el primer paso para ayudarla a recuperar el lugar que le correspondía en la alta sociedad romana.

Entró en el dormitorio sin hacer ruido. Lelia estaba de pie de espaldas a él,

mientras Severina le arreglaba el pelo. Ninguna de las dos lo oyó hasta que se acercó a ellas.

Las dos mujeres dieron respingo.

–Disculpad -dijo él-. No quería asustaros.

A Severina casi se le cayó el espejo de la mano. Lo dejó en la mesa y se volvió a mirarlo.

–Yo ya me iba -se apresuró a decir.

–¡De eso nada! – protestó Lelia-. ¡Aún no has terminado de arreglarme el pelo!

–Claro que has terminado -dijo Donatus clavando los ojos en Severina con una significativa mirada-. Yo la ayudaré.

Severina asintió en silencio y se dirigió hacia la puerta.

Donatus miró a su esposa, de pie junto a la mesa y cubierta únicamente con una larga tela de algodón blanco, casi transparente, y contuvo el aliento. Estuvo a punto de llamar a Severina para que continuara con lo que estaba haciendo. Bajo aquel velo blanco, Lelia estaba totalmente desnuda.

Pero no lo hizo, y Severina salió de la habitación dejándolos solos. Tras un breve momento de indecisión, Donatus dio un paso hacia Lelia, que lo observaba con cierta desconfianza, sin parecer entender el efecto que estaba teniendo en él.

–Siéntate -dijo él con la voz pastosa, enronquecida por el deseo-. Siéntate. Yo terminaré de peinararte.

Se acercó despacio a ella, sin saber muy bien por qué lo había dicho. No sabía nada de peinados femeninos, aunque lo que sí sabía era lo mucho que le gustaba sentir la larga y sedosa melena morena de su esposa entre los

dedos.

Obediente, Lelia se sentó, y Donatus empezó a cepillar lentamente los largos mechones de color azabache. La delicada fragancia a mujer y a limón que emanaba del cuerpo femenino le hizo recordar muchas cosas que había olvidado. Recordó estar junto a ella tendido sobre la hierba, a la sombra de un árbol, acariciándola con los dedos, siguiendo con los labios...

—¿Donatus? — dijo ella, interrumpiendo su ensoñación.

Donatus se dio cuenta de que había dejado de peinarla.

—Perdona -dijo y continuó-. Estaba pensando.

—¿En qué?

—En ti, en mí, en el pasado.

Lelia no dijo nada.

—¿Te acuerdas, Lelia?

—No.

—¿De nada?

—Eso terminó.

Donatus le acarició el pelo y dejó que la mano izquierda se deslizara lentamente por la cascada sedosa y dibujara la forma del rizo al final.

—Para mí no.

—Donatus, no.

—¿Te da miedo oírme, Lelia? ¿Tienes miedo de lo que puedas recordar?

¿Miedo de lo que puedas sentir?

La sintió tensarse.

—No hay motivos para revivir el pasado.

Donatus enredó el rizo alrededor de un dedo y tiró de él suavemente a la vez que bajaba la cabeza. Lelia se sobresaltó como una gatita nerviosa cuando la lengua masculina le acarició el lóbulo de la oreja. Trató de volverse, pero no pudo. Donatus la tenía prisionera por el mechón.

—Te he echado de menos, Lelia. Mi decisión de dejarte destrozó dos corazones, pero era soldado, y mi juramento me obligaba a servir a Roma.

—Entonces espero que Roma te mantuviera caliente por las noches. Espero que Roma curara tus heridas y te amara.

Donatus le besó el lóbulo de la oreja.

—Durante el día luchaba por Roma, y por la noche soñaba contigo.

Lelia cruzó los brazos y lo miró con desprecio.

—Encantador.

Donatus tensó la mandíbula, se incorporó y soltó el rizo.

—Esos sueños eran lo único que me mantenía cuerdo. No permitiré que te burles de ellos.

—Oh, no, por supuesto que no, Donatus. Me complace ver que tenías algo hermoso con lo que ocupar tu tiempo. Porque yo desde luego no lo tuve.

Donatus dejó el cepillo.

—Lo siento, Lelia -dijo-. He mentido.

–Tenía que haberlo sabido -repuso ella, dolida-. No había recuerdos y sueños.

–He mentido sobre saber arreglarte el pelo -dijo él dejando el cepillo en la mesa y sosteniéndole la mirada-. Pero no he mentido sobre los recuerdos ni los sueños. Le diré a Severina que vuelva para que termine de ayudarte -dijo antes de salir de la habitación.

Donatus contuvo el impulso de apartar la cortina de la litera y mirar. Quería ver la casa de su anfitrión, como si eso pudiera ayudarle a prepararse para lo que le esperaba. Esa noche Lelia y él se enfrentarían a los senadores que mejor podían recordar lo ocurrido un par de años atrás, y a los que más podía importar.

A juzgar por la expresión del rostro de Lelia cualquiera diría que no estaba ansiosa ni preocupada, sentada a su lado con la cabeza erguida como una reina. Sin embargo, él sabía que no era así. Cuando la ayudó a subir a la litera, sintió el temblor de su mano, y cuando él le sonrió para tranquilizarla, vio la tensión en sus labios. Estaba asustada.

Las largas horas de negociaciones de Donatus en el Senado hicieron que el matrimonio llegara bastante tarde a la casa de Scribanus Firmus, cuando ya había anochecido, aunque ésa fue la intención de Donatus desde el principio.

Cuando entraron en la lujosa mansión del acaudalado senador, Donatus casi sonrió. El banquete ya había empezado a ponerse ruidoso, lo que era una buena señal. Quizá contaran con la colaboración de Baco en la misma medida que no habían contado con la de las Parcas que truncaron su destino. El vino corría de copa en copa y animaba las conversaciones de los invitados, salpicándolas de risas y carcajadas.

–Ven, amor mío -dijo él sujetando a Lelia por la cintura e inclinándose hacia ella-. Y recuerda, lo has prometido.

Lelia lo miró, arqueando una ceja.

—Por favor, Donatus, no tienes que recordarme cómo se interpreta el papel de la esposa de un senador. Me educaron para ello -le recordó ella alisándose la toga y arreglándose el palla sobre la cabeza.

Un esclavo los llevó hasta la sala de banquetes. Firmus salió a recibirlos a la puerta, con el rostro enrojecido a causa del vino y una sonrisa de oreja a oreja.

—Donatus -exclamó en voz demasiado alta-. Me alegro de que estéis aquí. Temía que algo os hubiera entretenido, pero veo que tu encantadora esposa no te ha mantenido encadenado al lecho para su placer -el senador soltó una carcajada antes de llevarse la mano de Lelia a los labios-. Flavia Lelia, sois más hermosa de lo que recordaba.

Algo en la mirada del hombre puso a Donatus en alerta, y cuando Lelia retiró la mano con un gesto de indignación, Donatus supo cuánto podía enfurecerse.

—Atribuiré tu falta temporal de sentido común al vino con el que has acompañado la cena, Firmus -dijo con frialdad-. De no ser así, te recordaría que fueras más caballero en presencia de una dama.

Firmus se echó a reír, mirando a Lelia como si la considerará cualquier cosa excepto una dama.

—Que sea el vino, si así lo deseas -dijo él-. Y permíteme que os acompañe a vuestra mesa, para que podáis disfrutar de él también vosotros.

El senador los llevó hasta un amplio y cómodo sofá tapizado en seda azul junto a la mesa. Allí invitó a Donatus a sentarse con un gesto.

—Que disfrutéis.

Donatus se acomodó en el sofá y tiró de Lelia hacía él, rodeándola con el brazo. La sintió tensarse y le sonrió, con la cara prácticamente pegada a la de ella.

—Nos están observando -dijo saludando con ligeros movimientos de cabeza a algunos de los presentes-. Seguramente están pensando que eres la mujer más hermosa que han visto.

—Lo dudo -dijo ella-. Seguramente están esperando a que haga alguna estupidez.

—Que piensen lo que quieran -dijo él, mirándola a los ojos-. Nosotros conocemos la verdad.

Inexplicablemente, los ojos de Lelia se llenaron de lágrimas. Donatus no conocía el motivo, pero sabía que no debía permitir que nadie las viera e hizo lo que tenía que hacer. La apretó aún más contra sí y la besó como lo haría un apasionado amante en la intimidad de su dormitorio. Las conversaciones de los invitados cesaron por completo.

Lelia quedó inmóvil un momento, y empezó a forcejear para soltarse, pero él no se lo permitió y la obligó a separar los labios. Ella se resistió sólo un momento.

Al saborearla de nuevo Donatus quiso gemir, pero sabía que no podía. Sin embargo, bebió intensamente de ella y le hizo el amor con la lengua, en un arrebatador anticipo de lo que quería ofrecerle. La sintió temblar contra él y entonces se dio cuenta de que ya no lo hacía por los presentes. Su erección presionaba contra la pierna femenina.

Alzó una mano y sujetó la nuca femenina, entrelazando los dedos con la melena morena para acercarla más a su boca. Ella se dejó llevar sin resistir.

—Recién casados -oyó decir a Firmus, lo que provocó risitas ahogadas entre sus invitados.

Aunque no de todos. La mayoría contemplaban la escena embobados.

Era el momento de la retirada, por mucho que le pesara. Sobre todo ahora que la reacción de Lelia estaba siendo tan deliciosa, algo que él no había anticipado en absoluto.

Se apartó de ella y le buscó los ojos.

—Confía en mí -susurró en voz baja. Después se volvió a mirar a los presentes como sorprendido por la inesperada situación-. Por favor, por favor, disculpadme -dijo pasándose la mano por el pelo-. Me temo que el gran amor que siento por mi esposa me ha hecho olvidarme momentáneamente de que estábamos en público.

Oyó un murmullo entre los invitados, pero no de reproche, y algunas risas, la mayoría femeninas, y eso le dio más confianza en su estrategia.

Firmus lo miró desde su sitio a la cabecera de la mesa.

—Veo, Donatus, que esta noche no terminarás con mis provisiones de vino. Tienes una opción mucho más embriagadora.

Donatus miró a su esposa.

—Así es, Firmus, pero ¿no es mi esposa digna de toda mi adoración? — Donatus estudió los rostros de las damas que contemplaban la escena con cierta envidia-. Hace dos años debí hacerla mi esposa, pero las guerras de Roma me obligaron a dejar la ciudad antes de poder llevar a cabo mi cometido. Durante dos años he luchado por este gran imperio y soñado con ella. Durante dos años, el viento me susurraba su nombre y las flores me recordaban su belleza. Luché contra los dacios como un poseído, me hice valedor de medallas y honores, el mismísimo emperador Trajano me colocó la corona áurea sobre la cabeza, pero, debo confesar que la fuerza que me llevó a luchar contra nuestros enemigos estaba alimentada por el deseo de regresar cuanto antes al lado de mi amada -Donatus bajó la cabeza en un gesto de humildad-. Y ahora que he cumplido con mi obligación hacia

Roma y el emperador, he regresado a su lado. Por eso os ruego a todos que disculpéis mi comportamiento y os ofrezco la única excusa que tengo: que he estado demasiado tiempo lejos de la mujer que hace latir mi corazón.

Hubo un momento de perplejo silencio, pero enseguida todos estallaron en aplausos.

—¡Así se habla! — exclamó una voz. Donatus se volvió a Lelia sonriéndole, le tomó la mano y se la llevó a los labios. El público aplaudía y gritaba de excitación.

Alguien les puso unas fuentes de comida adelante y les llenó las copas de plata de vino. Donatus rió y volvió a besar la mano de Lelia. El banquete continuó alegremente y él se dio cuenta de que su estrategia había funcionado. Los invitados de Firmus habían aceptado a Lelia, y al día siguiente en toda Roma no se hablaría más que del héroe que había regresado de las guerras dacias para reunirse con el amor de su vida, a quien dejó muy a su pesar para servir al imperio. Y Lelia, como correspondía a la nueva heroína del alma poética de Roma, sería su bellísima y amante esposa.

—Donatus -susurró Lelia-. Debería crucificarte.

—Ha salido bien -dijo él mirándola.

—¿Y si hubiera salido mal?

—Pero ha salido bien -insistió él.

—Eres imposible -dijo ella, conteniendo a duras penas una sonrisa.

Al verla Donatus recordó el beso que acababan de compartir y la apasionada reacción de ella.

—¿Imposible de ignorar o imposible de resistir?

—No te hagas ilusiones -susurró ella, aunque no pudo ignorar el deseo que brillaba en los ojos masculinos-. Aunque debo confesar que tus dotes retóricas me sorprenden.

Él sonrió al ver el cambio de conversación, pero le siguió la corriente.

—A mí también me han sorprendido. Quizá el amor convierta a los hombres normales en poetas. A los soldados también.

—¿Amor? — se burló ella-. Lo dudo.

Donatus quedó en silencio.

Lelia levantó la mirada y contuvo el aliento al ver su expresión.

—¿Donatus?

Donatus se inclinó hacia ella y le acarició con la lengua la comisura de los labios.

—He dicho amor, Lelia. No me retractaré de la palabra.

Ella se estremeció.

—Apiádate de mí, Donatus.

Los labios masculinos hablaron sobre los de ella.

—Lo haré, amor mío. Lo haré.



Siete

Lelia se sintió caer en el hechizo masculino, cautivada por los intensos ojos verdes, y se dijo que lo que sentía era gratitud por haber logrado ganar cierta medida de respeto de unas personas que sólo el día anterior la despreciaban. Aunque sólo fuera por eso, le debía un beso. No quería que la considerara una desagradecida.

Sus labios se unieron, y la pasión desgarró el tejido de sus almas con una fuerza instantánea y arrolladora.

—¡Donatus! — exclamó ella, echándose hacia atrás.

La mano masculina la sujetó enredándose en sus cabellos y la pegó de nuevo a él.

—¡No! — le ordenó-. No me rechaces.

Su boca se apoderó de ella, con una exigencia nueva y desesperada, y su lengua logró someterla con la pasión.

Lelia reaccionó con la misma intensidad, apretando contra sí el cuerpo endurecido de él y amoldándose contra él. En aquel momento tuvo que hacer un esfuerzo para respirar, para pensar, para recordar que estaban en un banquete, rodeados de mucha gente que los observaban con total descaro. Y además, no podía hacer aquello con Donatus. Todavía no. Era demasiado pronto. Trató de separarse de él, pero Donatus no se lo permitió.

—Ven conmigo -jadeó él pesadamente junto a su oído-. Lo entenderán. Ven conmigo.

—Suéltame, Donatus.

—¿De verdad quieres que te suelte?

Lelia lo miró. Todo el cuerpo le ardía de deseo, un deseo que necesitaba ser satisfecho por encima de todo. A él también. Lelia lo sabía. Lo sentía, grande y duro contra los suaves pliegues de la túnica.

—Donatus, no podemos.

—Sí podemos. Empieza de nuevo conmigo, Lelia. Esta noche.

Lelia respiró lenta y profundamente con labios temblorosos.

Donatus dejó que sus ojos se deslizaran sobre las curvas de los senos femeninos y a Lelia se le endurecieron los pezones, una reacción que a él no le pasó desapercibida.

—¿Me deseas? — preguntó él alzando de nuevo los ojos a su cara.

Lelia se humedeció los labios, que se le habían quedado completamente secos.

—Sí, Donatus. Te deseo.

—Entonces olvidemos todo lo demás. ¿Quién sabe lo que han decretado las Parcas sobre nuestro destino? Quizá la unión de nuestros cuerpos una nuestras almas, y lo único en que debemos pensar ahora es en nuestro placer mutuo -Donatus rió ligeramente y le recorrió con los dedos la melena morena-. Anoche te dije que te esperaba, pero ahora...

Lelia permaneció en silencio. Su cuerpo estaba tenso de deseo.

—Dos años ha sido mucho tiempo, Donatus. Para los dos -dijo ella por fin. Se mordió un labio con incertidumbre-. Quizá sea mejor así. Quizá nos sentiremos mejor cuando hayamos aplacado esta necesidad. Una vez, Donatus. Una vez. Esto no puede ser el principio de nada. Es sólo la unión

de nuestros cuerpos, nada más. Debes entenderlo.

Donatus quedó en silencio. Con la punta del dedo le acarició los labios. Ella la rozó con la lengua.

—¿Estás segura? — preguntó él-. No es así como quería que fuera, Lelia. Yo quería...

—Lo sé, Donatus. Pero sólo puedes tomar lo que yo esté dispuesta a dar voluntariamente.

Donatus bajó la mirada y las largas pestañas morenas cubrieron sus ojos verdes.

—Siento no poder esperar a que me ames. Pero soy un hombre y te necesito, Lelia.

La soltó y se apartó de ella, poniéndose en pie, para ayudarla a levantarse después.

—Espérame cerca de la puerta. Me disculparé ante nuestro anfitrión.

Lelia asintió y lo vio alejarse de ella hacia Firmus. Después franqueó el umbral de la puerta y salió al *atrium*.

Mirando al mosaico del suelo, estaba tan distraída pensando en Donatus y lo que había accedido a hacer, que no vio a los otros invitados que salían del lujoso salón de banquetes hasta que tropezó con uno. Éste la sujetó por el codo con mano de hierro.

—Oh, perdonad -dijo-. Lo siento, por favor... -se interrumpió de repente al ver la cara que más temía en el mundo.

Su padre.

Éste la miró de arriba abajo con dureza.

–Lelia. ¿Qué haces tú aquí? ¿Ejercer el oficio que aprendiste con tu amante secreto? – preguntó, y le dio un empujón para apartarla de su camino.

–Leptis.

Una voz conocida detrás del hombre hizo que Lelia se volviera con una mirada cargada de añoranza.

–¿Madre?

–Sí, soy yo -dijo su madre abriéndole los brazos.

Lelia corrió a meterse en ellos.

–¡No! – gritó Leptis.

Pero su esposa ignoró la orden furibunda y abrazó con fuerza a su hija por primera vez en dos largos años. Después la apartó un poco y estudió su rostro.

–¿Estás bien, hija? – preguntó.

Lelia asintió en silencio, incapaz de hablar. La emoción se lo impedía.

Leptis la sujetó por el brazo y la arrancó del abrazo de su madre.

–¡He dicho que no! – rugió iracundo el senador-. Y lo digo en serio. ¡Como tu padre, soy el responsable de...!

Una voz de hombre fría y burlona interrumpió sus palabras.

–Ya no eres el responsable de ella, Leptis.

Leptis se volvió. Por encima de su hombro, Lelia vio a Donatus de pie en el umbral, contemplando a su padre con los brazos cruzados al pecho.

—Tenía que haberlo sabido -reconoció Leptis amargamente-. Por eso está aquí, comportándose como si perteneciera a una familia patricia.

—Como así es -le recordó Donatus-. Ahora es la esposa de un senador romano y te exijo que la trates como se merece.

Frisca, la madre de Lelia, se llevó una mano a los labios y miró a su hija con un destello esperanzado en los ojos.

—O sea que te has casado con ella. Bien, muy decente por tu parte, hacerla una mujer honrada dos años después de cuando deberías haberlo hecho. Oh, sí, ahora seréis una familia encantadora, Lelia, tú y...

—¡Padre! — le interrumpió Lelia para evitar que su progenitor descubriera su secreto-. Por favor. Hazlo por Firmus, no montes una escena delante de sus invitados. Están ahí mismo. Seguro que pueden oírte.

Los ojos de Leptis miraron con dureza a su hija.

—¿Pretendes censurarme, muchacha? — dio un paso amenazador hacia ella-. No lo creo.

Donatus dio otro paso hacia él.

—No, Leptis. Ahora Lelia es mi esposa y no permitiré que nadie la trate sin el respeto que merece -Donatus puso una mano en el brazo de su esposa y la atrajo a su lado-. Ven, amor mío. Ya es hora de que nos vayamos -y con gran delicadeza la sacó de la casa del senador.

Apenas se sentaron en la litera, Lelia rompió a llorar. Donatus parecía esperar esa reacción, porque la rodeó con sus brazos y la consoló mientras le acariciaba el pelo con la mano.

—Sss, amor mío. Ya ha pasado. No te hará daño. Ya nunca podrá hacerte daño.

A Donatus le sorprendió el impulso protector que sintió teniendo a Lelia en sus brazos. También le sorprendió la calma con que se enfrentó a Leptis, a pesar de que en ese momento hubiera deseado abalanzarse sobre él y obligarle a tragarse sus palabras.

Porque lo que de verdad quería, por muy imposible que pareciera en ese momento, era ver a Lelia de nuevo en el puesto que le correspondía tanto en la sociedad como con su familia. Y él, Flavius Donatus, se ocuparía de ello.

—Lo siento -dijo cuando los sollozos se acallaron-. No sabía que tus padres estaban invitados.

—No puedo huir de ellos para siempre. Tenía que suceder tarde o temprano. Y seguramente volverá a suceder -dijo ella.

—Has sido muy valiente -susurró él acariciándole el pelo.

—Oh, Donatus...

Donatus apenas pudo creer lo que ocurrió entonces. Lelia le buscó con los labios en la oscuridad y lo besó con urgencia, recordándole lo que se acababan de prometer.

—Te deseo -susurró ella.

—Enseguida, amor mío. Ya casi estamos en casa -rió él-. Los esclavos no entenderían que salieras de la litera medio desnuda. O quizá sí.

Los esclavos salieron a recibirlos.

—Mi esposa no ha comido -dijo él-. Traed comida a nuestros aposentos. Y vino, el mejor que tengamos.

Alzó a Lelia de la litera y la dejó en el suelo deslizándola a lo largo de su

cuerpo, haciéndole notar lo mucho que la deseaba.

–Ven, amor mío. Tenemos mucho que redescubrir.

Lelia lo tomó la mano.

Apenas habían entrado en el dormitorio y Lelia ya estaba en sus brazos, besándolo con una pasión que lo enloqueció.

–Ah, Lelia -gimió él-. Me enloqueces cuando yo preferiría tomarme mi tiempo para amarte.

–No quiero esperar -respondió ella con voz ronca-. Te necesito ahora.

Alguien llamó a la puerta y Lelia miró hacia ella con incredulidad.

–Nuestra cena, amor. Apenas has tocado la comida en el banquete. Pensé que tendrías hambre.

–No tengo. Al menos no de eso.

Donatus sonrió y fue a abrir la puerta. Los esclavos entraron con varias bandejas que dejaron sobre una pequeña mesa junto a un sillón. Después de quedar solos de nuevo, Donatus sirvió el vino y entregó una copa de plata a Lelia.

–Bebe, te calmará.

–No necesito calmarme -dijo ella-. Te necesito a ti, Donatus.

Él sonrió.

–Entonces beberé yo. Yo sí que necesito calmarme. Tenerte tan cerca me resulta devastador -alzó la copa y bebió.

Lelia lo miró de arriba abajo y dijo;

—En estos momentos detesto la toga senatorial -dijo con un suspiro-. Una esposa no puede calibrar el nivel del deseo de su esposo bajo sus voluminosos pliegues.

Donatus la miró y contuvo el aliento.

—¿Deseas verme, Lelia?

—Sí -respondió ella.

Donatus tragó saliva y bebió rápidamente otro trago de vino antes de acercarse a la mesa a servirse más por temor a perder el control.

—Te prometo, amor mío, que tendrás todo lo que desees, pero, de momento, prefiero que nos lo tomemos despacio y saboreemos esta experiencia.

Lelia lo miraba con exasperación.

—¿A qué estás jugando conmigo, Donatus? ¿Acaso esperas algo más de nuestra unión que el apaciguamiento de nuestro deseo?

Donatus dejó la jarra de vino y levantó la copa. Mientras bebía, la observó por encima del borde.

—No estoy jugando a nada. Sólo quiero compartir mi corazón contigo.

—Guárdate tu corazón para ti, Donatus -dijo ella con sorna-. Sólo quiero tu cuerpo.

Donatus ignoró el comentario, se acercó a ella, la tomó de la mano y la llevó a la mesa.

—Pero no es posible separar ambas cosas -dijo sentándola.

—Claro que lo es -le aseguró ella-. Qué pronto lo has olvidado. Ya

prometiste tu corazón una vez, pero cuando te fuiste te lo llevaste contigo.

—Tenía obligaciones como soldado de Roma -se excusó él sirviendo con movimientos lentos un plato de comida-. Y sin embargo, cuánto nos engañamos los dos. Yo pensé que podía olvidarte. Tú estabas convencida de que lo había hecho -Donatus se sirvió un plato y buscó una cuchara-. Los dos nos equivocamos.

Donatus vio que sus palabras la habían herido, pero también la vio ignorar su dolor y concentrarse en el plato. Él hizo lo mismo, aunque era difícil desear comer cuando lo que más quería era acariciar con las manos la suave curva de los hombros femeninos y saborear la delicada piel de detrás de la oreja, que según su experiencia era uno de los puntos más erógenos del cuerpo femenino.

Donatus bebió más vino.

—No te olvidé -le dijo-. No pude olvidarte. Y tu recuerdo fue como una tabla de salvación. He estado dos años reviviendo una y otra vez los momentos que compartí contigo.

—Donatus, no me hagas esto.

—Mi favorito fue cuando te llevé a la barca de mi padre. ¿Lo recuerdas, Lelia?

Él la vio bajar los párpados y cerrar los ojos, ocultando sus pensamientos. Entonces, tomó la pálida mano que descansaba sobre la mesa y susurró:

—Lelia, ¿recuerdas aquella noche? ¿Recuerdas cómo la luna iluminaba nuestros cuerpos, y cómo el río nos mecía suavemente sobre las aguas?

Lelia se acordaba. Perfectamente. Era uno de los recuerdos que nunca había logrado apartar por completo de su mente, y que revivía una y otra vez en sus sueños.

No fue la primera vez que hicieron el amor, pero sí la que significó la unión más perfecta de sus dos almas.

Sus padres habían ido a pasar un par de días con unos amigos en Ostia, y durante una noche y un día Donatus y ella pudieron hacer realidad un sueño y compartir algo maravilloso, algo tan exquisito que incluso ahora le daba miedo.

Pero se hizo fuerte frente a los recuerdos y cerró los ojos.

—El pasado pasado está. No hablemos de eso.

Donatus se llevó la delicada mano femenina a los labios.

—Quiero que recuerdes -susurró él sobre su piel-. Dime que lo recuerdas.

Lelia no podía responder. La voz masculina le devolvió todos los recuerdos, y volvió a ver las suaves sábanas del lecho donde yacieron, las cortinas blancas a su alrededor ondeando suavemente con la brisa nocturna. Recordó las manos de Donatus en su cuerpo, sus gemidos, la emoción en sus ojos al hacerle el amor, y las lágrimas en los de ella. Y recordó la mañana siguiente, sus cuerpos desnudos al sol del amanecer y vibrando con mucho más que simple deseo.

—Lo recuerdo -se oyó susurrar-. Nunca olvidaré aquella noche, Donatus. Siempre pensé que fue en la noche que conce... -se detuvo de repente.

Donatus arqueó una ceja.

—Sigue.

Lelia alzó la copa con mano temblorosa y la apuró. Necesitaba tranquilizarse. Después se obligó a mirarlo a los ojos.

—Que conseguimos la unión más perfecta. Tristemente, no sobrevivió.

—Ahí es donde te equivocas.

Donatus se levantó y la levantó en sus brazos. Instintivamente Lelia se estremeció al sentir el cuerpo duro en contacto con ella, al notar los labios masculinos a unos centímetros de los suyos.

—Sí sobrevivió, Lelia -susurró él-. Y esta noche cumpliré todas las promesas que te hice entonces.

Lelia apenas tuvo tiempo de reaccionar. Donatus le tomó los labios con los suyos y en ese momento Lelia se dio cuenta de que ella quería también reaccionar, deseando que fuera verdad.

Donatus gimió al notar cómo se entreabrían los labios femeninos e invadió con la lengua la boca que se le ofrecía por fin.

—Oh, Donatus -gimió Lelia.

Donatus se echó hacia atrás y la miró, con la respiración entrecortada, los ojos verdes muy abiertos y cargados de deseo, profundos como el bosque más antiguo, y alzó un dedo para dibujar el perfil de sus labios.

—Sé que aún no me quieres, Lelia, pero prométeme una cosa. Esta noche dejarás a un lado ese odio. Esta noche, confiarás en mí.

Ella lo miró.

—Prométemelo.

Por fin Lelia asintió, aunque sintió vergüenza de sí misma por no poder prometerle más. Por no poder prometerle su amor ni su corazón. Sólo su cuerpo.

Donatus la alzó en brazos y la llevó al lecho. Tendiéndose sobre ella y apoyándose en los codos, le encontró la boca con los labios una vez más, aunque con las caderas totalmente pegadas a las suyas.

Lelia le aflojó la toga. Necesitaba acariciar su piel.

—Apiádate de mí -le susurró con un jadeo casi incontrolable-. No lo precipites. Déjame saborearte.

Donatus le tomó un seno con la mano a través de la ropa que llevaba. Después descendió con los labios por la garganta suave y estilizada hasta llegar al escote, pero fueron los dedos en el pezón lo que provocó el ardor que le prendió incontrolablemente entre las piernas.

—Te necesito, Donatus -le suplico ella-. No me hagas esperar.

Donatus rió suavemente.

—Ahora recuerdas, ya lo veo. Entre nosotros siempre fue así, Lelia. Siempre.

Donatus se incorporó y se quitó la ropa, prenda a prenda, hasta quedar totalmente desnudo ante ella. Lelia contuvo el aliento, perdida y embelesada por el cuerpo masculino, viril y perfecto, que nunca había olvidado del todo.

Lentamente recorrió con los ojos todo el cuerpo sólido y musculoso y por fin se detuvo en su potente erección, una verdadera promesa de placer.

Cuando Donatus le acercó la mano al hombro, Lelia dio un respingo como una cierva asustada, pero él sólo pretendía desabrochar el broche que le sujetaba la toga. Al conseguirlo dejó escapar un sonido triunfal. Después depositó el broche sobre una mesita de noche y fue quitándole la prenda con la mano hasta desnudarla. Por fin volvió a tenderse sobre ella, provocando un sinfín de sensaciones en su piel, sin dejar de acariciarla con los labios y con las manos. Lelia gimió cuando la boca masculina encontró el pezón y sus manos la acariciaron, dejándola convertida en lava líquida que se derretía sobre las sábanas, un río ardiente de deseo.

—Amor mío -le susurró él al oído.

La mano de Donatus descendió hasta el lugar donde se unían sus piernas y la encontró hinchada y húmeda.

—Tómame, Donatus -le suplicó ella abriendo los ojos.

—Todavía no, mi preciosa Lelia, mi esposa. Tengo mucho más que darte.

Lelia apretó los labios y movió la cabeza sobre las almohadas, sin apenas darse cuenta de que Donatus se había movido y había descendido por su cuerpo hasta que le acarició con la boca la parte más sensible de su ser.

Lelia se incorporó ligeramente y le sujetó la cabeza con las manos.

—Por todos los dioses, Donatus -exclamó-. ¿Qué estás haciendo?

Él no respondió. Continuó besándola, separándola con los dedos, saboreando cada centímetro de su piel. La sensación era totalmente nueva, algo que no había sentido nunca y que la llevó al borde del delirio.

Lelia oyó su voz como a lo lejos, gimiendo casi con desesperación. Todo en ella giraba alrededor de las sensaciones provocadas por la lengua de Donatus. El deseo se intensificó hasta llevarla al punto de desplomarse por el acantilado de la locura.

Gimiendo y jadeando, sin apenas poder soportar la intensidad de las sensaciones, Lelia cerró las piernas y al hacerlo atrapó con los muslos los rizos morenos de Donatus.

Dejándose llevar por la oleada de sensaciones, se sintió subir hasta lo más alto, y apretó los ojos hasta que el primer estremecimiento de placer la lanzó por el borde del precipicio. Y justo en ese momento Donatus se movió de nuevo, la cubrió con su cuerpo y la poseyó.

Lelia le clavó las uñas en los hombros a la vez que gritaba en una agonía de placer mientras él la sujetaba, acariciándole el pelo durante el cataclismo

del climax que la invadió, oleada tras oleada, reverberando a través de todo su ser hasta romper por fin contra el acantilado rocoso.

Lentamente volvió a la realidad, apenas consciente del peso de Donatus sobre ella, de sus cuerpos unidos y de los ojos de su amante estudiándola.

Lelia abrió los ojos y casi se quedó sin respiración al ver la ternura que reflejaba el rostro masculino. Donatus le apartó un rizo de la cara.

—Eres preciosa -susurró.

—Donatus, yo... -Lelia titubeó, sin saber qué decir.

La experiencia que acababan de compartir había sido más que maravillosa, y por primera vez desde que él se fue, Lelia se sintió relajada y en paz. Pero el placer físico no era amor, y ella no podía fingir lo que no sentía.

—Sss -dijo él, poniéndole un dedo sobre los labios-. No tienes que decir nada. Tenemos tiempo. Tiempo de sobra.

Lelia asintió y se tumbó de nuevo, satisfecha al ver que Donatus le entendía. Las caderas masculinas empezaron a moverse siguiendo un ritmo lento y cadencioso, y ella se concentró en ese ritmo, en su belleza, en su perfección. Abrió los ojos y vio la tensión grabada en las facciones masculinas. Le acarició el pecho, disfrutando de la fuerza de su cuerpo.

Pero pronto esos placeres se diluyeron en un nuevo deseo que resurgió con nueva intensidad en su interior, y se dejó llevar por la fuerza de la pasión. Pero esta vez Donatus estaba con ella, sintiendo su misma necesidad, llevándola junto a él de nuevo al climax.

Estaban a punto de alcanzarlo cuando alguien empezó a aporrear la puerta. Lelia se incorporó y Donatus soltó una maldición.

—¡Donatus, Donatus! ¡Abre la puerta! — gritaba una voz masculina desde el pasillo-. ¡Abre la puerta, Donatus! — continuaba vociferando con extrema

urgencia.

Furioso, Donatus se levantó del lecho y sin molestarse en vestirse fue hasta la puerta y la abrió de par en par, totalmente desnudo.

—¡Lucan, más vale que tengas una buena razón para...!

De repente se interrumpió.

En la cama, Lelia trató de incorporarse, sorprendida por la velocidad con que Donatus salió de ella y se cubrió con la sábana.

—¿Qué ha pasado aquí? — oyó preguntar a Donatus en tono más contenido.

—La comida -dijo Lucan buscando con los ojos por toda la habitación-. ¿Has comido algo? ¿Y ella?

—Hemos probado algo, pero...

—¿Los higos? ¿Habéis probado los higos?

Donatus miró a su alrededor, estupefacto.

—No.

Lucan miró el cuerpo desnudo de Donatus e hizo un gesto.

—Vístete, deprisa. Yo me ocuparé del pobre chico. Es mejor que hagamos esto con discreción y no montar ningún escándalo. Volveré enseguida. No comáis nada. Ni tú ni tu esposa.

Donatus asintió y cerró la puerta. Al volverse a mirar a Lelia, el rostro del hombre estaba desencajado.

—¿Qué ha pasado, Donatus?

Donatus se acercó a ella y le acarició la cara con los dedos.

–Una muerte, me temo. Uno de los esclavos.

–¿Dónde? ¿Cómo? – preguntó Lelia.

Donatus tardó en responder. Estaba de espaldas a ella y había empezado a vestirse.

–¿Donatus? – preguntó ella, sintiéndose presa de pánico.

Donatus le dio la toga.

–Toma-le dijo-. Vístete, deprisa. Me temo que ésta va a ser una noche muy larga. Hay mucho que hacer.

–Donatus, dime qué ha pasado -suplicó ella, incapaz de soportar más aquella incertidumbre.

Donatus la rodeó con sus brazos.

–Alguien ha intentado asesinar a alguien de esta casa esta noche.

–¿Han asesinado a un esclavo?

–Sí, pero no era la víctima que buscaban. Lo del joven esclavo, me temo, ha sido un desafortunado accidente.

Al recordar algunas de las cosas que había dicho Lucan, Lelia empezó a entenderlo todo.

–Nosotros, ¿verdad? – preguntó-. Nosotros éramos las víctimas del envenenamiento frustrado.

Donatus le besó delicadamente los labios.

—No temas, amor mío. Descubriremos la verdad.

Y le dio rápidamente la espalda, pero Lelia vio el breve destello de ansiedad en los ojos verdes y eso no la tranquilizó. Donatus sabía algo más, algo que no le estaba diciendo, y un estremecimiento la recorrió de arriba abajo, llegándole hasta lo más profundo de su alma.



OceanofPDF.com

Ocho

Lucan regresó poco después acompañado de Faustina y contempló los cuencos de comida sobre la pequeña mesa de mármol. Después miró a Donatus con expresión seria.

—Han tenido que ser los higos -dijo Lucan-. Troilus todavía llevaba dos en la mano. El pobre debía creer que sólo estaba robando un poco de fruta.

Donatus asintió.

—Lelia y yo hemos probado algo, pero si han sido los higos...

Faustina lo miró a la cara.

—Tú no eras la víctima que buscaba el asesino.

—No -asintió Donatus.

Lelia los miró a los dos sin entender nada.

—¿Por qué no? ¿Qué tienen los higos que ver con eso?

Faustina se frotó la nuca con las manos y habló despacio.

—Donatus no puede comer higos frescos.

—Se me hincha la garganta y me pica la boca -explicó éste-. Me ha ocurrido desde que era un niño. Si comieran unos cuantos, se me cerraría la garganta y probablemente moriría. En esta casa todo el mundo lo sabe. Y sobre todo los que trabajan en la cocina. Todo el mundo sabe que no los pruebo nunca.

–Parece que el objetivo era Lelia, y no tú, Donatus -confirmó Faustina.

Donatus respiró profundamente.

–Ésa es una hipótesis que debemos considerar -Donatus se volvió hacia Lelia-. ¿Tienes idea de quién puede desear matarte, amor mío?

–No -respondió ella-. Mi padre es la única persona que se me puede ocurrir, pero si hubiera querido matarme, podía haberlo hecho hace dos años, cuando... -Lelia se interrumpió, sin saber cómo continuar.

–¿Y no hay nadie más? – insistió Lucan-. ¿Ninguna mujer celosa de vuestro apuesto marido?

Lelia lo miró sorprendida. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza que hubiera más candidatas al amor de Donatus. Miró a su esposo y lo encontró dirigiendo una mirada fulminante a Lucan.

–No, no hay mujeres celosas en mi pasado ni en mi presente -masculló Donatus furioso y miró a Lelia-. Lucan lo sabe mejor que nadie.

Lucan se encogió de hombros.

–Sólo trataba de tener en cuenta todas las posibilidades. No porque haya pensado que hubiera otras...

–¡No has pensado en absoluto! – le interrumpió Donatus.

–No, lo siento. Disculpadme señora, por insinuar la posibilidad de que Donatus no os haya sido totalmente fiel. Por favor, disculpadme.

Lelia le sonrió.

–No os preocupéis. Esta situación nos ha puesto muy nerviosos a todos, y prefiero que barajemos todas las posibilidades.

Lucan la miró aliviado y lleno de agradecimiento, y por primera vez Lelia reparó en que era un hombre ciertamente hermoso. Con el pelo rubio y rizado, ligeramente despeinado y con destellos claros, Lucan tenía los ojos almendrados y enmarcados por largas pestañas oscuras. El verde dorado del iris daba a su mirada un fuerte poder de seducción y un halo de misterio que sin duda ejercía un importante poder en las mujeres. Tenía los pómulos altos, y el mentón firme. Los labios eran sensuales y carnosos. En ese momento a Lelia no le extrañó que Druscilla estuviera entusiasmada con él.

Asimismo, Lucan tenía algo que resultaba interesante. Una amabilidad y una vulnerabilidad que casi se podía sentir, mezclado con una sensualidad latente pero intensa.

Lucan le tomó la mano y la sostuvo por un momento, estudiándola casi con la misma intensidad con que ella lo analizó a él. De repente, como despertando de un sueño, los dos repararon en el rostro serio de Donatus mirándolos intrigado. Lucan soltó la mano de Lelia al instante.

—Averiguaré quién preparó la comida -dijo Faustina sin parecer percatarse de nada.

—De acuerdo -dijo Donatus-. Ocupaos vosotros de eso. Yo me ocuparé de Lelia. Esta noche dormiremos en el río y mañana saldremos hacia Herculaneum -miró a Lelia-. Allí tengo una villa, aunque no he estado desde mi regreso. Estaremos a salvo -después se volvió a mirar a su amigo-. Te confío la tarea de descubrir al traidor que anida en mi propia casa.

Lucan aceptó con un movimiento de cabeza.

—Preferiría que esto quedara entre nosotros cuatro -continuó Donatus-, pero necesitamos seis u ocho hombres de confianza para el viaje. Elígelos con cuidado -después miró a Faustina-. Por la mañana manda la *raeda* con cuatro buenos caballos. Que Severina recoja las cosas de Lelia y las mías. Las tuyas también. Vendrá con nosotros.

Donatus vio la sorpresa en el rostro de Lelia, y también su alivio.

–Supongo que no confiarás en nadie más -dijo él con una sonrisa.

Donatus cruzó la habitación y abrió la tapa de un baúl de cedro que había en una esquina. De allí sacó una bolsa de monedas que entregó a Lucan para la madre del muchacho envenenado.

–Ocúpate de que tenga un entierro decente, e informa a las autoridades de lo ocurrido.

Lucan asintió.

–También necesito dejar instrucciones por escrito para el Senado -continuó Donatus-. Lo dejaré todo redactado antes de irme.

Faustina y Lucan salieron a cumplir sus encargos mientras Donatus se afanaba en la labor de redactar sus instrucciones en un pergamino.

Ahora que la tensión se había disipado parcialmente, Lelia se dio cuenta de que estaba agotada. Los puntos del muslo volvían a doler, y, sentándose en la cama, examinó la herida y recapacitó sobre la situación.

¿Quién querría asesinarla? No tenía enemigos, al menos que ella supiera, a no ser que fuera algo relacionado con su matrimonio... Suspiró. Eso era preocupante. Donatus era un hombre muy rico y ella no sabía nada de su vida ni de las personas que lo rodeaban. Si alguien quería deshacerse de ella para evitar que diera un heredero a Donatus, no tenía forma de saber quién podía ser. A Donatus no se le había ocurrido esa posibilidad, ni tampoco a Lucan, pero pronto tendrían que considerar que el enemigo podía estar entre sus conocidos.

Miró a Donatus, que escribía rápidamente en un pergamino con expresión concentrada, y sintió una opresión en el pecho, una melancolía llena de nostalgia y una terrible amargura en el corazón.

Se llevó la mano al pecho en un gesto involuntario, como si pudiera apartar

el dolor del pecho, y también el miedo. Porque en ese momento supo que aquella noche algo había despertado en su corazón. Algo que bien podría ser amor.

En un intento de huir de esa idea, dio la espalda a Donatus y empezó a rebuscar en el baúl donde él guardaba su ropa para preparar el equipaje. Pasó las manos por las prendas bien dobladas, apartó a un lado la *gladius* y otros objetos de guerra, sin saber exactamente qué elegir.

Pero Donatus era un hombre muy ordenado. Los baúles estaban organizados con la eficacia de un soldado, y Lelia no tardó en encontrar todo lo necesario. Estaba a punto de cerrar el compartimento donde encontró los utensilios de afeitar cuando algo llamó su atención: un pequeño retrato enmarcado en madera de ébano y con incrustaciones de piedras preciosas.

Lo sacó con cuidado, casi sin atreverse a respirar. Era el retrato de una mujer, una mujer joven y muy hermosa, de pelo negro y liso, labios rojos y carnosos, y mejillas sonrosadas. Pero eran los ojos oscuros e intensos los que le resultaron vagamente conocidos.

Y en ese momento Lelia sintió celos. ¿Quién era esa mujer cuyo retrato guardaba Donatus con tanto celo, enmarcado con rubíes a juego con sus labios y perlas a juego con el color de su piel?

—¿Qué haces? — la voz de Donatus sonó cálida al otro lado de la habitación.

Lelia dio un respingo y dejó caer el retrato en el baúl.

—Recoger... recoger algunas de tus cosas. Espero que no te importe.

Donatus se echó a reír.

—No, amor mío. Una esposa hace esas cosas.

Lelia se ruborizó y cerró el baúl. Recogió las prendas que había sacado y las llevó a la cama.

–Mi esposa -dijo él mirándola con ternura-. Me complace decir esas palabras.

Lelia desvió la mirada.

–Deberías haber buscado a alguien mejor, senador -dijo ella-. Apenas hace doce horas que nos casamos y ya has tenido que enfrentarte a los leones de la opinión pública y a un asesino.

Donatus frunció el ceño con preocupación, pero no hizo ningún comentario, sino que se levantó y enrolló los pergaminos y los cerró con un sello de cera.

Lelia se afanó en envolver la ropa en una tela de lino limpia mientras trataba de indagar los sentimientos que la inundaban al recordar el cuerpo de Donatus sobre ella.

Los ojos se le llenaron de lágrimas de nuevo, y pensó que debía estar agotada, porque no podía entender las repentinas ganas de llorar que le entraban por cada insignificante detalle.

Claro que estar casada con Donatus y hacer el amor con él no era insignificante. De hecho, le afectaba hasta lo más hondo de su ser. Y eso también le daba ganas de llorar.

Era arriesgado ir los dos solos por las calles de Roma en plena noche. Pero Donatus había sopesado sus opciones, y el peligro de las calles envueltas en las sombras de la noche parecía minúsculo comparado con la amenaza que acechaba bajo su propio techo. Por eso Lelia y él avanzaban sin hacer ruido, dos siluetas que se deslizaban como espectros por las callejuelas empedradas. Afortunadamente, el río no estaba muy lejos.

Lelia se mantuvo en todo momento cerca de él, aunque Donatus no podía verla. Las sombras de los edificios a la tenue luz de la luna los ocultaba

incluso de sí mismos. Donatus tampoco podía oír sus pasos. Ni su voz. Desde que los golpes de Lucan en la puerta de su dormitorio los interrumpieron, Lelia apenas había hablado, y Donatus esperaba que no se debiera a su arrepentimiento por lo sucedido entre ambos.

Era todavía pronto para una relación tan íntima, de eso estaba casi seguro. Ella todavía no confiaba en él, pero él era un hombre, no un dios, y al ver que le ofrecía lo que llevaba soñando noche tras noche durante los últimos dos años... Donatus sacudió la cabeza en la oscuridad; ahora no tenía tiempo de pensar en ello. El pasado había sido un error, y siempre se arrepentiría de la estúpida decisión que había tomado un par de años atrás. Pero al menos había aprendido la lección. Se detuvo en lo alto de una colina y vio, a la luz de la luna, el embarcadero donde estaba atracada la barca.

—Ahí está -dijo a Lelia, que llegó a su lado jadeando-. Es la grande a la derecha.

—Esa no es la de tu padre -susurró ella-. La que compartimos no era tan magnífica.

—No. Cuando volví a casa de la Dacia descubrí muy a mi pesar que mi padre la había vendido -le contó él-. Y no me gustó. Estuve dos años soñando con ella. Y por eso compré otra, lo más parecida posible a la anterior, aunque más grande -alzó una mano para acariciar la mejilla femenina-. Iba a ser un regalo de bodas para ti. Siento que las circunstancias hayan estropeado la sorpresa.

Lelia abrió desmesuradamente los ojos, sin poder creerlo.

—¿Para mí? Pero no he hecho nada para merecer un regalo como ése.

Él la apretó contra sí.

—Ya lo creo que sí -dijo él-. Una vez me diste un regalo, algo de valor inestimable.

Lelia lo miró confundida.

—Tu virginidad -dijo él-. Y tu amor. Incluso si tú lo has olvidado, yo no.

Lelia cerró los ojos para ocultar sus emociones.

—Vamos -dijo él tirando de ella colina abajo-. Cuanto antes subamos a bordo, antes podremos dormir.

—Sí.

Debía estar tan cansada como él, pensó Donatus, y eso le gustó. Quizá así podrían dormir profundamente y recuperarse. Necesitaban olvidarse, aunque sólo fuera por una noche, de que eran un hombre y una mujer que se deseaban.

Tendida sobre las heladas sábanas de la barca, Lelia temblaba. La brisa nocturna que soplabla sobre el río era fría y estaba cargada de humedad, Lelia deseó que Donatus se tumbara a su lado y la ayudara a entrar en calor con su cuerpo, pero sabía por qué no estaba allí. Había contratado a cuatro barqueros experimentados para llevar la barcaza a un lugar seguro en medio del río. Cuando encontraran el lugar adecuado, echarían el ancla y él regresaría a su lado.

Lelia estaba cansada, confusa y preocupada.

Apenas hacía cuatro días sus preocupaciones giraban en torno al combate del día siguiente y en la posibilidad de que fuera su última noche en la tierra.

Ahora su preocupación era la misma. Las Parcas parecían haber conspirado un nuevo castigo contra ella.

Se tendió de costado y contempló las cortinas ondulantes que se balanceaban sensualmente al ritmo de la brisa.

Eran blancas, como las que ella recordaba, pero éstas estaban bordadas con cuentas plateadas en las que se reflejaban los delicados destellos metálicos de la luz de la luna.

Lelia suspiró y repasó todo lo ocurrido durante el día. Con un estremecimiento, se dio cuenta de que mientras ella sonreía a todas aquellas caras nuevas y trataba de recordar sus nombres, alguien la estaba vigilando. Mientras recorría su nuevo hogar acompañada de Druscilla, alguien había estado planeando su muerte.

Haciendo un gesto vacío en el aire, Lelia apartó aquellos tétricos pensamientos de su mente y pensó en Donatus, tan atento con ella y que la había colmado de tantas atenciones. Pero ¿por qué?

Él le había dicho que la amaba, no una vez sino varias. ¿Sería cierto? Quizá no fueran más que remordimientos. Un hombre con remordimientos compraba elegantes ropajes y caras joyas, pero...

«Oh, Donatus, Donatus. ¿Quién eres?»

Y entonces, como respondiendo a la llamada de su corazón, la cama se hundió bajo el peso del cuerpo masculino y Donatus la rodeó con sus brazos, ofreciéndole una cuna de músculos fuertes y poderosos para apoyarse. Envuelta en su olor y en su calor, Lelia se dejó acunar por el balanceo de la barcaza hasta que se quedó dormida.

Algo la despertó en plena noche, aunque no supo si fue de su propio llanto o las manos de Donatus que la zarandeaban suavemente.

—Sss -estaba diciendo él-. Lelia, no llores. Me parte el alma verte llorar así - Donatus la apretó con más fuerza-. Estoy aquí -le susurró-. Estabas soñando otra vez.

—Lo siento -murmuró ella.

Tras un silencio, Donatus se acomodó en la cama y pegó su cuerpo al de ella, para darle calor. Sin ser consciente de su reacción, el cuerpo femenino se tensó.

Donatus debió notarlo porque se detuvo.

—Tranquila, amor. Sólo quiero consolarte.

Lelia respiró profundamente para tratar de relajarse.

—Así está mejor -dijo él, acariciándole el pelo con la mano en una caricia rítmica y tranquilizadora.

Lelia terminó de relajarse por completo, sorprendida por su propia reacción, y cerró los ojos. Volvió a sentirse deslizándose nuevamente hacia un mundo sin dolor, sólo consciente del cálido olor masculino y de la presión de los dedos que le masajeaban la nuca, los hombros y los brazos.

—Si lo hubiera sabido no me habría ido -le oyó decir como a lo lejos.

¿Si hubiera sabido qué? Esas palabras la hicieron recuperar la lucidez y tratar de zafarse de los tentáculos que la arrastraban de nuevo hacia el sueño. Pero Donatus la tranquilizó.

—Descansa -susurró él-. Descansa, Lelia.

Lelia estaba cansada, demasiado cansada. Tan cansada que ya no podía pensar en sus palabras. ¿Qué era lo que había dicho? Tan cansada que lo único que podía hacer era respirar y sentir el calor de Donatus en su cuerpo. Demasiado cansada para nada que no fuera dormir.

A la mañana siguiente, unas risas masculinas y el olor a carne asada despertaron a Lelia. Esta abrió los ojos y vio que Donatus no estaba. Sorprendentemente eso la entristeció, aunque no entendió por qué. Desde

luego no quería una repetición de la inquietante intimidad compartida la noche anterior. Apenas podía creer cómo dejó que Donatus la utilizara para su propio placer. ¿Qué demonios le había pasado?

¿Acaso había olvidado lo que sufrió el día que descubrió que él se había ido? ¿Había olvidado lo desesperada y lo sola y abandonada que estuvo?

Sí, tenía que haberlo olvidado, se dijo, para dejarse seducir de nuevo por el hombre que la traicionó. Había cedido a él con demasiada facilidad, y sólo una mujer de vida disipada habría estado dispuesta a meterse en su lecho con la misma rapidez.

Cierto que en sus brazos había conocido los placeres más exquisitos, y ahora el deseo la torturaba. Pero olvidar lo que Donatus le hizo...

Lelia gimió con desesperación y se levantó de la cama. Al menos el intento de asesinato le había dado una segunda oportunidad de recobrar el sentido común. ¿Qué habría pasado si no los hubieran interrumpido?

Probablemente habría despertado por la mañana con el temor de estar de nuevo embarazada. Porque aunque se lo había prometido, y sabía que el momento llegaría... Lelia se estremeció. Quería cumplir su promesa, pero en realidad la temía con incontrolable desesperación. Temía el momento de saber que llevaba otro hijo en su seno, pensar en la posibilidad de volver a perderlo.

En aquel momento sólo quiso acurrucarse en la cama y llorar hasta que no le quedaran lágrimas, pero en lugar de hacerlo, tragó saliva y alzó la barbilla. Ella era una mujer fuerte y no se dejaría dominar por el dolor, un dolor que sentía siempre que pensaba en su hijo. Cerró los ojos para impedir el paso a los recuerdos, al color verde azulado de los ojos del bebé, a sus deditos diminutos y regordetes, a la boca hambrienta succionando en su pecho, y esperó a que el dolor pasara.

—¿Lelia? — la voz de Donatus la sobresaltó.

Éste entró y Lelia apartó los ojos para evitar que viera las lágrimas, pero fue

demasiado tarde.

Donatus se acercó a ella y le cubrió las manos frías con las suyas, provocándole un estremecimiento.

—¿Qué ocurre? — preguntó él.

—Nada. No es nada -Lelia se zafó de sus manos y le dio la espalda, furiosa consigo misma y también con él.

Donatus la estudió en silencio unos segundos. Lelia no lo miró, pero sentía su mirada clavada en ella.

—Lo de anoche -dijo con voz enronquecida-. Siento lo de anoche. No estuvo bien. Sabía que no estaba bien, pero, por todos los dioses, Lelia, no pude evitarlo. Te deseaba. Hace dos años que te deseo, que te necesito, que ardo por ti. Y estabas a mi lado, ofreciéndote a mis caricias.

Lelia no respondió. No pudo decir nada. El dolor se lo impedía.

—Lo siento -dijo él, transmitiendo con aquellas dos palabras un mundo de infinito pesar.

—Yo también lo siento -susurró ella-. Siento que no podamos volver a tener lo que tuvimos. Que nunca será lo que fue.

Donatus la miraba con ojos penetrantes, dos pozos de misterio y contradicción, envueltos en luz y rezumando oscuridad. No respondió.

—Pensé que podría, Donatus. De verdad lo pensé, pero no puedo.

Las pestañas oscuras formaron un velo sobre el fuego verde de sus ojos mientras la mandíbula masculina se tensaba.

—Prometí darte un heredero, pero lo siento. No puedo.

Otra vez silencio. Lelia esperó con el corazón desbocado, deseando que lo entendiera y sabiendo perfectamente que no podía.

—¿A qué temes? Ahora eres mi esposa, Lelia. No volveré a dejarte. Los amaré y cuidaré de los hijos que tengamos juntos -el velo de pestañas se alzó y Donatus la miró con solemnidad, queriendo saber la verdad.

Lelia desvió la mirada. ¿Qué respuesta podía dar? Ya ni siquiera se conocía, ni entendía por qué odiaba tanto a Donatus y a la vez sufría al ver el dolor en sus ojos.

Él se levantó, esperando. Pero Lelia no pudo responder a la pregunta.

Donatus se desdibujó en una masa indistinta a través de las lágrimas que empañaron los ojos femeninos, y al verla así, con un gemido de protesta, la abrazó como si con su afecto pudiera contener el torrente de emociones que la sacudía.

—Lelia -susurró su nombre con dolor. La tuvo abrazada y la dejó llorar. Lelia enterró la cara en el hombro masculino y sollozó desesperadamente por el pasado, por los sueños perdidos, por las heridas nunca cicatrizadas, por los recuerdos nunca olvidados. Si no lo hubiera amado, si él no se hubiera ido, si...

Al cabo de un rato los sollozos se calmaron y Donatus la meció suavemente, a la vez que le acariciaba la larga melena negra con la mano. Lelia le dejó hacer, sin querer interrumpir la intimidad del momento. Eran como dos amantes saciados tras la pasión. Como supervivientes arrastrados hasta la playa por la furia de la tormenta, saboreando la sal y la textura de las lágrimas compartidas.

Donatus le alzó la barbilla hasta que sus miradas se encontraron. Lelia se estremeció al ver el terrible anhelo en los ojos verdes de él.

—No puedo cambiar el pasado ni deshacer lo que hice, pero te juro que nunca fue mi intención hacerte daño -dijo él-. No soy el mismo hombre que

cuando me fui. No te obligaré a cumplir tu promesa.

Lelia apenas podía comprender aquellas palabras.

—No tienes que darme un heredero -continuó él-. No tienes que dormir conmigo, ni hacer el amor conmigo, ni llevar a mi hijo en tu seno. Ni ahora ni nunca. No puedo volver a hacerte daño. No quiero verte sufrir.

Lelia dio un paso atrás, estupefacta.

—No entiendo.

La expresión de Donatus se relajó.

—Sólo te pido una cosa. Que no juegues conmigo -le pidió-. Tienes que entender que tengo mis límites. Yo también sufro por lo que perdimos.

A Lelia se le hizo un nudo en la garganta.

—No me pidas que no te quiera. No me pidas que no te desee. Pero debes saber que nunca te forzaré a nada. Puedes confiar en mí -le tendió la mano-. Estemos en paz.



Nueve

Lelia le tomó la mano y él tiró de ella para depositarle un beso en la frente.

Pero cuando Donatus se apartó de nuevo, Lelia se estremeció al ver la fiera determinación en sus ojos, y entonces lo entendió.

Donatus se había batido en retirada. Había perdido la batalla, pero sólo porque había decidido ganar la guerra.

La *raeda* era grande, espaciosa y muy cómoda. También lenta, o al menos eso le pareció a Donatus. Acostumbrado a viajar en caballo, galopando a toda velocidad, sin el estorbo de mujeres y todo el equipaje que portaban consigo. Con impaciencia vio cómo Lucan cargaba cinco baúles de madera.

—Le dije a Faustina que preparara un equipaje ligero -refunfuñó Donatus.

—Lo sé, pero dice que es importante que Lelia tenga las cosas necesarias para mantener adecuadamente su apariencia ahora que es la esposa de un senador.

Donatus frunció el ceño.

—Estaremos en el campo -bufó-. Dudo que a los esclavos que aran la tierra les importe mucho la posición social de Lelia, o la mía.

Lucan se encogió de hombros y sonrió a su amigo.

—Ahora ya no eres un soldado, amigo mío. Eres un hombre casado. Tienes que acostumbrarte a la vida doméstica, y a viajar con todo lo necesario para cubrir las necesidades de tu esposa. Ya verás cuando empiecen a llegar los

niños. Entonces aún será peor.

Las palabras de Lucan recordaron a Donatus lo que había hecho. Apenas podía creer cómo había sido tan débil y se había dejado manipular por las lágrimas de Lelia para renunciar a algo que debía a su padre. ¿En qué estaba pensando? Ahora no tendría un heredero.

Irritado, pensó que se había casado con una mujer que lo despreciaba, y temía tanto una unión física con él que lloraba sólo de pensarlo. Peor aún, ella había jurado no amarlo nunca, y él no tenía ningún derecho a pensar que algún día cambiaría de idea. Pero al menos entonces existía la esperanza de un hijo, un hijo que deseaba con todas sus fuerzas.

Era su obligación para con su padre, para con sus antepasados, pero no era la única razón. Lo más importante era que esperaba poder repetir la excelente relación que tuvo con su padre.

Apenas tenía siete años cuando su madre los abandonó. Entonces era demasiado joven para entender las razones pero lo bastante mayor como para llorar al oírlos discutir. Entonces no entendió aquellos gritos. Amantes, deshonra, adulterio. Sólo entendió que ella los abandonó a los dos, y que en el rostro de su padre se reflejaba la misma terrible pérdida que sentía su corazón de niño.

Sin embargo, su padre no permitió que el dolor destruyera sus vidas sino todo lo contrario. Padre e hijo se unieron contra el mundo y la vida continuó, no como antes, pero al menos serena, más tranquila, sin las rabietas y los caprichos de su madre, a la que él no echó de menos durante mucho tiempo. Su madre nunca se portó como una madre con él, todo lo contrario. De hecho, parecía celosa de su relación con su padre, con quien tenía mucho más en común. De él había heredado los mismos rizos morenos y los mismos ojos verdes, la misma inteligencia curiosa y la misma energía y vitalidad.

Cuanto más amaba a su padre, más se alejaba de su madre. Al principio Donatus pensó que la culpa era suya, y tardó años en entender que su madre

sólo lo había utilizado para herir a su padre.

Ahora, cuando pensaba en ella sentía sobre todo tristeza, pero no podía decir que la amaba. Probablemente nunca llegó a amarla. Ella los abandonó cuando más la necesitaba y ahora él no tenía ningún deseo de volver a abrir la vieja herida.

Sin embargo su padre se merecía toda la comprensión, la admiración y el honor de su hijo. De él Donatus aprendió a ser un hombre honrado, justo, leal y sincero. De él aprendió a ser un hombre.

Ahora le dolía haber renunciado a darle lo que le debía. Ya no habría heredero.

Donatus miró subrepticamente hacia donde estaba Lelia, sentada con la espalda muy recta junto a Severina, bajo el abrasador sol del mediodía. Apenas habían hablado en toda la mañana, y cuando lo hacían era para compartir secretos en voz baja y apagada.

¿Se sentiría complacida consigo misma ahora que había conseguido tantas cosas sin dar nada a cambio?, se preguntó Donatus.

La respuesta estuvo en la voz de su conciencia, advirtiéndole que reprimiera su ira. Fue, después de todo, quien había dado lugar a aquella tensa y desconfiada relación a causa de su traición. Si Lelia no confiaba en él, fue porque él así se lo enseñó. Si temía hacer el amor con él, él era el culpable de aquel temor.

Donatus confió en que Lelia no se arrepintiera de lo ocurrido la noche anterior, pero al ver sus lágrimas supo que no era así.

—No me parece bien -dijo Severina mientras Lelia y ella subían sus fardos de ropa por la estrecha escalera-. Deberías compartir habitación con tu esposo, no conmigo.

–Ya sabes que nuestro matrimonio no es lo que debería ser -dijo Lelia.

Severina volvió a mirarla y casi tropezó.

–También sé que prometiste mantener las apariencias. ¿Qué dirá la gente cuando vean que la esposa del senador no comparte habitación con él?

–¿Desde cuándo te preocupan las apariencias?

–No estoy pensando en mí sino en ti -repuso Severina-. Apenas estamos a un día de viaje de Roma, y en esta posada para mucha gente importante. Se podría correr el rumor de que no estáis realmente casados.

Lelia sacudió la cabeza, jadeando. Al llegar al rellano se detuvo y miró hacia el estrecho pasillo.

–Ha sido Donatus quien lo ha sugerido.

Severina se detuvo en el rellano junto a su amiga, jadeando también.

–¿Qué? No me lo puedo creer -la miró acusadora-. Tendrás que inventar una excusa mejor.

–Es la verdad, me creas o no -repitió Lelia, y echó a andar por el pasillo hasta la puerta de las habitaciones que habían alquilado para pasar la noche.

La habitación estaba inmaculadamente limpia y Lelia suspiró con alivio. Severina tenía razón. Era la mejor posada en treinta kilómetros a la redonda, y por lo menos ahora sabía que la ropa de cama no estaría infestada de piojos y los dioses sabían qué más.

–Pues explícame por qué demonios Donatus quiere que duermas conmigo y no con él -preguntó Severina lanzando el fardo de ropa al colchón-. ¿Ya le resultas tan odiosa que ni siquiera puede soportar mirarte?

Lelia lanzó un fardo de ropa hacia Severina, y su amiga, en venganza, echó

a correr hacia ella rodeando la cama. Lelia se echó a reír.

—No, no -dijo alzando una mano mientras Severina la atacaba sujetándola con un trozo de tela por el cuello, como si quisiera estrangularla.

Las dos amigas cayeron juntas sobre el colchón entre carcajadas, hasta que una voz masculina en la puerta las sobresaltó.

—Espero que los vecinos no quieran dormir.

Las dos mujeres se volvieron a mirarlo y Donatus se echó a reír.

—Tranquilas, era sólo una broma. No tenéis vecinos.

Lelia le dio la espalda, sin querer admitir el vuelco que le dio el corazón al oír su voz. Sus miradas se habían encontrado, primero con regocijo, y la de él cargada de un innegable deseo que no trató de ocultar. Severina musitó una excusa y fue a salir del dormitorio, pero Donatus la sujetó por el brazo.

—No, no te vayas. Sólo he venido a comprobar que todo estaba bien -le dijo-. De todos modos, quiero que mantengáis vuestras armas cerca, en caso de que nos hayan seguido o alguno de los hombres de la escolta... se haya dejado sobornar.

Severina arqueó una ceja preocupada.

—¿Crees que pueden atacarnos nuestros propios hombres?

—Espero que no -dijo Donatus encogiéndose de hombros-. Pero esta noche dormiré con ellos en la misma habitación de la primera planta. Me colocaré cerca de la puerta, y si alguno intenta salir tendrá que despertarme.

Y después de hacer una rápida inspección en el dormitorio y hablar en voz baja con Severina, ignorando a su esposa, Donatus las dejó solas.

Severina se volvió a mirar a su amiga y suspiró aliviada.

—No entiendo cómo lo soportas -comentó.

—¿Soportar qué?

Su amiga la miró con incredulidad.

—Oh, ese juego de hacerte la inocente.

Lelia se sentó con gesto cansado en la cama y después se estiró cuan larga era.

—No juego a nada, Severina. Estoy demasiado cansada para eso.

—Pues yo juraría que los dos estáis jugando -le aseguró a Severina con gesto divertido-. Y a juzgar por vuestras miradas, es un juego muy emocionante. No hace falta un adivino para interpretar su significado.

Lelia se tumbó de costado y apoyó la cabeza en la mano.

—No sé, todo está pasando muy deprisa y no he tenido tiempo para pensar.

Severina se acercó a la puerta y la cerró antes de sentarse junto a Lelia.

—Creo que te quiere -le dijo con una mirada cargada de significado-. ¿Estás segura de que Donatus es el malvado que crees? ¿Estás segura de que no has adoptado una actitud equivocada?

—¿A qué te refieres?

—A mantenerlo alejado de ti. Quizá deberías perdonarlo y contárselo todo, empezar de nuevo y crear un matrimonio de verdad.

—Para ti es fácil decirlo -dijo Lelia frunciendo el ceño.

—Lo sé, pero Lelia, ahora Donatus es tu esposo. ¿Qué opciones tienes?

Puedes continuar odiándolo, y los dos sufriréis una vida llena de tristeza y amargos recuerdos. O puedes empezar de nuevo y tratar de sacar el máximo provecho de la situación y ser feliz.

Lelia se levantó de la cama y se afanó en deshacer uno de los fardos, del que sacó algunos enseres personales, pero no respondió. Severina la observaba, y frunció el ceño al ver a Lelia sacar un cepillo y pasárselo con rabia por los largos mechones de pelo.

—Te has enfadado conmigo -dijo por fin Severina.

—No.

—Claro que sí.

Lelia respiró, echó el cepillo de nuevo al fardo y miró a Severina con las manos en las caderas.

—Puede que sí, pero... -dio unos pasos nerviosos frotándose con la mano la tensión de la nuca-. Tampoco soy una tonta. Sé que eres mi amiga, y estás preocupada por mí, pero la situación con Donatus es muy extraña, y todavía no he podido ir más allá de la maraña de sentimientos que me embargan, todos tan diferentes -reconoció. Una lágrima descendió por su mejilla-. Soy su esposa desde hace dos días y ya no sé qué pensar ni quién soy. Era más fácil cuando sólo lo odiaba. Cuando él no estaba aquí. Pero ahora ha vuelto y dice que me quiere. Me mira, me toca, y yo... -Lelia estalló en sollozos.

Severina se acercó a ella y la rodeó con los brazos en un gesto de amistad y consuelo.

—Todavía le quieres, ¿verdad?

Lelia quedó inmóvil.

—¿Tanto se nota?

–Me temo que sí. Nunca has podido olvidarlo, ¿verdad?

Lelia levantó la cabeza y miró a su amiga. Después cerró los ojos y tragó saliva.

–No, nunca lo he olvidado.

–Yo no soy nadie para decirte qué debes hacer-dijo Severina-, pero yo en tu lugar tendría en cuenta algo importante.

Lelia abrió los ojos.

–Es el padre de tu hijo, un hijo concebido fruto del amor y un hijo al que quieres encontrar. Pero creo que sería mejor que lo buscarais juntos. Y que cuando lo encontréis, porque no tengo la menor duda de que lo encontraréis, sus padres tengan una verdadera relación amorosa y no sean enemigos viviendo bajo el mismo techo. Dale a Donatus la oportunidad de encontrar a su hijo, y la oportunidad de amar a la madre de su hijo.

Lelia se secó la nariz con el dorso de la mano.

–Me estás pidiendo mucho. – Severina asintió.

–Lo sé, pero eso demuestra la fe que tengo en ti, Flavia Lelia.

Lelia bajó la cabeza y se quedó mirando los listones de madera del suelo mientras reflexionaba sobre las palabras de su amiga.

Durante los tres días siguientes, Lelia no paró de dar vueltas a la sugerencia de Severina, por otro lado muy sensata. El problema era que el corazón no siempre tomaba decisiones sensatas, y ella estaba demasiado confusa para correr ningún riesgo. No podía quedar de nuevo a merced de Donatus, ser vulnerable a su atractivo varonil y a sus palabras de amor. Era un riesgo para el que no estaba preparada, al menos todavía.

También sabía que no podría aguantar eternamente. Como hombre ella lo deseaba. Cada vez que los ojos masculinos la seguían, a ella se le cortaba la respiración. Cada vez que él la acariciaba, la llama del deseo prendía en su vientre.

Donatus había asumido que sus lágrimas se debían a no querer hacer el amor con él, y que lo odiaba demasiado para tener un hijo suyo. ¡Qué equivocado estaba!

En realidad lloraba porque quería hacer el amor con él, y por el hijo que ya le había dado. Quizá podría decirle la verdad y él lo entendería.

Pero ¿y si no?

Ya se había puesto en sus manos una vez, y él la abandonó arrancándole el corazón del pecho. La idea de volver a pasar por lo mismo resultaba insoportable.

El deseo físico era una cosa, y ella sabía que llegaría el momento. Era una mujer apasionada, una parte de sí misma que Donatus le enseñó, al principio con cautela, pero pronto, envalentonada por el amor y la confianza entre ellos, Lelia no reprimió en absoluto la intensidad de su deseo. A Donatus le sorprendió que una joven tan inocente pudiera arder con tanta pasión.

Pero a ella no le sorprendió. Siempre había sabido que cuando entregara su corazón, también entregaría el resto de su ser. Cuando apareció Donatus en su vida, ella lo eligió como compañero para siempre, y se entregó por completo.

Por eso su traición resultó tan dolorosa.



OceanofPDF.com

Diez

Mientras la *raeda* avanzaba hacia la aldea que era el eje central de las tierras de Donatus, Lelia procuró contener los nervios. El grupo se detuvo a comer junto al camino, bajo un grupo de árboles, tras una mañana cabalgando bajo el sol y envueltos en el polvo del camino. Mientras comían, Donatus les habló de las tierras por las que iban pasando y de la casa a la que llegarían a media tarde.

Donatus se dirigía fundamentalmente a Severina, aunque Lelia sabía que él no dejaba de observarla. Si sus miradas se hubieran cruzado una sola vez... a Lelia se le encogió el corazón, lo que le recordó que todavía no había logrado controlar sus emociones cuando estaba cerca de él. Si Donatus sentía lo mismo, podía entender por qué la evitaba. Porque de no hacerlo, apenas podría hablar de manera coherente ni comportarse con naturalidad, cuando el anhelo más urgente de sus cuerpos era encontrar un refugio entre los árboles y consumir su deseo.

Por eso Lelia continuó comiendo en silencio, escuchando a su esposo hablar con su amiga. Severina parecía haber descartado sus antiguas dudas sobre Donatus, un hecho que sorprendentemente apenas preocupaba a Lelia. Donatus también parecía sentirse muy a gusto con la joven. Con ella charlaba, sonreía y hacía bromas, riéndose sobre todo de sí mismo y nunca de otros.

Al verlos, Lelia no sentía celos en el sentido tradicional, porque no desconfiaba de ninguno de los dos. Sin embargo, eran celos, celos por las risas que compartían, celos por lo a gusto que se les veía cuando estaban juntos.

Al verlos recordaba el pasado y aquellos días cuando era ella quien reía con él, cuando fueron amigos además de amantes.

Tratando de ignorarlo, Lelia se levantó y recogió los restos de la comida, porque lo cierto era que echaba de menos la amistad y el compañerismo que había compartido con Donatus.

Afortunadamente, las risas de sus dos compañeros de viaje pronto callaron. Lelia sintió la mirada de Severina en ella y levantó los ojos, resuelta a ocultar sus verdaderos pensamientos y el motivo de su incomodidad.

Pero no era Severina quien la observaba, sino Donatus. Sus miradas se encontraron y fueron más elocuentes que muchas palabras. La expresión de Donatus no ocultaba nada, ni su deseo, ni su pasión, ni el dolor de sus recuerdos. Y su mirada se transformó en una lenta caricia, una caricia tan delicada como el rocío, tan hermosa como la plata, y tan tierna como el amor.

Lelia apartó la mirada, incapaz de comprender lo que había entre ellos. O quizá comprendiéndolo demasiado bien.

Severina habló e interrumpió la intimidad del momento.

—Decidme, mi señor Donatus, ¿cómo es la villa a la que nos dirigimos?

Donatus tardó un momento en responder, pero Lelia no se atrevió a volver a mirarlo.

—No es una villa muy grande -respondió él-. Espero que no os decepcione. Es sencilla, pero a mí me encanta. Para mí es un refugio, un tranquilo lugar de retiro. Probablemente para muchos resulte demasiado rústica, pero es lo que más me gusta. Cuando estoy allí, trabajo con las manos, con los esclavos, y cuando vuelvo por la noche a descansar me siento contento conmigo mismo y en paz con mi alma -Donatus se detuvo y se encogió de hombros, sintiéndose casi cohibido por la confesión-. Nunca se me ha ocurrido arreglar más el lugar, porque cuando estoy allí necesito muy poco. La casa sólo tiene cuatro dormitorios pequeños, y los muebles son sencillos y escasos.

Severina se echó a reír.

–Parece muy acogedora.

Lelia levantó la cabeza justo a tiempo para ver el intercambio de miradas entre Donatus y su amiga.

–Micon ya debe estar allí -dijo Donatus-. El capataz y su esposa estarán preparados para nuestra llegada. Habrán preparado aposentos separados para ti, Severina. Espero que eso te complazca.

Severina sonrió, entrecerrando ligeramente los ojos, con una expresión casi felina.

–Por supuesto -le aseguró Severina-, a menos que prefiráis que duerma cerca de Lelia por seguridad.

Donatus cruzó los brazos al pecho.

–Os lo agradezco profundamente, mi señora Severina, sé que sois una buena amiga y una excelente gladiadora. Sin embargo, mientras a este ex soldado le quede una gota de aliento en su cuerpo y fuerza en los brazos estará encantado de empuñar su espada en nombre de su amada.

–Oh, señor, estoy segura de ello, muy segura -dijo Severina con una risita.

Lelia se ruborizó. Y enseguida, al entender la insinuación, el rostro de Donatus se tensó. Dándoles la espalda, se disculpó para ir a dar agua a los caballos.

Mientras atravesaban el valle más hermoso que Lelia había visto en su vida, ésta empezó a entender la reverencia en la voz de Donatus al hablar de aquel lugar. El camino serpenteaba a lo largo de kilómetros y kilómetros por campos de cultivos y prados de pasto que pertenecían al hombre sentado a

su lado. Este recorría con los ojos las interminables hileras de viñedos y los pastos llenos de ovejas, vacas y caballos.

Por primera vez desde que salieron de Roma, Donatus le invitó a sentarse a su lado y le habló para contarle cosas de la granja que tanto le gustaba. Era evidente que él amaba aquel lugar y que era algo que deseaba compartir con ella, a pesar de que ella apenas sabía nada del cultivo de las viñas, ni de la rotación de pastos para los animales, ni del esquila de las ovejas. Lo importante era que los ojos masculinos brillaban de felicidad, que su voz era fuerte, grave y firme, y que lo estaba compartiendo todo con ella.

—Estoy seguro de que el capataz y su esposa estarán encantados de tenernos aquí -dijo Donatus mirándola con una sonrisa-, pero a Didia no le hagas mucho caso. Los años no le han templado la lengua, y siempre es muy sincera, me guste o no. Su esposo, Amandio, es todo lo contrario, un hombre parco, de pocas palabras, que se ocupa de organizar y supervisar las labores de los hombres en los campos. Didia dirige a las esclavas y se ocupa de los asuntos domésticos.

Mientras él hablaba, Lelia estudiaba el rostro masculino, que parecía aumentar en belleza a medida que iban acercándose al lugar que tanto amaba.

—Didia se hace la ilusión de que es casi mi madre. La verdad es que en mi juventud Amandio y ella fueron prácticamente como unos segundos padres para mí -rió él-. Ni que decir tiene que a Didia no le inspiro ningún respeto ni ningún temor, por mucho que yo sea el amo. No tengo ni idea de lo que se le puede ocurrir decirte, así que prepárate, amor mío. Ella siempre ha deseado mi regreso y mi matrimonio, y todo lo que ello significa -añadió.

Lelia le buscó los ojos.

—Desea que tengas un heredero.

Donatus suspiró.

–Sí -volvió ligeramente la cabeza hacia ella antes de clavar de nuevo la mirada en el horizonte-. Estoy seguro de que le encantarás, Lelia. Estará encantada de que por fin haya tomado esposa.

Lelia asintió, pensando que Didia estaría encantada, desde luego, al menos hasta que descubriera la verdadera naturaleza de su relación.

Donatus le contó la historia de la granja, que pertenecía desde hacía generaciones a la familia de su madre y que fue parte de su dote nupcial. Lelia quería preguntarle sobre su madre, pero la pétrea expresión que cubría el rostro masculino cada vez que la mencionaba la disuadió y se contentó con escuchar el relato de sus recuerdos sobre largas vacaciones en la granja, pescando y nadando en el río que atravesaba el valle, montando en los magníficos caballos criados y preparados para la guerra y practicando jabalina con los muchachos de la aldea.

Sus recuerdos más felices parecían estar totalmente arraigados a aquella tierra, y Lelia pensó que quizá estar allí le ayudaría a entenderlo. La clave del misterio de Donatus estaba allí, y ella miró a su alrededor con renovado interés.

Sin embargo, nada de lo relatado pudo prepararla para la belleza que se abrió ante sus ojos al llegar a la cima de la última loma. Más que una granja era una aldea, con sus calles empedradas de blanco y sólidas edificaciones de gruesas paredes de piedra, que Donatus fue señalando a medida que las pasaban.

A las afueras del lugar ejercían su oficio los curtidores para que los olores fruto de su trabajo no molestaran a los demás habitantes. Más adelante, se alineaban las hileras de casitas con un pequeño jardín delante donde vivían los esclavos con sus familias. Después encontraron la casa de baños, utilizada por la mañana por las mujeres y a última hora de la tarde por los hombres. En los edificios más alejados del camino estaban los establos, y detrás los cobertizos de ganado donde un grupo de hombres esquilaba las ovejas. A la izquierda estaba el taller de reparación de carros, y junto a él el de la mujer encargada de coser prendas. Un poco más allá, el alfarero se

afanaba en su torno para crear todo tipo de cuencos y jarras de cerámica. La lista era interminable, y a Lelia le sorprendió la eficacia con que funcionaba el lugar.

—Ahí -dijo Donatus señalando con la mano sin soltar las riendas-. Sobre esa colina está tu nuevo hogar. Espero que te resulte cómodo, a pesar de ser un poco pequeño.

Lelia bajó los ojos, sorprendida, al notar la incertidumbre en la voz masculina. ¿Creería acaso que era demasiado fina y exigente para su humilde granja? ¿Ella, una mujer que hasta hacía unos días se enfrentaba a feroces gladiadores en la arena del anfiteatro y que vivía en un inmundo cuartucho en una de las zonas más pobres de Roma?

—Será perfecta, Donatus. He aprendido a vivir con poco. Para mí tu granja será como una mansión después de la vida que he llevado estos dos últimos años.

Donatus se volvió bruscamente y la repentina mezcla de dureza y dolor en sus ojos la desarmó.

—Eso es el pasado -dijo en voz baja-. Ahora y para siempre eres la esposa de un senador de Roma -le recordó.

—Sí -respondió ella-. Mi fortuna ha cambiado, pero olvidar el pasado llevará un tiempo.

Donatus volvió la cabeza con pesar.

—Si hubiera sabido lo que te iba a ocurrir nunca te habría dejado.

—Lo sé, Donatus, pero, como tú has dicho, el pasado es pasado.

—¿Quieres decir que estás dispuesta a empezar de cero? —preguntó entre cauto y esperanzado.

–No lo sé, Donatus -respondió ella mirando hacia los árboles y edificios que iban pasando-. No sé cómo... empezar de cero.

–Déjame enseñarte, Lelia -dijo él con ternura y una profunda necesidad-. Déjame que te lleve, ven conmigo a una relación nueva y más fuerte. Sólo necesito que confíes en mí.

Lelia bajó los ojos y apretó las manos sobre el regazo, muy consciente del hombre que estaba a su lado, de sus anchos hombros y del muslo que tenía pegado a su pierna.

–Quiero confiar en ti -susurró ella-. Pero eso no se consigue simplemente decidiéndolo.

–Hubo un tiempo en que lo hiciste.

–Cierto -dijo ella cerrando los ojos y asintiendo con la cabeza-. Te entregué mi corazón, mi alma, todo mi ser, y al final...

Planeando sobre ellos quedó lo que no se había dicho, y cuando por fin Donatus habló lo hizo con calma y serenidad, como si tratara de mantener un férreo dominio sobre sus emociones.

–La única manera de empezar de nuevo es abrir esa puerta y atravesarla, Lelia. Yo ya lo he hecho. Te he dado mi nombre, te he convertido en la dueña y señora de mi hogar, te he entregado mi corazón. Si eso no es suficiente para demostrarte que merezco tu confianza, nada lo demostrará. Cometí un error, y lo he admitido. Te hice mucho daño, y me arrepiento infinitamente de ello, pero, Lelia, me niego a pasarme el resto de nuestra vida en común arrastrándome a tus pies.

Hizo una pausa antes de continuar.

–La puerta está abierta, y yo estoy a este lado, tendiéndote la mano. Tómate todo el tiempo que necesites, estudia la situación desde cada ángulo imaginable, y después pon tu mano en la mía y camina hacia el futuro

conmigo o...

A Lelia le dolió el tono amargo de su voz.

—¿O...? — repitió ella ladeando la cabeza con una arrogancia que era fingida-. ¿O qué?

—O vuelve a la arena y olvídate de mí -terminó él con dureza.

El repentino e inesperado cambio dejó a Lelia totalmente perpleja. El tono frío y acerado de la voz masculina la asustó y la hizo temblar de incertidumbre.

—Donatus, ¿qué quieres decir?

—Que siempre está la opción del divorcio, si lo deseas. Te quiero, Lelia, y yo nunca te lo pediré, pero tampoco permitiré que nadie arrastre por el suelo el nombre de mi familia. Otra vez no. No te pido tu amor, sólo te pido tu confianza. Si no puedes darme eso, sólo tienes que decirlo y dejaré que seas libre.

Lelia se echó hacia atrás, como si le hubieran asestado una bofetada en pleno rostro. No entendía qué estaba ocurriendo, pero sí que en los ojos de Donatus había una ira totalmente nueva para ella.

La *raeda* se detuvo delante de la casa pero Lelia apenas reparó en la serena belleza que emanaba de ella, en las paredes de piedra bañada por la luz anaranjada del sol del atardecer, en la espectacular yuxtaposición de sombras y textura que daba al lugar un aire casi sagrado.

Donatus se apeó de la carreta y la rodeó para ayudarla a bajar. Sujetándola con firmeza por la cintura, la hizo descender hasta el suelo y quedaron los dos muy juntos, con las piernas pegadas y las respiraciones entremezcladas. Lelia notó cómo se le endurecían los pezones contra el fuerte pecho masculino, y no pudo evitar el temblor de su cuerpo al notar a través de la tela el fuerte deseo evidenciado en la erección de Donatus.

—Oh, Lelia -susurró él -. Por todos los dioses, no quiero que nos hagamos daño.

Pegó los labios a los de ella y en ese momento la puerta se abrió. La gente que salía gritando de excitación a darle la bienvenida se detuvo en seco y contempló la escena en silencio. Lelia apenas reparó en su presencia. Sus sentidos estaban consumidos por Donatus, por el sabor de su boca, la caricia de su lengua y la presión de sus labios, por el calor que se había apoderado de ella, por las manos que la sujetaban por la cadera y la apretaban contra él.

El grito de júbilo de una mujer interrumpió el abrazo.

—¡Que los dioses sean alabados!

Lelia notó que Donatus se despegaba un poco, pero no la soltó. Sus cuerpos seguían apoyados el uno en el otro, y ella apenas podía respirar.

Donatus. Sólo Donatus era capaz de despertar sus deseos de forma tan inmediata. Sólo él era capaz de hacerle olvidar con una intensidad tan absoluta todas las convenciones y el decoro.

Una mujer mayor con el rostro radiante de alegría apareció a su lado.

—¡Que los dioses sean alabados! — repitió abrazándolos a los dos-. Oh, Donatus, mi señor, habéis regresado y traído a esta encantadora dama para que sea nuestra nueva dueña y señora. ¡Oh, los dioses se han acordado de nosotros!

Donatus soltó a Lelia y se apartó ligeramente de ella, pero no mucho. Lelia lo entendió inmediatamente. Tenía que protegerse con su falda hasta que disminuyera la prueba de su pasión. Sólo de pensarlo, Lelia se ruborizó. Donatus, al verla, la miró divertido. Y tras un momento se volvió a mirar a su criada.

—¡Didia! — dijo abriendo los brazos. La mujer se metió entre ellos. Era una mujer de pequeña estatura, que a Donatus apenas le llegaba al pecho, ya entrada en años. Llevaba el pelo largo y canoso recogido en una trenza a la espalda. Después del abrazo, le dio unas palmaditas en la mejilla.

—Ese hombre, Micon, nos ha traído la buena nueva, que habéis elegido esposa, mi señor -explicó jubilosa-. Yo no podía creerlo. Tenía que verlo con mis propios ojos. Siempre habéis detestado ataros a ninguna mujer y pensaba que nunca os casaríais -continuó atropelladamente la criada. Después se volvió a mirar a Lelia y le tomó las manos-. Los dioses sean alabados, que sois hermosa, señora. La espera ha merecido la pena. ¡Qué belleza! Una cosa debo decir de vos, Flavius Donatus -continuó la mujer mirando a Donatus-. Que sabéis elegir bien. Oh, es preciosa, es encantadora.

Donatus se echó a reír y apretó a Lelia contra él, rodeándole la cintura con el brazo.

—Ahora que tengo por fin tu aprobación, mis temores se han desvanecido, Didia.

—¿Aprobación? No me sentiría tan complacida si la hubiera elegido yo misma. Mi dicha es total -Didia se volvió a mirar al hombre que salió con ella a recibir a sus señores y contemplaba la escena con una sonrisa-. Amandio, ven aquí y da la bienvenida a nuestra nueva señora.

Amandio dio un paso hacia adelante. Lelia le sonrió y le ofreció la mano, pensando que era todo lo contrario que su esposa. Mientras Didia era pequeña, él era un hombre grande y corpulento, más alto incluso que Donatus.

—Señora, sed bienvenida -dijo el hombre con una reverencia.

—Gracias -dijo Lelia, y miró al resto de los esclavos que habían aparecido tras el matrimonio-. Es un placer estar aquí entre todos vosotros. Donatus ha hablado bien de este lugar y de todos vosotros, que hacéis que sea un lugar

especial para él.

Los esclavos sonrieron complacidos, pero Didia no le dio mucho más tiempo. La sujetó por el brazo y tiró de ella hacia la casa para enseñarle su nuevo hogar. Donatus y Amandio las vieron alejarse con expresiones divertidas.

—Sé que no es la mejor mansión del amo -estaba diciendo Didia a Lelia-. No tiene todas las comodidades a las que probablemente estáis acostumbrada, pero sí tiene algo de gran valor.

—¿Qué es? — preguntó Lelia con curiosidad.

—Intimidad, señora -le aseguró la criada-. Éste es un lugar maravilloso para una pareja de recién casados. Si queréis puedo mandar esclavos desde nuestra casa, abajo en la colina, para que se instalen en vuestra casa, pero pensé que probablemente desearíais estar solos, al menos al principio -dijo la mujer con un guiño de complicidad-. No me extraña que Donatus os haya traído aquí, mi señora. ¿Dónde mejor para celebrar vuestro amor?

Didia se inclinó hacia ella y bajó el volumen de la voz hasta hablar en un susurro.

—Es evidente que estáis muy enamorados, hija mía, y eso llena mi viejo corazón de júbilo y alegría. Mi esposo y yo temíamos que Donatus fuera soldado para siempre. Algo comprensible -añadió-, dado lo que hizo su madre a su padre. Muy difícil, muy difícil que un hijo olvide esas cosas -la mujer sacudió tristemente la cabeza.

Lelia frunció el ceño.

—¿Qué hizo?

Didia la miró extrañada.

—¿No lo sabéis? ¿Donatus no os lo ha contado?

—No.

—Entonces me temo que he hablado demasiado -dijo Didia con un suspiro-. Algo que me ocurre con frecuencia. Abro la boca precipitadamente y después debo arrepentirme. Porque esto debe ser Donatus quien os lo explique. Lo hará cuando crea que es el momento. Dadle un poco más de tiempo, querida. Dadle tiempo. Es un asunto muy duro para él, incluso hoy, después de tantos años. Entre tanto, sed buena y comprensiva con él. Vos tenéis el poder de hacerle olvidar.

Lelialadeó la cabeza.

—Lo siento, pero no entiendo.

Didia le dio unas palmaditas en el brazo.

—No, claro que no, pero lo entenderéis muy pronto. Sólo tenéis que dar tiempo a Donatus para que confíe en vos.

Lelia frunció el ceño. Donatus le había pedido que confiara en él, pero no se le había ocurrido que él todavía no confiara plenamente en ella.

—No lo penséis más, mi señora. Entrad y os mostraré vuestro nuevo hogar -dijo Didia abriendo la pesada puerta de madera de la casa.

Lelia entró y tardó un momento en acostumbrarse a la penumbra del interior. Entonces vio exactamente lo que Donatus y Didia habían afirmado. El lugar no era magnífico, pero sin embargo sí muy acogedor, de paredes gruesas y sólo unas pocas ventanas con contraventanas de madera que ahora estaban abiertas para dejar entrar la luz del día y el calor del sol.

—Ésta es la estancia principal -dijo Didia señalando con la mano-. Detrás está el dormitorio, y detrás del dormitorio el baño, que fue añadido por el padre de Donatus, y una pequeña cocina que apenas se utiliza. Yo siempre me ocupo de preparar la comida del señor en mi cocina -dijo, y se irguió

con orgullo-. Soy la mejor cocinera de la aldea y no permitiré que nadie cocine para mi señor. ¿A menos que vos prefiráis hacerlo personalmente, señora?

Lelia sonrió.

—Por supuesto que no -dijo ella-. Quiero que todo se siga haciendo como hasta ahora. Además, debo confesar algo -se inclinó hacia la mujer-. Soy una pésima cocinera.

—Bien, en ese caso será un placer continuar preparando la comida para los dos -dijo Didia con una satisfecha sonrisa-. Dejadme a mí la cocina, y ocupaos vos de... bueno, de lo que debe hacer una esposa, querida mía. Ocuparse de su hombre de otra manera -soltó una risita-. Seguramente mi señor estará más hambriento de eso que de mis platos.

Lelia se ruborizó y miró hacia otro lado, fingiendo un repentino interés en la decoración. La estancia era sólida y cómoda, con muebles rústicos con colchones y cojines que invitaban a la relajación. La chimenea que había en un extremo estaba encendida, y Lelia se detuvo delante de ella frotándose las manos.

—Los días son cálidos, pero por las noches sigue haciendo frío -explicó Didia-. En la esquina hay más leña. Hija, permitidme ser sincera con vos. Me complace mucho que mi señor haya encontrado esposa. Es un buen hombre y os tratará bien. Estoy encantada de ver que por fin se ha casado y sé que os amará en este pequeño hogar, y que pronto yo estaré a vuestro lado, ayudando a traer a su hijo al mundo.

Lelia se balanceó ligeramente y se llevó la mano al pecho.

—Lo siento -susurró-. Todavía no estoy preparada para imaginar esa situación.

—No, querida, por supuesto que no. Antes tenéis que disfrutar del amor de vuestro esposo para poder estar preparada para llevar a su hijo en el vientre,

pero... -la mujer soltó una risita-. Ese día llegará, señora. No lo dudéis. Y cuando llegue, será el momento más maravilloso de vuestra vida. Poder tener a vuestro hijo en brazos, y amamantarlo, y saber que es el fruto del amor. Ver el orgullo con que vuestro esposo contempla al pequeño, que es parte de él y parte de vos... ¡Oh, es una alegría demasiado inmensa para expresarla con palabras!

Lelia tragó saliva, luchando contra las imágenes que se agolpaban en su mente y las lágrimas que le empañaban los ojos.

Afortunadamente, Didia no reparó en ello, enfraseada como estaba en la tarea de enseñarle el dormitorio y la sala de baño, donde también había una chimenea para calentar agua.

Lelia la siguió sin apenas oír sus entusiasmadas explicaciones. Sólo podía pensar en su hijo, el hijo que había sostenido en sus brazos, al que había amamantado, al que creyó fruto del amor. Un hijo que era parte de Donatus y parte de ella.



Once

–¿Por qué diablos estamos haciendo esto? – preguntó Severina mientras giraba la espada de madera en el aire formando un ancho arco alrededor de su cabeza y sopesándola.

–Porque estoy más aburrida que una ostra, y porque somos luchadoras, Severina -respondió Lelia-. Tú y yo somos fuertes y es probable que haya alguien que quiera intentar matarme -lanzó una rodillera a su amiga.

Ésta se la ató y después la miró.

–Y sobre todo porque estás más aburrida que una ostra.

–Sí, es cierto. Cada vez que intento hacer algo alguien se me acerca a toda prisa y me lo impide -dijo Lelia, e imitó la voz de Didia-. «No levantéis eso, mi señora». «No os molestéis, yo lo haré, mi señora». «Estamos orgullosos de serviros, mi señora» -Lelia se dejó caer sobre la hierba con un suspiro de exasperación y miró a su amiga-. Severina, llevo tres semanas en que no me han dejado hacer absolutamente nada. Quiero hacer algo útil, pero por lo visto nada es lo suficiente para la esposa del gran senador Flavius Donatus de Roma -dijo burlona-. Didia está en todas partes. En cuanto levanto una cesta o un cuenco, manda a un esclavo para que me lo quite.

Severina se echó a reír.

–Debe creer que ya estás embarazada.

Lelia la miró boquiabierta.

–¿Qué dices? ¿Te lo ha dicho ella?

—No, a mí no -dijo Severina divertida-. Pero se lo oí comentar a una de las esclavas.

—¡Oh, no! ¡No, no, no, no! — repitió Lelia llevándose las manos a la cabeza-. Ahora todos deben creer que estoy esperando un hijo de Donatus -masculló con desesperación.

Severina tendió una mano a su amiga y la ayudó a ponerse en pie.

—¿Y no puede ser una posibilidad? — preguntó Severina-. Porque si lo estás, no quiero pelear contigo. Podría ser peligroso para el niño.

Lelia se llevó una mano a la cabeza y se apretó el casco de piel que llevaba.

—No, Severina, no estoy embarazada. Donatus y yo no hemos... no somos amantes.

—Pobre hombre -susurró Severina.

—¿Cómo que pobre hombre? ¿Y yo qué? — protestó Lelia-. Me mira como un tigre hambriento esperando la oportunidad de abalanzarse sobre una débil gacela.

—No me extraña -dijo Severina, con una carcajada que resonó a través de los pinos que rodeaban el pequeño claro aislado que habían elegido para ejercitarse un poco, lejos de todas las miradas-. Pobre hombre. A menos que tú lo mires a él de la misma manera.

Lelia no pudo evitar ruborizarse al recordar la imagen de Donatus aquella misma mañana, cubierto únicamente con una toalla de hilo alrededor de la cintura después de lavarse, con el pecho ancho y musculoso, las caderas estrechas, la piel bronceada todavía húmeda, y el vello oscuro del pecho suplicando sus caricias.

—Oh, Lelia -dijo Severina riéndose de nuevo, entendiendo perfectamente la expresión del rostro de su amiga-. Pobre Lelia. ¿Por qué no lo olvidas de

una vez y te lanzas a sus brazos? Me atrevo a decir que no te rechazará.

A Lelia le ardía el rostro, y Severina se la quedó mirando con curiosidad.

—O sea que lo has intentado, ¿no?

—No, no... Yo... Bueno... -balbuceó Lelia-. No es lo que crees.

Severina sacudió la cabeza.

—Pobre Lelia. Casada con un hombre demasiado honrado para buscar su placer de manera egoísta -Severina alzó la *gladius* de madera y se colocó en posición de lucha-. Ven, Flavia Lelia: lucha conmigo. Quizá así puedas desfogar tu frustración.

Lelia alzó su espada y se colocó frente a ella.

—Al menos me dejarás exhausta y así no caeré en la tentación de rebajarme egoístamente por un hombre que, después de todo, sólo es mi esposo.

Severina se echó a reír.

—Eso espero, amiga mía. Eso espero. Pobre Donatus.

Unas horas después Donatus estaba esquilando una oveja rodeado de un grupo de trabajadores que lo observaban divertidos. Los esquiladores le habían desafiado a una labor que para él era una novedad, y él quería demostrarles que era capaz de hacerlo y de paso hacerles ver lo equivocados que estaban con él.

Didia entró en el establo y, tras acostumbrarse a la penumbra del interior, vio a Donatus y se detuvo junto a él.

—Disculpadme por la interrupción, mi señor, pero vuestra esposa me preocupa -dijo.

Donatus soltó a la oveja y se limpió las manos en la túnica.

—¿Lelia? ¿Qué le ocurre?

—No lo sé. No me lo quiere decir, pero cuando le he llevado el estofado de cordero recién hecho la he encontrado en vuestro lecho, gimiendo de dolor.

Aquellas palabras le hicieron reaccionar inmediatamente. La amenaza de un posible envenenamiento no había desaparecido.

—¿Ha comido algo que no haya sido preparado por tus propias manos? — preguntó él preocupado, dirigiéndose hacia la puerta-. Iré a verla ahora mismo.

Donatus fue corriendo hacia la casa. ¿Sería un nuevo intento de asesinato? ¿Otra dosis de veneno?

—¡Lelia! — gritó abriendo la pesada puerta de madera y corriendo hacia el dormitorio-. ¡Lelia!

Ella se sentó en la cama, sorprendida por la repentina e inesperada llegada de su esposo en mitad de la tarde.

—¿Donatus?

Éste cruzó el dormitorio de dos zancadas y se arrodilló a su lado. Lo primero que hizo fue ponerle una mano en la frente. Estaba caliente, pero no tenía fiebre.

—¿Estás enferma?

—No, Donatus. No. Es sólo que... -Lelia se cubrió los hombros con la sábana.

Donatus se dio cuenta de que debajo estaba desnuda y se tensó.

–Didia dice que estabas gimiendo de dolor.

–Me temo que no me he protegido lo suficiente del sol -dijo ella-. Tengo ampollas y me duelen todos los músculos. Apenas puedo moverme, pero no estoy enferma.

–¿Cómo te lo has hecho? – preguntó Donatus sin comprender-. Di órdenes de que no debías...

–Por el amor de Dios, Donatus -le interrumpió ella con exasperación-. La culpa es mía, no de tus criados. Ellos no lo han visto cuando... me he hecho esto.

Donatus apretó los labios.

–¿Qué es lo que has hecho?

Lelia no respondió.

–Dime qué es lo que has hecho -insistió él.

Lelia alzó la barbilla.

–Prefiero no decirlo.

Donatus se levantó y se volvió, pasándose los dedos por el pelo.

–Por todos los dioses, Lelia. No sabes qué susto me has dado. Pensaba que te habían envenenado y he venido corriendo, temiendo encontrarte muerta.

Lelia bajó los ojos.

–Lo siento. No sabía que Didia iría a decírtelo. Le he dicho que no era grave.

Donatus se sentó en el borde de la cama y se apoyó la cabeza entre las manos, tratando de controlar el torbellino de emociones que lo había sacudido. Por fin se levantó y se sentó junto a Lelia.

—Déjame ver -dijo.

—No, Donatus. De verdad. Ya se me pasará...

Donatus sujetó la sábana por un extremo y la retiró, aunque inmediatamente deseó no haberlo hecho. El cuerpo femenino se presentó ante sus ojos en todo su esplendor, gloriosamente desnudo y no pudo evitar una exclamación. Sus ojos la recorrieron de la cabeza a los pies, deteniéndose en los senos generosos y erguidos y en el triángulo de vello negro y rizado bajo el vientre. Su miembro reaccionó de forma instantánea.

Rápidamente Lelia fue hasta el otro lado de la cama y se hizo con una prenda del taburete, que se puso inmediatamente por la cabeza para cubrir su desnudez.

—No me toques, Donatus -dijo ella sacudiendo la cabeza-. Vete a trabajar. Te prometo que no es nada grave. Estaré bien dentro de un par de días.

Donatus alzó el borde de la túnica. Ella trató de bajarla de nuevo, pero él le apartó las manos y la alzó un poco más.

—No me extraña que te haga daño -dijo él con un silbido.

—No es nada -dijo ella tendiéndose de nuevo en la cama.

Donatus cruzó la habitación y abrió un cajón, donde rebuscó hasta encontrar lo que buscaba. Una botellita de alabastro.

Volviendo a sentarse en la cama junto a ella, Donatus levantó la túnica de Lelia hasta la cintura.

—Confía en mí -dijo al ver que ella trataba de cubrirse de nuevo-. En este

momento piensa en mí sólo como médico que desea acabar con tu sufrimiento y sanar tu cuerpo, no como el esposo hambriento de tu amor. Permíteme que te unte esta loción. Te curará las quemaduras y te aliviará el dolor de los músculos.

—¿Qué es? — preguntó ella, un poco más relajada.

—Un ungüento que utilizamos los oficiales de caballería para aliviar las tribulaciones de la vida militar -dijo él echándose unas gotas del oleoso ungüento en la mano para extenderse por las pantorrillas.

Lelia arrugó la nariz.

—Huele fatal.

—Lo sé -dijo Donatus con una sonrisa-, pero funciona a las mil maravillas. Lo usamos tanto para los hombres como para los caballos. Es el elixir de la guerra, amor mío. La guerra que hizo grande a este imperio.

Lelia cerró los ojos brevemente y se relajó bajo las firmes caricias de sus manos.

—A ti te gustaba la guerra, ¿verdad? — preguntó ella frunciendo el ceño-. Bueno, tenía que gustarte. Me abandonaste por ir a luchar.

Donatus titubeó un momento antes de responder y continuar con el suave masaje por las rodillas y los muslos femeninos.

—La odiaba. Odiaba cada momento.

—¿Entonces por qué me abandonaste?

Donatus alzó los ojos y se encontró a Lelia mirándolo.

—Porque me daba más miedo amarte que morir.

–¿Tenías miedo de mí? – preguntó ella, perpleja.

–Entonces ya había empezado a amarte, y tenía miedo de hacerlo, sí.

–¿Pero por qué?

Donatus desvió la mirada, con la mandíbula muy tensa, sin saber qué decir. No podía explicarlo. Ni siquiera lo entendía él.

–No lo sé -reconoció por fin.

Lelia no preguntó y él se lo agradeció en silencio. Le echó un poco más de ungüento en los muslos y terminó de extenderlo.

–Quítate la túnica -dijo después.

–De eso nada -respondió ella como impulsada por un resorte.

–Es por tus músculos, Lelia -le recordó él-. Te duele todo el cuerpo, ¿verdad? – se volvió bruscamente y descolgó su capa de un clavo en la pared. Después la extendió sobre la cama-. Túmbate encima para no manchar la cama y te untaré el ungüento en la espalda. Dentro de una hora te encontrarás mucho mejor.

Lelia lo miró a la cara, sin estar muy segura, pero por fin suspiró.

–Tú ganas, médico Donatus -dijo ella, y se quitó la túnica por la cabeza.

Los senos se alzaron hacia arriba un momento antes de volver a su sitio y Donatus contuvo un gemido de excitación a la vez que notaba que su miembro viril se endurecía bajo la túnica.

Lelia se tendió sobre la capa boca abajo. La piel de las nalgas redondeadas era pálida y sedosa y la cintura se estrechaba sensualmente por encima de las caderas. Al verla así, Donatus fue totalmente incapaz de moverse hasta que la voz de Lelia lo sacó de su ensimismamiento.

—¿Donatus? — preguntó ella. Con una exhalación, Donatus sacudió la botella que tenía en la mano.

«Échale la loción, idiota. Extiéndesela por su cuerpo, masajéasela, pero no pienses. Hazlo sin más», se dijo.

Donatus se arrodilló junto a Lelia y trató de obedecer sus propias órdenes, pero la piel femenina era tan cálida, las piernas tan largas y perfectas, las nalgas tan sensuales, que le temblaban las manos y le ardía el pecho.

Se obligó a concentrarse en los dedos, en el baile circular sobre la piel, pero la imagen de su desnudez se había grabado a fuego en su mente, provocando por todo su cuerpo un ardor imposible de controlar.

—¿Donatus? — preguntó ella de nuevo.

Donatus se dio cuenta de que se había detenido y que había gemido en voz alta.

Incapaz de resistirse, Donatus se inclinó hacia adelante y acarició con la lengua el hoyito que se había formado en la cintura femenina. Ella dio un respingo como una cierva asustada y él se apartó, haciendo un esfuerzo para continuar con su tarea sin dejarse llevar por sus deseos.

Lelia se echó a reír bajito.

—Ése no es el médico Donatus -dijo.

—No, no lo es -dijo él.

—¿Y cómo lo llamarías? ¿Donatus el esposo hambriento de mi amor?

—Sí -respondió él-. Así es.

Donatus respiró profundamente y continuó extendiendo el ungüento sobre

la piel femenina, masajeándola, tratando de ignorar a la mujer bajo sus dedos. Y las largas piernas, la delicada espalda, los suaves hombros, los elegantes brazos.

Por fin, cuando terminó, cerró la botella y se levantó.

Lelia se desperezó con movimientos satisfechos y felinos, dejando escapar un gemido que terminó en suspiro.

—Ya me siento mucho mejor -dijo ella contra el colchón.

—Lo sé -dijo, metiéndose la mano bajo la túnica para aliviar el miembro erecto de la restricción de la ropa. La prenda interior cayó al suelo.

—Ahora puedo moverme y no me duele.

—Me alegro -dijo él tumbándose en la cama junto a ella, casi tocándola, pero con miedo de hacerlo.

Después se acercó a ella y le rozó con el miembro las nalgas desnudas.

—¡No! — Lelia se incorporó sorprendida para volver a tenderse de nuevo, al darse cuenta de que el repentino movimiento no había hecho más que pegarla aún más al cuerpo masculino-. Donatus, no podemos hacerlo.

Donatus no la penetró, sólo apoyó el peso de su cuerpo en ella y le habló al oído.

—Tranquila, Lelia, no te obligaré. Sólo te pido que me permitas este placer un momento. Déjame sentirte contra mí, piel con piel.

—Donatus...

—No te hago daño, Lelia, y no te lo haré. Sabes que no te lo haré.

Lelia dejó escapar un sonido de protesta, pero no lo rechazó. Donatus se

pegó a ella, sujetando las caderas femeninas firmemente contra sí y mordiéndose la lengua para no gemir en voz alta. Enterró la cara en el hueco de la nuca femenina y respiró su fragancia, deseándola con tanta intensidad que hubiera podido gritar de desesperación. Se frotó despacio contra los pliegues femeninos, suplicando en silencio lo que necesitaba, aunque no con palabras. El cuerpo de Lelia cubierto de aceite era otra delicia sensual, y él se movió contra ella, con una fricción que multiplicó su deseo y le hizo temblar.

Lelia se movió ligeramente, y Donatus supo lo fácil que sería penetrarla, pero respiró profundamente sacudido por la urgente y primitiva necesidad de poseerla.

—No, Donatus -susurró ella. Pero el susurro no era tan firme como antes.

Donatus deslizó la mano por el brazo y le acarició la piel hasta llegar a la cintura. Después, con los dedos separados ascendió por el torso, centímetro a centímetro, acelerando la respiración femenina hasta que encontró con los dedos el pezón erecto y empezó a acariciarlo.

—Apiádate de mí, Donatus -susurró ella, pero ahora estaba temblando de pasión.

Donatus bajó la cabeza y con la lengua acarició ligeramente el lóbulo de la oreja a la vez que cubría con la palma de la mano el sexo femenino, acariciaba el vello rizado y sentía la carne hinchada bajo la piel. Entonces la oyó gemir y la sintió arquearse hacia su mano, buscando sus caricias.

Apretó los dientes, incapaz de reprimir el gemido que escapó de su garganta, y cerró los ojos.

—Oh, Lelia -jadeo él sobre su piel-. Te necesito. No me rechaces.

—Donatus, no puedo rechazarte. ¿Cómo podría yo rechazarte?

Donatus se movió contra ella, le acarició rítmicamente el sexo con el suyo,

pero sin penetrarla y dándole tiempo para cambiar de opinión. Pero ella no se apartó, ni tampoco protestó. Con el movimiento de sus caderas Donatus le recordó el placer que habían experimentado juntos y le hizo promesas del placer más infinito para el futuro.

Lelia separó ligeramente las piernas, rindiéndose inevitablemente a sus propios deseos. Entonces él la acarició con su miembro endurecido, buscando la entrada a su lugar más secreto. El gemido que escapó de los labios femeninos fue una mezcla de placer y dolor. Estaba con el cuerpo tenso y los muslos temblando, pero no lo detuvo.

Donatus la rodeó con los brazos, hundió la cabeza en la melena azabache y con un firme movimiento de cadera se deslizó en el cuerpo femenino con un profundo gemido de placer.

Oyó el sollozo de Lelia pero no pudo detenerse para consolarla. Vio los dedos femeninos asirse al colchón, pero no podía pensar con coherencia.

Todo el deseo reprimido y acumulado en las últimas semanas estalló en aquel momento e, incapaz de detenerse, le clavó los dedos en la piel necesitando poseerla, hacerla suya, marcarla como su más preciada posesión, vaciarse en ella.

«Mía. Mía. Mía».

Era la melodía que marcaba el ritmo desesperado de su cuerpo, poseyéndola por completo, sin pensar en nada más que en la unión que estaba consumando.

«Mía. Mía. Mía».

Aquel grito apenas reconocible de placer, dolor y promesa se convirtió en una dulce canción de victoria cuando por fin alcanzó el climax y se derramó en ella, plantando su semilla en el vientre de su amada.

Por fin los fuertes latidos del corazón se relajaron y fue recuperando la

respiración. Y entonces fue cuando Donatus se dio cuenta de lo que acababa de hacer.

Se apartó hacia atrás, salió de ella, y se incorporó. Al mirar el hermoso cuerpo de Lelia desnudo en la cama sintió una vergüenza que no había sentido nunca.

Entonces la oyó sollozar un momento y enseguida echarse a llorar.

—Lelia, yo... -se pasó la mano por el pelo.

¿Qué podía decir? ¿Que le perdonara por hacerle el amor a su esposa? ¿Por tomar lo que tenía derecho a tomar? Y sin embargo... sin embargo...

Se arrodilló junto a ella y trató de consolarla, acariciándole el pelo.

—Te quiero, Lelia.

Ella levantó la cabeza y lo miró con sus ojos violetas llenos de lágrimas y nublados por el dolor, un dolor que asestó un duro golpe al corazón de Donatus. Por eso, él se levantó y se echó hacia atrás, incapaz de hablar a causa de los remordimientos.

Apretó los puños y maldijo en voz baja. Nunca se había sentido tan avergonzado de ser un hombre como en aquel momento, y sin saber cómo reaccionar, giró sobre sus talones. Se agachó, recogió su ropa del suelo y se alejó de ella, sabiendo que no podía hacer nada. Sabiendo que ya había hecho demasiado.



Doce

Casi se lo había dicho. Sentada en la oscuridad del dormitorio durante horas, mirando la capa de Donatus y la evidencia de lo que había ocurrido entre ellos, Lelia se dio cuenta de que había estado a punto de contarle la verdad. Que lo amaba, que lo deseaba, que había tenido un hijo suyo pero que lo había perdido. Y que era un fracaso total como mujer, como madre y como esposa. Había estado a punto de contarle la verdad, pero él se fue antes de que pudiera hacerlo. Se fue y la abandonó.

Donatus siempre la abandonaba cuando ella más le necesitaba.

Tampoco volvió a casa al concluir la jornada laboral, ni cenó con ella, a pesar de que Didia llevó comida suficiente para los dos. A medianoche Lelia empezó a sentir pánico. Se vistió y, valiéndose de una pequeña antorcha, salió al exterior a buscarlo.

Y lo encontró. En brazos de Lucan.

Su mejor amigo debía de haber llegado entonces de Roma, y en ese momento trataba de arrastrar a Donatus colina arriba hacia su casa.

Lelia corrió a ayudarlo y cuando Donatus oyó su voz, se volvió tambaleante hacia ella.

—Lelia, ¿estás aquí? — balbuceó inclinándose hacia ella para besarla, con el aliento apestando a vino.

—Por todos los dioses -dijo ella-. ¿Se puede saber qué...?

—Está borracho -dijo Lucan.

—¡Estoy borracho! — confirmó Donatus a voz en grito-. ¡Tan borracho que apenas me puedo tener en pie! ¡Hace años que no me pillaba una borrachera como ésta!

—Cállate, Donatus -dijo Lucan-. No dejes que tu esposa te vea así.

—Mi esposa -dijo Donatus-. No me desea en su lecho, Lucan. Cuando le hago el amor llora.

Las palabras se clavaron como dardos envenenados en el corazón de Lelia. ¿Eso era lo que él pensaba? ¿Que ya no lo deseaba en su lecho? Nada más lejos de la verdad.

—Calla, Donatus -repitió Lucan-. Cuando estás borracho hablas demasiado.

—Cierto es -dijo Donatus asintiendo con la cabeza-. Hablo demasiado.

Afortunadamente, Donatus ya no dijo nada más, y Lelia y Lucan pudieron concentrarse en la tarea de meterlo en la cama. Afortunadamente también, Donatus no tardó en quedar profundamente dormido.

—Siento que hayas tenido que verlo así -dijo Lucan a Lelia-. No suele beber casi nunca, y por eso me ha sorprendido encontrarlo en la taberna esta tarde apestando a vino.

Lelia se sentó en una silla delante de la chimenea y bajó la cabeza.

—La culpa ha sido mía. Ha habido un malentendido.

Lucan se sentó en otra silla a su lado y la miró.

—Me temo que lo sé todo. Cuando se emborracha, Donatus siempre habla demasiado -Lucan suspiró-. Créeme, Lelia, no quería conocer vuestros secretos, pero si no llego a quedarme con él se los hubiera contado a cualquier otro y no quería que vuestro matrimonio estuviera en boca de todos.

—¿Quieres decir que te lo ha contado todo? — Lelia no sabía si sentirse aliviada o avergonzada.

—Me temo que sí -dijo Lucan, desviando la mirada-. Vuestro pasado juntos hace dos años, su abandono, y todo lo que ha ocurrido desde vuestra boda. Tiene muchos remordimientos y teme que le odies por ello.

—No puedo odiarlo -dijo ella negando con la cabeza.

—Me alegro oír eso -dijo Lucan aliviado-. Es un buen hombre. Sé lo que te hizo hace dos años. Sé que estuvo mal, pero tiene alguna justificación.

—¿A qué te refieres? — preguntó Lelia mirándolo con curiosidad.

Lucan la estudió en silencio durante un largo momento, debatiéndose entre contárselo o no.

—Donatus tiene miedo de amar a una mujer -dijo por fin-. Le cuesta mucho confiar en nadie. Hace dos años te dejó porque empezaste a llegarle a lo más hondo de su alma, porque se enamoró de ti. Y eso le asustó.

—¿Por qué?

—Es una vieja herida -dijo Lucan-. Tenía siete años cuando su madre lo abandonó.

—¿Su madre abandonó a su propio hijo? — preguntó Lelia con incredulidad.

—Más o menos -empezó Lucan. Frunció el ceño y apretó los labios, como buscando la mejor manera de explicarlo-. La madre de Donatus era una mujer muy hermosa, llena de alegría y de vitalidad. Yo no la conocí, lo he sabido más tarde, pero no por Donatus, que nunca habla de ella. Me lo contó una de mis tías -Lucan se echó hacia delante y apoyó las manos en las rodillas-. El padre de Donatus era un buen hombre, pero no suficiente para ella. Ella tuvo amantes, muchos amantes, y su comportamiento significó la

deshonra para Antonius y una vergüenza para el Senado, porque entre sus amantes hubo muchos senadores. Tan indecente fue su conducta que Antonius no tuvo más remedio que decantarse por el sendero del honor. Llevó el caso al Senado, la denunció públicamente y se divorció de ella. El Senado votó unánimemente para que fuera desterrada a una isla lejana y no pudiera regresar nunca más a Roma.

—¿Donatus no lo sabía?

—Entonces el pequeño Donatus sólo contaba siete años. No habría entendido cosas como el adulterio ni el duro castigo con que se penaliza. Lo único que entendió era que su madre se fue y no volvió a verla.

—¿Y más adelante? — Lucan asintió.

—Más adelante sí, pero saberlo no hizo más que reforzar la conclusión a la que había llegado, que por mucho que amara a una mujer nunca podría confiar en ella plenamente -explicó el mejor amigo de su esposo-. La mujer podría irse, hacerle daño, o mantener relaciones con otros -Lucan suspiró-. No creo que Donatus haya llegado a entender nunca la profunda huella que eso ha dejado en su mente.

Tras la revelación se hizo un silencio.

—O sea que hace dos años Donatus no confiaba en mí, y ahora tampoco.

—No, él te ama. En su interior hay una lucha encarnizada entre sus temores y su amor, con victorias alternas. Cuando Donatus te pidió que fueras su esposa ganó el amor, pero sus temores nunca llegan a relajarse del todo, y están volviendo a pegar fuerte.

Lucan se levantó y se acercó con pasos silenciosos hasta la chimenea. Allí estiró las manos delante del fuego para calentarlas.

—Y a la vez que trata de alejarte de él te quiere a su lado con una desesperación que le corroe por dentro. No puede evitarlo porque ni él

mismo lo entiende -se volvió a mirarla-. Pero tú, Lelia, tienes el poder de curarlo.

Lelia bajó los ojos.

—¿Y quién me curará a mí, Lucan?

—¿Qué clase de curación necesitas? — preguntó él sorprendido.

Bajo la compasión reflejada en los ojos de Lucan, Lelia se permitió sentir todos los meses y años de dolor que se habían ido acumulando en su ser. Se le llenaron los ojos de lágrimas y no pudo reprimir un sollozo. Llevándose el puño a los labios, luchó para contenerse, pero se echó a temblar.

Lucan se arrodilló junto a ella y la abrazó y meció mientras ella lloraba desesperadamente. Susurrándole tiernas palabras de compasión, Lucan dejó que Lelia se desahogara. Cuando por fin quedó en silencio él preguntó:

—¿Deseas contarme qué te ocurre?

Lelia tragó saliva y después de secarse las lágrimas, alzó la barbilla y cuadró los hombros.

—Cuando Donatus se fue yo llevaba un hijo suyo en mi seno.

Lucan cerró los ojos un momento, entendiendo por fin la gravedad de la situación.

—Donatus no lo sabía. No se lo reprocho.

—¿Lo sabe ahora? — preguntó Lucan.

—No, todavía no.

—Ya -dijo-. Estate tranquila, tu secreto está a salvo conmigo.

Lelia lo miró con agradecimiento.

—Mi padre me había prometido a otro hombre. Cuando le confesé que llevaba al hijo de Donatus en mi seno, mi padre se puso furioso. Era un ultraje a su reputación y a nuestra familia. Por eso me echó a la calle, me llamó... -a Lelia se le quebró la voz-, ramera. Yo no tenía dinero, sólo la ropa que llevaba puesta. Tampoco pude encontrar trabajo. Durante unos días mendigué para comer, pero no era suficiente para alimentarme en mi estado, y los hombres... -Lelia cerró los ojos y tragó saliva.

—No es necesario que me cuentes nada de eso si te duele.

—Sí, quiero contártelo. Necesito contártelo, Lucan -dijo ella con vehemencia-. Necesito tu comprensión, y tu ayuda.

—¿Mi ayuda?

—Sí. Verás, una mujer me encontró buscando comida entre la basura de un restaurante. Fue buena conmigo. Me alimentó, me compró ropa, y me cuidó. Cuando tuve a mi hijo, estuvo a mi lado.

—¿El niño... nació bien?

Lelia asintió.

—Sí, estaba perfectamente. Estaba sano y era precioso. Tenía los mismos rizos morenos que Donatus.

—¿Qué ocurrió?

—La mujer que me ayudó me lo robó. Una mañana, cuando el niño tenía cuatro meses desperté y los dos habían desaparecido. Sin dejar rastro.

Lucan frunció el ceño.

—Hice todo lo que pude, pero no logré encontrarlos. Por eso me vendí al

lanista, para conseguir dinero y poder seguir buscándolo. Todo sin éxito.

—¿Por qué crees que se llevó la mujer al niño?

—No lo sé. Ella fue muy buena conmigo, y pensé que a lo mejor había perdido a sus hijos y necesitaba un sustituto. Aunque las autoridades me dijeron que normalmente los niños se roban para venderlos como esclavos - a Lelia se le quebró de nuevo la voz-. Sólo de pensarlo...

—Tú no tuviste la culpa -dijo Lucan-. Si se lo cuentas a Donatus, él lo entenderá.

Lucan se inclinó hacia adelante y envolvió las manos heladas de Lelia con las suyas, transmitiéndole su calor.

—Donatus te ama, eso no lo debes dudar, y creo que ya es hora de que lo sepa.

—No, no puedo. No puedo decírselo aún. No estoy preparada, necesito más tiempo. Lo que hay entre nosotros todavía es demasiado frágil.

Lucan frunció el ceño.

—No esperes mucho -le aconsejó él-. Donatus puede ayudarte. Él querrá encontrar a su hijo. Ese hijo perdido es su heredero. Él puede utilizar sus contactos y su fortuna para...

—Se lo diré -le aseguró Lelia, que no podía continuar soportando la insistencia de Lucan, porque en el fondo el amigo de Donatus estaba en lo cierto-. Cuando llegue el momento se lo diré. Pero si te lo he contado es porque pensé que ése puede ser el motivo de que alguien quiera matarme.

—Tienes razón -dijo Lucan-. No se me había ocurrido. Es posible que esté relacionado -su expresión se endureció-. Y no permitiré que mi mejor amigo pierda a su hijo y a su esposa.

Lelia le sonrió, sintiéndose mucho mejor, segura de que no se había equivocado al confiarle su secreto.



OceanofPDF.com

Trece

Donatus despertó temprano y se levantó despacio de la cama procurando ignorar el martilleo en la cabeza y el sabor a vino rancio en la lengua. En la cama, Lelia seguía dormida, respirando acompasadamente, acurrucada en un extremo, de espaldas a él.

Tenía que encontrar a Lucan. Vagamente recordó que su amigo estuvo con él la noche anterior, en la taberna, aunque no para beber, sino por no dejarlo solo. Ahora Lucan apenas bebía. Se tomaba muy en serio los dictados de su religión, que le había cambiado la vida de manera radical. No porque antes fuera una mala persona, pero cuando se conocieron Lucan era capaz de beber hasta perder el sentido. Y las mujeres... su innegable atractivo, con sus sedosos cabellos rubios y sus sensuales ojos verdes le habían ganado la atención de muchas mujeres, que él había disfrutado al máximo. En una ocasión incluso juró haberse acostado con mil mujeres antes de su treinta cumpleaños.

Cuando Donatus lo conoció, Lucan tenía veintisiete años y acababa de disfrutar de la compañía de la mujer número setecientos diez. Seis meses más tarde, poco después de su conquista número setecientos noventa y dos, sus superiores lo enviaron a Antioquia, principalmente porque dos de sus últimas amantes eran esposas de dos oficiales celosos con más autoridad que él.

Donatus tardó varios meses en conseguir que fuera devuelto de nuevo a Roma, pero cuando Lucan regresó ya no era el mismo. Entonces fue cuando le dijo que había encontrado una nueva fe y hablaba de cómo la sangre derramada de un joven orador judío, Jesús de Anisarte, le había salvado de sus pecados.

Una historia que Donatus no lograba entender, aunque había escuchado a su

amigo, que efectivamente había cambiado profundamente. Ya no bebía, ya no llevaba la cuenta de las mujeres con las que se acostaba porque ya no se acostaba con ninguna, y con el tiempo Donatus llegó a admirar la fuerza de carácter de su amigo.

A veces Donatus también deseaba poder encontrar algo que le diera la misma paz, pero en lugar de eso había encontrado Lelia.

Suspiró y cerró la puerta tras él sin hacer ruido, para no despertar a Lelia.

Lucan solía levantarse al alba y pasaba las primeras horas del día en su habitación, rezando en voz alta a su nuevo dios. Donatus fue a buscarlo. Necesitaba saber con urgencia lo que había descubierto su amigo en Roma sobre el intento de asesinato de Lelia. Esperaba que hubieran detenido al asesino.

Al llegar a la puerta entreabierta del dormitorio de Lucan, Donatus creyó oír el nombre de Lelia y se detuvo. No podía ser. Con la mano en el pomo de la puerta, escuchó con mayor atención.

Efectivamente, Lucan estaba rezando, repitiendo el nombre de Lelia, rezando por ella, o algo así. Donatus contuvo el aliento y retrocedió medio tambaleándose, sintiendo náuseas.

Salió de la casa y se alejó hacia los establos, o hacia los campos, ya no le importaba. Lo único que sabía era que necesitaba alejarse de lo que había oído. Furioso, asustado, dolido, así era como se sentía.

Caminó durante una hora, o quizá dos, no estaba seguro, pero cuando por fin se detuvo la ira inicial había dado paso a una fría determinación: no diría nada, ocultaría sus sospechas y haría lo que tenía que hacer con eficacia.

Entonces regresó a la casa sabiendo que por encima de todo necesitaba conocer el informe de Lucan. Eso era más importante que lo que había oído: a Lucan confesar a su dios cristiano que deseaba a la esposa de su mejor amigo, que sentía un fuerte deseo por ella y que ansiaba hacerla suya.

No importaba, ahora no. Lo que importaba era la existencia de un asesino suelto que debía detener. En cualquier caso, los sentimientos de Lucan hacia Lelia sólo le harían reforzar su determinación a protegerla.

Lelia detestaba el sabor a tierra y lo había probado tres veces a lo largo de la mañana. Con un gruñido se levantó del suelo, jadeando y dolorida. La espada estaba tirada. Se agachó para recogerla, retirándose los mechones empapados de pelo que se le habían escapado de la trenza.

Severina la observada a un par de metros de distancia, preocupada pero sin pensar en disculparse.

—¿Ya has tenido suficiente por hoy? — preguntó secándose el sudor de la frente-. Empieza a hacer mucho calor. Quizá por eso te cuesta concentrarte...

—No, no es por eso -le espetó Lelia-. El calor no tiene nada que ver. Además, nadie le pregunta nunca a un gladiador si quiere pelear dependiendo del tiempo.

—Vaya, vaya, hoy sí que estamos susceptibles, ¿no? — dijo Severina levantando una ceja con extrañeza.

—Más de lo que te imaginas -respondió Lelia-. Venga, continúa peleando. No volverás a hacerme morder el polvo.

Severina la observó un momento y después se colocó en posición. Lelia vigilaba todos sus movimientos, y al ver que su contrincante no se movía, fue a por ella. Pero fue un ataque demasiado precipitado y Severina defendió fácilmente su posición. Lelia atacó de nuevo, furiosa, sobre todo consigo misma, blandiendo la espada en el aire, pero Severina esquivó el golpe y utilizó la superficie plana de la espada para golpear a Lelia en las costillas. Esta se dobló hacia delante y olvidó su defensa. Entonces, Severina aprovechó el momento para tumbarla una vez más.

–Está bien, tú ganas -dijo por fin Lelia poniéndose por fin de pie y sacudiéndose el polvo de la ropa-. Creo que ya he tenido bastante.

Severina asintió.

–Mañana irá mejor -dijo-. Todo el mundo tiene un mal día de vez en cuando.

Lelia se incorporó por completo y miró a su amiga con desdén.

–Un día malo para un gladiador significa la muerte.

Severina frunció el ceño.

–Lelia, ya no estamos en la arena. Esa vida se ha acabado. Ni siquiera puedo entender por qué quieres seguir peleando así.

–Porque eso es lo que hago.

–Es por Donatus, ¿verdad? Puesto que no puedes castigarle a él, te castigas a ti misma.

Lelia dirigió una mirada fulminante a su amiga y le dio la espalda. Fue a echar a andar pero Severina la sujetó por el brazo.

–Espera, para. Hay alguien en los árboles. Allí, detrás de ti.

Lelia fue a volverse, pero Severina se lo impidió.

–No, no te vuelvas. Mejor que no sepa que lo hemos visto.

–¿Quién es?

–No lo sé -respondió Severina-. Desde aquí no se ve. Vamos hacia el otro extremo del claro por si... -de repente Severina soltó una carcajada.

—¿Qué pasa? — preguntó Lelia volviéndose.

Entonces vio quién era. Donatus, maldito fuera, que se dirigía hacia ellas con largas zancadas, su cuerpo alto, delgado y sensual. A Lelia le recordó todo tipo de inquietantes imágenes de la noche anterior.

De repente se puso furiosa, sabiendo que su reacción con él fue la de una mujer. Una mujer enamorada. Sentir el cuerpo masculino en ella lo había cambiado todo, y ahora apenas podía pensar en otra cosa. No se podía concentrar, tampoco podía pensar y desde luego tampoco luchar.

Lelia tiró la espada al suelo con gesto de asco y escupió con las manos en jarras.

Severina sonrió, señalando con la cabeza hacia Donatus, que se acercaba.

—Ahí viene, con pasos muy decididos, y, rogando que me disculpes, debo decir que prefiero batirme en retirada -dijo Severina dejando la espada.

Lelia la sujetó por el brazo.

—¡No te vayas! ¡No se te ocurra dejarme aquí sola!

—¿Qué pasa? — preguntó burlona Severina-. ¿Tienes miedo de tu propio esposo? — riendo apartó la mano de Lelia de su brazo-. Tranquila. Por muy enfadado que esté, nunca te pegará, y menos sabiendo lo buena gladiadora que eres. Aunque... -Severina señaló a su alrededor-, después de lo que he visto hoy...

Lelia se apartó de ella, como si picara.

—Oh, por todos los dioses, vete. Yo me enfrentaré a él sola, gracias a ti.

Severina se echó a reír, saludó a Donatus con la mano sin que Lelia le viera y salió trotando hacia la casa.

Lelia permaneció en su sitio, mordisqueándose el interior de la mejilla mientras Donatus se acercaba, furioso, aunque tan guapo como de costumbre. O incluso más. Si Donatus deseaba hacer el amor allí mismo, ella no se negaría. Estaba más que dispuesta a caer por tierra con él. ¿Qué demonios le pasaba?

Cuando Donatus por fin llegó junto a ella la miró de arriba abajo y dijo:

—¿Qué estás haciendo?

La respuesta era evidente a juzgar por la ropa de luchadora que llevaba puesta.

—¿A ti qué te parece? —respondió ella mirando directamente a sus ojos.

Los labios masculinos se curvaron en una sonrisa.

—Me lo imaginaba. Me di cuenta anoche -dijo él-. Sólo estás roja en los lugares que no te cubre la armadura.

Lelia lo miró sorprendida. No había pensado en ello al entregarse tan totalmente a él. Al recordar las imágenes de la noche anterior, se volvió y le dio la espalda, incapaz de mirarlo a los ojos.

—Supongo que vienes a pedirme que deje de entrenar -dijo ella alzando la barbilla con orgullo y cruzando los brazos-. Pues no pienso hacerlo, Donatus. Me gusta entrenar, me gusta sentir la espada en las manos, y me gusta saber que soy fuerte y...

De repente sintió a Donatus muy cerca de ella, a su espalda, transmitiéndole su calor, y calló.

Enseguida, notó las manos masculinas en las caderas, aunque él mantuvo cierto espacio entre ambos.

—A mí también me gusta -le susurró él prácticamente al oído-. No tienes que dejarlo.

Lelia se volvió sorprendida.

—¿No?

Donatus sonrió. Sin poder evitarlo, los ojos de Lelia descendieron hasta los labios de Donatus y en ese momento ella sintió el urgente deseo de saborearlos.

—No -confirmó él-. De hecho, ya he hablado con el herrero para que os haga cascos y escudos nuevos. Para las dos, para Severina y para ti. Y para ti tengo una espada muy especial, de excelente calidad y con gran balance, que me salvó la vida en Dacia en un par de ocasiones.

—No entiendo -dijo ella.

Donatus alzó una mano y limpió un resto de tierra de la mejilla femenina con un gesto muy tierno.

—No quiero limitarte. No quiero prohibirte nada. No serás menos por estar casada conmigo. Quiero ayudarte a ser feliz. Quiero... -se interrumpió, ahora con los ojos clavados en los labios de Lelia-. Quiero...

El cuerpo de Lelia se inclinó ligeramente hacia adelante y él la sujetó con fuerza por los hombros.

Lelia terminó la frase por él.

—¿... besarme?

Donatus cerró los ojos, procurando mantener la calma.

—Sí.

Lelia se echó a reír con un sonido ronco y sensual.

–Gánatelo peleando.

Donatus abrió los ojos.

–¿Qué?

Lelia retrocedió, se agachó, se incorporó y le tiró la espada de madera.

–Toma. Demuéstrame que eres hombre suficiente para mí.

–Creía que eso ya te lo demostré anoche -dijo él mirando la espada.

–Eso no fue una pelea limpia -dijo Lelia empuñando la espada que había dejado Severina-. Me pillaste con la guardia baja.

–Y desnuda -rió él-. Eso ayudó bastante.

Lelia torció los labios. Giró y se puso en posición de pelea.

–Venga, soldado. Deja de hablar y levanta la espada.

Donatus se colocó en posición de lucha, y en ese momento la sonrisa se desvaneció del rostro de Lelia, porque de repente vio al guerrero que se movía ante ella con elegancia felina y sostenía la espada con una naturalidad que era toda una advertencia del peligro que suponía.

Donatus fue a por ella, pero sin precipitarse. Ella respondió a las primeras incursiones, consciente de que él la estaba probando. Los dos se movieron en círculo y se empujaron el uno al otro con golpes inquisitivos.

–No está mal -dijo Donatus retrocediendo unos pasos-, pero siempre me has hecho trabajar duro.

Ella lo miró con arrogancia.

–Ni la mitad de lo que podría, Flavius Donatus.

Donatus se echó a reír y fue de nuevo a por ella, atacando con más fuerza y velocidad. Lelia se defendió bien, pero todavía seguía jadeando cuando él se retiró y la miró.

–Bien hecho, amor mío. Bien hecho.

Lelia asintió y lo atacó con un grito desaforado. El esquivó la embestida con agilidad y le asestó un golpe en el trasero con la parte plana de la espada. Lelia dejó escapar un grito de frustración, y él se echó a reír.

Lelia lo embistió de nuevo, y ahora él se vio obligado a defenderse, al darse cuenta de que todo era parte de su estrategia.

Donatus tenía la ventaja del tamaño y de la fuerza, que en muchas ocasiones le habían sido suficientes, pero Lelia tenía velocidad y resistencia, y aunque él no era lento, a su lado casi lo parecía.

Durante un largo rato ella demostró ser más hábil que él, atacando y retrocediendo, obligándolo a defenderse hasta provocarle gruesas gotas de sudor en la cara.

Él parecía estar cada vez más frustrado. Lelia pensó que se estaba cansando. Pronto... pronto... Lelia quería sonreír, imaginando lo dulce que sería la victoria. Pero entonces él la sorprendió. Donatus aprovechó un momento en que la arrogancia le hizo bajar la guardia y saltó hacia ella. Con un golpe certero, le arrancó la espada, que cayó unos metros más allá en la hierba. Casi a la vez extendió una pierna y logró meterla tras las piernas femeninas, alzándolas del suelo. Lelia cayó sobre la hierba y antes de poder levantarse sintió la punta de la espada sobre el pecho. Donatus la miraba con los ojos encendidos y jadeando.

–Te he dejado ganar -dijo ella.

Donatus se echó a reír.

—De eso nada.

—No me refiero a ahora. Ayer.

Donatus apretó la mandíbula.

—Lo sé. La próxima vez ganaremos los dos.

Lelia lo miró a los ojos.

—No me cabe la menor duda.

Donatus bajó la espada y le dio la espalda.

—¿Donatus?

No respondió.

Lelia se sentó en el suelo y se rodeó las rodillas con las manos.

—¿Donatus?

Él se volvió, sujetando con fuerza la empuñadura de la espada.

—No me has besado -dijo ella.

Él la miró divertido.

—No, es verdad.

—Has ganado. Has ganado un beso.

Donatus torció los labios.

–No, Lelia -dijo sin levantar la voz-. He ganado. Lo he ganado todo.

Sus miradas se encontraron. El corazón de Lelia se retorció.

–Ahora sé que fuiste un buen soldado para gloria de Roma.

Donatus sonrió y arqueó una ceja.

–Ahora lo sabes.



OceanofPDF.com

Catorce

Donatus no había ido allí para pelearse en un combate de gladiadores, sino para reparar el daño causado y recuperar la frágil paz entre ellos de la única forma que sabía: pidiéndole perdón.

Aunque ahora se daba cuenta de que no se arrepentía de lo que había hecho. Ciertamente lamentaba haberla tomado de forma tan egoísta, pero no se arrepentía de haberle hecho el amor.

Y ahora estaba totalmente confuso. La noche anterior Lelia lloró como si le hubiera partido el corazón, pero ahora parecía complacida. Bueno, no complacida, quizá resignada, pero al menos expectante.

Y precisamente por no entender en qué punto estaban se alejó de ella, creyendo que ella había encontrado una nueva forma de castigarlo.

Lelia lo alcanzó cuando él llegó junto a su caballo.

—¿Adónde vas? — preguntó ella poniéndose en jarras.

Donatus se volvió. ¿Cómo podía sentir tan fuerte atracción por ella incluso cuando ella llevaba aquella sucia ropa de gladiadora y tenía la cara y el cuello manchados de tierra? En aquel momento quería besarla, tenderla en la hierba y...

—¿Has comido? — preguntó él-. He traído comida por si tenías hambre.

—¿Te quedarás conmigo?

Donatus le buscó los ojos con la mirada, y vio en ellos una oscura emoción que no logró descifrar. Casi tenía miedo de respirar.

—¿Quieres que me quede?

Lelia se acercó hasta pegarse prácticamente a él.

—Donatus... lo que pasó anoche. No lloré por tu culpa. No estaba enfadada contigo.

—Pero estabas enfadada.

—Conmigo -reconoció ella y se mordió el labio-. Me di cuenta de que todavía siento algo por ti. No quería reconocerlo, pero esta mañana... no puedo seguir huyendo de la verdad.

Donatus la estudió en silencio, casi con temor.

—¿Qué sientes por mí?

Lelia apartó la mirada.

—A veces te odio, Donatus, pero también te amo. No puedo creerlo, y no puedo creer que lo esté reconociendo en voz alta.

Donatus le sujetó la barbilla con dos dedos y la volvió hacia él.

—¿Me amas, Lelia?

Lelia lo miró un momento, pero rápidamente apartó los ojos y volvió la cabeza. Donatus la soltó. Había visto la respuesta en el destello que atravesó los ojos violetas. Fue suficiente. Lelia lo amaba, pero también la conocía lo suficiente para saber que necesitaría tiempo.

Se volvió hacia el caballo y tocó la bolsa de piel colgada de la silla.

—Comida -dijo sonriendo.

Lelia se encogió de hombros.

—No tengo hambre.

—Yo sí.

—Pero estás tan sucio como yo. ¿No sería mejor ir a casa y lavarnos antes?

—Tengo una idea mejor. Ven, cabalga conmigo.

Donatus se montó en la silla, la tomó de la mano y la sentó delante de él. Levantó las riendas y trató de ignorar las nalgas que se apretaban contra él.

Poco después detuvo el caballo y disfrutó al ver la maravillada expresión de Lelia contemplando la belleza del agua y del cielo, la majestuosidad de los árboles que se alzaban sobre el río y la exuberante vegetación.

—Es maravilloso, Donatus -dijo ella.

—Ven -dijo él ayudándola a descender del caballo-. Vamos a lavarnos en el río.

—Pero pueden vernos -protestó ella.

—Tengo la solución perfecta para eso.

Y era cierto. Donatus la llevó río arriba hasta un lugar muy especial, rodeado de árboles y rocas, y totalmente aislado del resto del mundo. Y allí la ayudó a quitarse los protectores de piel y las grebas, y ella terminó de desnudarse mientras él se despojaba de la túnica y las sandalias.

Cuando quedó desnuda ante él, Donatus se tensó y tuvo que apartar la mirada: era Afrodita en un claro del bosque, una diosa demasiado hermosa que exigía ser tratada con exquisito cuidado.

«Despacio. Ve despacio. Dale tiempo».

Donatus le dio la espalda para terminar de quitarse toda la ropa. No quería asustarla con su erección. Necesitaba agua fría, y la necesitaba ya.

La sorpresa fue que el agua fría tampoco ayudó, y menos cuando vio a su esposa nadar a su lado, rozándole con las piernas al deslizarse junto a él. Alargó las manos y le acarició las caderas y las nalgas.

No supo cómo ocurrió, quien fue el primero en acercarse al otro, pero en un momento sus cuerpos se abrazaron y encajaron perfectamente el uno del otro.

Con las cabezas muy juntas, y los labios casi rozándose.

—Eres un hombre paciente, Flavius Donatus -susurró ella pasándole los dedos por los rizos morenos.

—¿Paciente? ¿De dónde has sacado eso? — preguntó el arqueando una ceja.

—Has ganado y no has exigido el premio.

—¿Cuál es el premio, Lelia?

Ella bajó las pestañas.

—El beso, por supuesto.

—Pero ya te lo he dicho. Lo he ganado todo.

Lelia subió las pestañas y lo miró. En sus ojos había deseo, y también confianza.

Nerviosa, se humedeció los labios con la lengua.

—Entonces, como vencedor, debes exigirlo.

Mucho después los dos estaban tendidos sobre la manta de cabalgar de Donatus, dejando que el viento secara sus cuerpos desnudos. Lelia estaba tendida boca abajo, con la frente apoyada sobre los brazos cruzados y una sonrisa en los labios.

Donatus la había llevado al máximo punto de placer, no una vez sino varias, hasta el punto de dejarla totalmente sin fuerzas, y ahora, tendida junto a él, sintiendo la mano que le acariciaba lentamente la espalda, descansó por fin medio adormilada.

La noche anterior apenas había dormido, y tras horas de análisis y reflexión en las que trató de abrirse paso entre el caos de sus pensamientos llegó a la conclusión de que lo amaba.

Al margen de lo que había hecho, al margen de sus razones, se dio cuenta de que nunca dejó de sentir amor por él. Lo que había hecho en realidad fue enterrarlo bajo una montaña de amargura y de odio, pero también de añoranza.

Por fin Donatus había regresado y le había confesado su amor después de pagar una fortuna para comprar su libertad, casarse con ella y esperar semana tras semana a que ella estuviera dispuesta a entregarle su cuerpo. No podía negar que se había comportado como un hombre enamorado, y eso la llevó a decidirse por la opción que Severina planteó unos días antes: podía continuar inmersa en su mar de odio y amargura y destruir sus vidas, o perdonarlo y crear una nueva vida en común con él, convirtiendo su matrimonio en algo maravilloso. Y ésa era la opción por la que por fin se había decantado.

¿Y darle a Donatus un hijo? ¿Otro hijo?

Aquella carga era mucho más pesada, pero también llegó a la conclusión de que tendría que contárselo todo y confiar en que él lo entendiera.

No esperaba que la transición fuera fácil. Todavía habría momentos de

arrepentimiento, y movimientos de temor, y momentos de dolor, pero Donatus la había elegido a ella y todos sus actos proclamaban su amor. Ella podía hacer lo mismo.

Sin duda el amor podía cambiar totalmente a un hombre, se dijo Donatus recapacitando sobre lo diferente que era ahora todo, después de las últimas horas. Lo diferente que se sentía por dentro, por fuera, hacia el mundo, incluso hacia Lucan.

No quería estropear su relación con su mejor amigo. Ambos habían estado juntos en la guerra, y conocían la sangre, el sudor y la muerte. Ambos habían soportado el frío del invierno y las altas temperaturas estivales mientras cabalgaban durante horas sin apenas comida ni agua. Juntos habían sobrevivido a la muerte, y habían sobrevivido porque estaban juntos.

Ahora Donatus se había tranquilizado lo suficiente para ser racional. Mientras cabalgaba hacia la aldea iba sonriendo de oreja a oreja, complacido con el mundo, y sintiéndose bien por primera vez en meses. O mejor dicho en años.

Había hecho el amor a su mujer, la amante más apasionada que había conocido, y ahora no podía dejar de sonreír a pesar de que todavía había alguien por ahí con malévolos planes para ella, y a pesar de que su mejor amigo también la deseaba.

Encontró a Lucan en el cobertizo de las ovejas. Su amigo estaba solo y al verlo entrar se incorporó.

—Donatus, te he estado buscando toda la tarde. ¿Dónde te has metido?

—Mi esposa tenía planes para mí.

Una serie de rápidas emociones cruzaron el rostro de Lucan: dolor, frustración, vergüenza. El hombre tosió y se movió nervioso, desviando la mirada para ocultar su incomodidad.

–Es mi esposa -dijo Donatus-. La amo, Lucan.

–Lo sé, lo sé -dijo Lucan con un suspiro.

–Esta mañana te he oído. No era mi intención, pero iba a hablarte sobre la investigación de asesinato, y te he oído rezar. Te he oído.

Lucan contuvo el aliento, sin mirar a su amigo a los ojos.

–¿Qué puedo decir? Sólo que lo siento.

Donatus permaneció en silencio, mirando hacia los pastores que conducían a las ovejas en un campo cercano.

–Tú eres mi mejor amigo -dijo Donatus, mirándole a los ojos-. Confío tanto en ti que pondría mi vida en tus manos, lo sabes, pero no lo olvides, Lelia es mía.

La reacción de Lucan lo sorprendió, porque su amigo sonrió.

–Me alegra oírte decir eso, Donatus -dijo-. Me has oído rezar a mi Dios, pero creo que no lo has oído todo.

–He oído lo suficiente.

–Los que servimos a Cristo debemos mantenernos puros. En cuerpo y alma. Cuando tengo pensamientos impuros debo expresarlos, pedir perdón y recibir de Dios la ayuda que necesito para superarlos -le explicó Lucan-. Tú sabes cómo era yo antes de conocer a Jesús, Donatus. Sabes lo que hacía, y cómo utilizaba a las mujeres, sólo para obtener placer, pero ahora eso queda en mi pasado.

Donatus asintió penosamente.

–Me gustaría creerlo.

Lucan lo miró con dolor en el rostro.

–Lelia es una mujer preciosa, Donatus, y no puedo evitar sentirme atraído por ella. Pero nunca la tocaré -le aseguró-. Valoro mucho nuestra amistad. Nunca te haría eso.

Donatus sintió que le quemaba el pecho.

–Haces bien en luchar contra lo que sientes por ella, Livius Lucan. Lelia me pertenece, y no la compartiré con nadie.

Lucan asintió, sin desafío ni arrogancia, y los dos hombres cruzaron una mirada de entendimiento.

–Me alegro de que la ames de verdad -dijo Lucan-. Ella también te ama, aunque ha sufrido mucho por ello. Prométeme que siempre la tratarás bien.

Aquellas palabras parecían tener un extraño significado y Donatus estudió a su amigo durante unos momentos en silencio, hasta que por fin se relajó.

–Por supuesto que la trataré bien.

Lucan asintió y se limpió las manos en la túnica.

–De todas maneras tenemos que hablar. Aún no he averiguado quién es el asesino, aunque lo haré -le aseguró.



Quince

Didia estaba pasando una mañana terrible. Se había levantado con un fuerte dolor de cabeza, estremecimientos, y un intenso dolor en los huesos, por lo que Severina se ofreció a llevarle el desayuno a Lelia, una cesta con queso, pan, frutas y miel, a la casa principal sobre la colina. Pero cuando Severina caminaba con pasos apresurados por el camino polvoriento que conducía a la casa, se dio de bruces con un desconocido que salía por la puerta arqueada del granero mirando hacia otro lado. El golpe contra el costado le hizo soltar la bolsa de avena que llevaba, que cayó al suelo.

Unos sorprendidos ojos verde pálido se cruzaron con otros de color gris carbón y los dos empezaron a disculparse, hasta que la confusión les hizo echarse a reír.

Y en ese mismo momento, los dos se agacharon para recoger la bolsa de grano caída y se dieron cabeza con cabeza.

Lucan se incorporó y se tambaleó hacia atrás, con la palma en la frente.

—Cielos -murmuró-, espero no haberos hecho daño.

Severina recogió la bolsa y se levantó, preparándose para hacer algún comentario divertido que relajará la tensión, pero en lugar de eso se detuvo y miró con la boca abierta al hombre más atractivo que había visto en su vida.

—No -dijo ella-. Creo que tengo la cabeza demasiado dura para que me duela.

Vio los ojos masculinos recorrer su cuerpo, y detenerse por un breve momento en sus senos. Después, continuaron deslizándose hacia abajo, por

la cintura, las caderas y las piernas largas. Cuando volvieron a mirarse a los ojos, ninguno de los dos ocultó la intensidad de sus emociones.

—Me alegro de no haberos hecho daño -dijo él-. Por favor, disculpadme.

—Ha sido sin querer y ya está olvidado -respondió ella con una nerviosa risita.

Severina le ofreció el vaso y, al sujetarlo, sus dedos se rozaron. Y esta vez no pareció tan sin querer.

—¿Quién sois? — preguntó él.

A Severina le gustó la voz grave y cálida de barítono de aquel hombre que la miraba con intensidad, como si estuviera buscando algo en el interior de su alma.

—Severina.

—Yo soy Lucan. Creo que no nos conocemos.

—No, creo que lo recordaría.

Él se echó a reír, con un sonido grave y ronco.

—Yo desde luego estoy seguro de que si nos hubiéramos visto antes lo recordaría -dijo.

Severina se sintió ruborizar hasta las raíces del cabello.

Lucan rió de nuevo, y la sorprendió retirándole con la mano un mechón de pelo detrás de la oreja. Por un momento la mano quedó detenida allí, pero enseguida la bajó. Severina no pudo evitar el ardor que quemó su cuerpo.

Lucan era una nueva experiencia, al igual que aquella atracción, tan inmediata, tan primitiva, tan intrigante.

Con una ligera reverencia, sin dejar de mirarla a los ojos, él dijo:

—Gracias por vuestra amabilidad con este torpe bruto, señora Severina.

Y de la misma manera que aquel dios rubio llamado Lucan entró en su mundo, lo abandonó, dejándola sola de nuevo en el estrecho sendero, con la cesta del desayuno olvidada en el brazo.

Donatus encontró a Lucan en el establo, tal y como habían quedado la noche anterior. Franqueó el umbral justo a tiempo para ver a su amigo reprender al caballo al que trataba de colocar la montura.

—¿Qué te ha puesto de tan mal humor tan de mañana, amigo mío? — preguntó Donatus.

—¡Este caballo! — masculló Lucan-. Cada vez que voy a ponerle la silla hincha el estómago de aire y así no puedo cerrarla.

Donatus se echó a reír.

—Tampoco es motivo para ponerse a sí.

Lucan salió de la cuadra y se sacudió las manos.

—Lo sé, pero me está sacando de mis casillas.

Donatus alzó el pergamino que llevaba en la mano.

—Aquí está la información que te prometí anoche. No sé si te ayudará, pero tenemos que intentarlo.

Lucan le echó un vistazo por encima y después lo metió en la bolsa de cuero de la montura.

—Nos vemos aquí dentro de dos semanas-dijo Donatus, frotándose la nuca con la mano-. Y ya sabes, viaja solo y no dejes que nadie sepa a dónde te diriges.

Lucan sonrió.

—Procuraré mantenerlo en secreto, pero ya conoces a Druscilla. Me ha estado insistiendo todo el tiempo para que la traiga conmigo. No ha parado de llorar, diciéndome que para ella Lelia es la hermana que nunca ha tenido, que las dos están muy unidas y...

Donatus alzó una mano sonriendo, imaginándose perfectamente la escena que su amigo estaba describiendo.

—Vale, vale, te creo. Dale un beso de mi parte, y vuelve a repetirle que no puede venir.

Lucan sonrió a su amigo.

—Tuve que esperar a que se durmiera para poder irme. Si no, no me habría dejado.

—No sé si tenía tantas ganas de venir porque quiere mucho a Lelia o porque te quiere a ti. Su joven corazón de adolescente aletea cada vez que te ve aparecer por la puerta. Cree que algún día será tu esposa.

Lucan sonrió.

—Lo sé. Es una niña encantadora, y preciosa... -Lucan hizo una pausa y sus ojos se ensombrecieron-. Pero ya conozco a la mujer que quiero en mi vida.

Donatus frunció el ceño y no respondió. Por primera vez en su vida, tuvo miedo a preguntar.

Unas horas más tarde Donatus estaba con Amandio apoyado en el muro de

piedra que rodeaba los campos de centeno. El olor a tierra removida que flotaba en el aire después del arado de los campos recordaba a Donatus la profunda conexión que siempre había tenido con la tierra.

A su padre le interesaba más la arquitectura y la ingeniería, pero a Donatus le encantaba estar al aire libre. Aprendió a montar casi antes que a andar, y de joven le gustaba más trabajar en el campo o adentrarse en el bosque a cazar jabalíes y ciervos que asistir a otro tipo de actividades.

—El arado ha ido bien-dijo a Amandio.

Éste asintió.

—Ya lo creo, sobre todo con los cuatro búfalos y los seis esclavos que habéis traído esta vez, mi señor. Claro que ahora ya no podremos ir tan de prisa -añadió volviéndose a mirar a Donatus-. Micon y Victorinus estarán unos días fuera.

Donatus se volvió a mirarlo preocupado.

—¿Adonde han ido? Por favor, no me digas que han regresado a Roma.

Amandio lo miró sin comprender.

—Lo siento, mi señor, pero les he permitido regresar a Roma -dijo vacilante-. No sabía que era contrario a vuestros deseos. Micon estaba preocupado por su esposa. La mujer está a punto de tener su primer hijo, y él estaba tan nervioso que era incapaz de concentrarse. Y le dije a Victorinus que lo acompañara...

Donatus respiró profundamente.

—Ahora todo el mundo conocerá nuestro paradero. Lelia ya no está segura aquí.

—Lo siento, señor. No lo he pensado bien -se disculpó el capataz.

–Ha sido un error inocente, pero dime, ¿cuándo se han ido?

–Ayer, mi señor. Al alba.

–Entonces todavía hay tiempo de enviar a alguien a caballo -Donatus suspiró-. No para pedir a Micon que regrese ahora que su esposa lo necesita, sino para que mantengan el secreto.

Amandio ya estaba girando sobre sus talones.

–Consideradlo hecho, mi señor. Me ocuparé personalmente.

Donatus observó al capataz alejarse a toda prisa para cumplir su orden.



OceanofPDF.com

Dieciséis

Flavius Donatus y Flavia Lelia estaban enamorados, y pronto todo el mundo se dio cuenta. Se notaba en sus miradas, en la forma de buscarse entre los abarrotados puestos del mercado o entre la multitud en las celebraciones lúdicas.

En sus ojos siempre brillaba el amor, incluso cuando la señora lo buscaba entre los trabajadores para llevarle la comida y una bebida fría a la hora del mediodía, cuando el sol pegaba con más fuerza en los campos. Los trabajadores sonreían a sus espaldas, porque en el fondo tenían mucho respeto por aquel senador que no tenía reparos en trabajar tan duro como ellos en las labores agrícolas.

Aunque muchos no sabían qué pensar de un hombre que había regalado a su mujer toda la parafernalia necesaria para disputar un combate en el coliseo de Roma. Ni de la mujer que al ver la espada, el escudo, el casco y las grebas soltó un grito de alegría y se lanzó al cuello de su esposo, besándolo delante de todo el mundo.

Además, la mujer colaboraba también con el trabajo de la granja, con los partos e incluso con las crías.

No sabía cocinar, eso era cierto, ni tampoco era una excelente modista, pero todo el mundo estaba encantado con sus conocimientos de medicina, entre los que se incluía arrancar un diente podrido, coser heridas y mezclar una poción de hierbas para curar heridas. Todavía no había tenido la oportunidad de ayudar a nacer a un niño, ni de colocar un hueso, pero todos estaban convencidos de que era muy capaz de hacerlo. Lo que no entendían muy bien era dónde habría podido aprender todo aquello, y ni siquiera el más valiente se atrevía a preguntarlo.

Lo más importante era que hacía feliz a su señor, y eso alegraba a todos, especialmente a Didia que ya había encargado secretamente a las mujeres preparar el ajuar del bebé.

Quizá no anduviera tan desencaminada, y era uno de los rumores que corría entre los trabajadores, rumores que Donatus conocía. Cuando Didia se los contó, sonrió. Esperaba que los dioses bendijeran su vida, pero en el fondo lo que más le preocupaba era la seguridad de Lelia.

Porque, sin tener razones objetivas para ello, no podía dejar de pensar que el peligro continuaba allí. Lucan había vuelto tres veces más, tras haber investigado todos los indicios y hablado con todo el mundo, sin encontrar nada. Sin embargo eso no había logrado tranquilizar a Donatus, que estaba cada día más enamorado de su esposa y que en las ocho semanas de intimidad con Lelia se dio cuenta de que no había tenido el periodo menstrual, lo que le hacía sospechar que Lelia estaba embarazada.

Donatus respiró profundamente y se pasó los dedos por el pelo, deseando terminar con sus miedos y olvidar lo que había visto. Sabía que Lucan deseaba a su esposa, y ahora empezaba sospechar que Lelia también tenía sentimientos por su amigo. ¿Y si el hijo que llevaba en su seno era de...?

No quería creerlo, y trató de encontrar explicaciones para las sonrisas y las miradas que ambos intercambiaban cada vez que se veían, y también para la complicidad que parecía haber entre ellos. Hasta que los sorprendió solos en una situación un poco comprometedora.

No, por supuesto que Lucan no había besado a su esposa. Tampoco la había tocado. Estaban los dos en el umbral de la puerta, mirando hacia la calle, sin ocultarse de los curiosos, pero sin duda hablando de algo muy importante en voz baja. Desde donde Donatus estaba, podía escuchar incluso el tono suplicante de la voz de Lucan, y Donatus sintió náuseas, imaginando lo que estaba suplicando.

La respuesta de Lelia se hizo esperar, y sólo llegó tras un largo momento de vacilante consideración y una negativa con la cabeza acompañada de una

profunda tristeza en sus bellas facciones.

En ese momento Lucan había reaccionado como cualquier hombre apasionado. Acercándose a ella, casi tocándola, casi susurrándole al oído. Entonces Lelia le puso una mano en el pecho para evitar que se acercara más.

Donatus sintió la conexión entre ellos. Lucan alzó una mano y acarició el hombro femenino. Lelia le miró con lágrimas en los ojos. Donatus vio temblar los labios de su esposa, los vio entreabrirse, y supo lo que iba a pasar. Supo que Lucan se inclinaría hacia ella para besarla.

En ese momento algún sonido desesperado decidió escapar de su garganta porque algo los hizo volverse bruscamente hacia él.

Remordimientos. Lo que había en sus rostros eran remordimientos. Lucan había palidecido visiblemente, y con los labios apretados, dio un paso atrás y alzó las manos, como dejando claro que no la había tocado.

Donatus sintió ganas de abalanzarse sobre él y pegarle, una reacción que no pasó desapercibida para Lucan, que giró sobre sus talones y se alejó sin decir una palabra. Ni una sola palabra.

Así continuó la situación durante unas semanas en las que no volvieron a hablar de aquel momento. Su único tema de conversación era la forma de descubrir a la persona que había tratado de asesinar a Lelia. Nada más.

Pero para Donatus la traición de su amigo era devastadora y envenenaba cada momento de su día, e incluso de su noche. Incluso mientras le hacía el amor a su esposa se preguntaba si ya lo habría hecho con Lucan, y si amaba a su amigo más que a él. Y sobre todo, Donatus se preguntaba qué haría si la perdía.

Lelia recorrió con el dedo el pecho desnudo de Donatus.

–Estás muy callado -murmuró, cubriéndose mejor con la sábana-. ¿Va todo bien?

Donatus no respondió y Lelia se incorporó, apoyándose en un codo, para mirarlo a los ojos.

–Donatus, ¿qué ocurre? Cuéntame tu problema. Confía en mí.

Donatus apretó la mandíbula, la sujetó con los hombros y con una brusquedad que no era propia de él la atrajo contra sí y la besó.

–Oh, Lelia -murmuró con angustia cuando la soltó, con la misma brusquedad que había empezado. Entonces, apartó las sábanas, la sujetó por la cintura y la colocó con sorprendente rapidez sobre su miembro erecto-. Ayúdame, Lelia -susurró-. Ayúdame a olvidar este dolor. Ahora. Ahora.

Lelia se dio cuenta de que le ocurría algo, pero no sabía qué era ni cómo ayudar. En ese momento, lo único que podía hacer era ayudarle con su cuerpo.

Se apoyó con las manos firmemente en la dura pared del pecho masculino y empezó a moverse sobre él, hundiéndolo en ella lo más profundamente posible, balanceando las caderas contra él para darle total acceso a su cuerpo.

Donatus gimió. Todo su cuerpo se convulsionó en un estremecimiento de deseo y se arqueó contra ella.

Una sensación de triunfo embargó a Lelia al darse cuenta de que era capaz de provocar una reacción tan intensa en él. Era evidente que Donatus se había olvidado por completo del motivo de preocupación, y todo su ser estaba concentrado en el placer que ella le ofrecía.

Lelia se movió de forma instintiva, con movimientos lentos y sensuales, deslizándose como seda ardiente sobre él, y dejando que el placer los envolviera a los dos, uniéndolos. Jadeando cada vez con más fuerza, sin

contener los gemidos de placer, con la piel húmeda y pegajosa, los dos cuerpos continuaron moviéndose al unísono.

Donatus se arqueaba con fuerza hacia ella, pero era Lelia quien marcaba el ritmo lento, el placer, haciéndolo esperar, retrasando el momento de alivio que él ansiaba.

Donatus luchó contra ella, acariciándole con las manos desde la cadera a los senos, suplicándole más de lo que tanto necesitaba.

«Todavía no, amor mío», pensó Lelia, sin dejar de moverse, buscando más espirales de placer, intensificando las sensaciones, excitándolo hasta volverlo loco de deseo.

Donatus estaba al borde. Se agitó bajo ella arqueando las caderas hacia arriba, forzándola con las manos hacia abajo, suplicándole en silencio más velocidad, más presión, y más profundidad. Tenía la piel pegajosa de sudor, y el olor primitivo del amor impregnaba el aire, un perfume embriagador que disparaba el deseo.

Pero Lelia continuaba llevando las riendas y ejerciendo su lenta tortura, observándolo, disfrutando del placer agónico que pronto acabaría por arrastrarlos a los dos.

De repente, Donatus se volvió bajo ella y la apartó bruscamente a un lado, con un empujón que la tiró contra la cama y le hizo golpearse la cabeza contra el marco de madera. El fuerte dolor la dejó sin respiración, pero en ese momento Donatus soltó un grito que le erizó los pelos de la nuca: era el sonido de una bestia descontrolada a punto de atacar. Lelia trató de incorporarse, consciente de que el cuerpo de Donatus ya no era parte de ella. Él estaba de pie sobre la cama, totalmente desnudo, y luchaba cuerpo a cuerpo con otro hombre, tratando de detener el cuchillo que destellaba en el aire.

Al principio Lelia no se podía mover. Después de pasar tan inesperadamente del placer al dolor, paralizada por la inesperada escena que

se desarrollaba ante sus ojos, permaneció inmóvil mirando a los dos hombres, viendo los músculos de los brazos tensos e hinchados, y el filo del cuchillo que reflejaba los rayos de luna en la penumbra del dormitorio.

La sangre la devolvió a la realidad. Era la sangre de Donatus, que brotaba con terrible regularidad de la herida abierta en el hombro. Fue hacia él, sin pensar en el peligro, sin pensar en su desnudez ni en su vulnerabilidad, sin pensar en nada más que en su amado. Así se lanzó contra su atacante con un grito desaforado. El hombre tuvo que soltar a Donatus para poder esquivar el ataque, pero Donatus aprovechó su desconcierto y lo lanzó contra el suelo. Un momento después, el hombre yacía muerto junto a la cama. Donatus le había quitado el cuchillo y degollado de un movimiento certero.

Los dos permanecieron de pie sobre el cuerpo sin vida, jadeando, envueltos en una profunda ira, hasta que Donatus dejó caer el cuchillo y la abrazó.

—Lelia.

Ella no podía responder. Había empezado a temblar, de forma involuntaria e incontrolable, y así permanecieron un largo rato hasta que recuperaron la respiración y la tensión del aire se disipó.

Donatus la llevó al otro lado del dormitorio.

—Tenemos que vestirnos -dijo-. Tenemos que averiguar quién es -añadió mirando al hombre tendido en el suelo.

Lelia siguió la mirada y respiró profundamente, agradecida a Donatus, a su fuerza y a su frialdad, porque ella sentía náuseas y temblaba descontroladamente. Y porque en ese momento no sabía qué había sido de Leda la Gladiadora.

Justo entonces oyó un golpe seco y se volvió a Donatus. Éste acababa de desplomarse sobre el suelo.

Poco después, Didia trataba de tranquilizar a Lelia con voz suave.

—Donatus se pondrá bien, mi señora. El bebedizo que le he dado le ayudará a dormir.

Lelia no podía apartar los ojos del pálido rostro de Donatus.

—Ha perdido mucha sangre.

—Es cierto, y necesita descansar, pero ahora la herida está limpia y dentro de unos días estará dando de comer al ganado como si nada hubiera pasado.

Lelia asintió sin responder. Didia recogió sus hierbas y pócimas en una cesta de mimbre.

—Lucan volverá enseguida y se quedará aquí -dijo la anciana antes de salir y dejarla sola junto a la cama donde Donatus yacía sin conocimiento-. No creo que haya más problemas, pero no queremos que tengáis miedo.

Lelia asintió de nuevo, sin hablar. Lucan y Amandio se había llevado el cuerpo sin vida de su atacante, uno de los esclavos de la villa, un tal Avitus, casado y con tres hijos, que nunca les había dado ningún problema, ni tampoco tenía motivos para intentar matar a su señor.

Claro que a excepción de Lucan y Lelia, nadie sabía que en realidad ella era su objetivo.

«Oh, Donatus, no te mueras. No me dejes. Ni siquiera te he hablado de nuestro hijo».

Como si entendiera la súplica muda de su esposa, Donatus se movió en la cama y gimió. Lelia le acarició el pelo y después se sentó en el suelo junto a él, apoyando la cabeza en el muslo de su esposo.

La culpa era suya. Y además, casi había perdido a su amado. Unos centímetros más, y Donatus podía estar muerto sin conocer su secreto.

Lelia se apoyó contra la cama, con cuidado de no tocar la mancha de sangre que todavía brillaba en el suelo. Estaba cansada. Necesitaba descansar, pero sus pensamientos no se lo permitían.

¿Por qué? ¿Por qué quería matarla alguien? ¿Y quién podría ser?

Poco a poco, el cansancio se fue apoderando de ella, se le cerraron los ojos, y allí mismo, de rodillas junto a Donatus, se quedó por fin dormida.

Tiempo después, una mano en el hombro la sacudió ligeramente para despertarla.

—Despierta, Lelia. Estarás mejor en la cama.

Era Lucan.

Lelia trató de incorporarse. El suelo de piedra estaba helado, y a ella le dolía todo el cuerpo. Aceptó la ayuda del hombre para levantarse y dejó que él la sostuviera por la cintura.

—¿Y tú? — preguntó ella al ver la expresión de cansancio en su rostro-.
¿Dónde dormirás tú?

—No tengo la menor intención de dormir -le aseguró Lucan sacudiendo la cabeza-. ¡Cielos, estás helada! — le frotó los brazos tratando de hacerla entrar en calor-. Será mejor que te acuestes. Ven, yo te ayudaré.

Lelia miró a su esposo.

—¿No le molestaré? Necesita descansar, y no quiero impedirlo.

Lucan negó con la cabeza.

—No, tranquila. Donatus está demasiado dormido para darse cuenta de nada. Levántate, te llevaré al lecho.

Lelia no se movió, indecisa.

—Vamos, Lelia, ven a la cama.

Demasiado cansada para discutir, Lelia se rindió a la deliciosa sensación de seguridad que Lucan le ofrecía mientras la ayudaba a tenderse sobre la cama, la cubría con una manta y depositaba un beso paternal en su frente.

—Ahora duerme. Yo estoy aquí. Ya no hay peligro. Duerme.

Lelia se relajó. Ahora Donatus respiraba a su lado y Lucan vigilaba su sueño. Ahora por fin podría dormir.

Pasaron un par de días y, aunque Donatus estaba más fuerte, todavía contrajo el rostro de dolor cuando Lelia le ayudó a ponerse la túnica por el hombro. La suave tela de algodón le rozó la herida que todavía no había cicatrizado por completo.

Donatus la miró y una vez más la belleza de su esposa lo dejó sin respiración. La larga melena de color ébano iba recogida a la espalda con un pasador de plata, y Lelia había elegido una de las túnicas que él le regaló. Era una túnica sencilla de color blanco que acentuaba su elegante belleza. Donatus deseó abrazarla, pero no lo hizo. No podía olvidar lo que había visto la noche que fue herido, ni tampoco lo que había oído.

Lucan llegó por después, cuando Lelia terminó de ayudarlo a afeitarse.

Donatus vio la sorpresa y la alegría en los ojos femeninos, y se le retorcieron las entrañas de celos y de dolor.

«¿Cómo has podido hacerme esto, Lelia, amor mío?», pensó para sus adentros, aunque por fuera mantuvo la calma.

—Por favor, déjanos -le pidió a Lelia-. Lucan y yo tenemos que hablar de

algo importante.

Ella se volvió nerviosa hacia Lucan sin apenas ocultar la preocupación que la embargaba. Sin embargo, salió de la habitación sin decir nada.

—Siéntate -dijo Donatus señalando una silla.

Lucan así lo hizo y Donatus se acercó a la ventana para contemplar la bruma matinal que todavía cubría los campos. Ya era verano y los trabajadores estaban cosechando el grano para los meses invernales.

—Entiendo que desees a Lelia -empezó por fin-. Entiendo el atractivo de lo prohibido, pero lo que no puedo entender es que hayas olvidado tan fácilmente la promesa que me hiciste y trates de seducirla.

Lucan se puso lívido.

—¡No, Donatus! ¿De dónde has sacado esa idea?

Donatus frunció el ceño.

—Os he visto juntos. Os vi en la puerta de la casa, hablándoos al oído, en voz baja. No tuve que oír las palabras para saber qué le estabas pidiendo -se volvió a mirar a Lucan a los ojos-. Yo también soy un hombre. Conozco el lenguaje corporal que utilizan los hombres para seducir a una mujer.

Lucan negó con la cabeza.

—No, Donatus -apenas podía creer lo que estaba oyendo en boca de su mejor amigo. Donatus alzó una mano.

—También sé que te acostaste con ella la noche que me hirieron. Yo estaba drogado, pero la belladona no me dejó dormir. Te oí, Lucan. «Donatus está demasiado dormido para darse cuenta de nada. Levántate, te llevaré al lecho», le dijiste. Abrí los ojos y vi cómo la llevabas hacia la cama.

Lucan se levantó de la silla como impulsado por un resorte.

—¡No! ¡Estás muy equivocado! ¡No le hice el amor a tu esposa! — protestó mesándose los cabellos rubios-. Ella estaba agotada, se había quedado dormida en el suelo, a tus pies, y estaba helada. Mi única intención era que descansara -se detuvo un momento y lo miró con incredulidad-. ¿Tan baja opinión tienes de mí que crees que...?

—¡Di la verdad de una vez! — le exigió Donatus con un grito desgarrador-. Lo soportaré. Puedo perdonarte, y a ella también. Puedo llevármela lejos para evitar la tentación, o dejarla marchar. Incluso irme yo mismo... -hizo una breve pausa-. Haré lo que sea necesario para resolver esta situación, pero antes tengo que saber la verdad. Tengo que saber cuánto tiempo llevas acostándote con ella. Porque tengo que saber si... -Donatus tragó saliva... si el hijo que lleva en su seno es tuyo o mío.

Lucan palideció.

—No, no. ¿Lelia está embarazada? — preguntó el joven, que no lo sabía-. ¿Estás seguro?

Donatus se encogió de hombros.

—Aún no me lo ha dicho, pero sí, estoy bastante seguro -miró a Lucan a los ojos-. Necesito saber la verdad. Tengo que darle un heredero a mi padre. Un heredero legítimo.

Donatus vio la serie de emociones que cruzaron el rostro de Lucan. Sorpresa, decepción, miedo... ira.

—No le hagas esto a Lelia -dijo Lucan por fin.

—Yo no le he hecho nada excepto amarla, confiar en ella, pero ella...

—¿Cómo que confiar en ella? — gritó Lucan furioso-. No confías en ella. La amas tanto que te has vuelto loco de amor, pero no confías en ella. Nunca

has confiado en ella -hizo una pausa, pero no había terminado-. Lelia es una mujer decente y no se merece lo que le estás haciendo, lo que ya le has hecho.

De haber estado totalmente recuperado Donatus se habría abalanzado sobre su amigo.

—Lucan, te lo advierto...

—¡Tienes tanto miedo a amarla que te estás poniendo en ridículo! – continuó Lucan, ahora imparable-. Siempre has tenido miedo. Por eso la dejaste la primera vez, sola, embarazada y con tanta hambre que tuvo que mendigar para conseguir comida. Por eso te pasaste dos años buscando que te mataran en el campo de batalla porque...

Esta vez Donatus lo hizo callar sujetándolo por los hombros.

—¿Qué has dicho?

Lucan se interrumpió y sólo entonces se dio cuenta de que había revelado el secreto de Lelia sin querer. No respondió.

Donatus clavó los ojos en los de su amigo y vio cómo se estaba retractando mentalmente de sus palabras. También vio el arrepentimiento y el pesar, y enseguida el horror.

—¿Qué has dicho? – repitió Donatus.

—Nada -dijo Lucan sin alzar la voz-. Sólo que no eres justo con Lelia.

Donatus tensó la mandíbula.

—¿Lelia estaba embarazada? Cuando yo la dejé, ¿estaba embarazada?

Lucan no respondió. No fue necesario. Donatus vio la respuesta brillar en los ojos verdes de su amigo, y la verdad le golpeó como un puñetazo en las

entrañas.

Soltó a Lucan y retrocedió unos pasos, sacudiendo la cabeza para tratar de mitigar el intenso dolor. Pero el dolor no estaba en su cabeza, estaba en su corazón.

—No me lo dijo, no me dijo nada -susurró con estupefacción-. No lo sabía.

Lucan no dijo nada.

—No lo sabía, Lucan. Me habría quedado. Sabes que me habría quedado a su lado.

Lucan asintió. Donatus levantó los ojos.

—¿Qué fue de mi hijo?

Lucan ya no podía seguir mirándolo a los ojos.

—Lelia tuvo un hijo, tu hijo primogénito, un varón -dijo por fin Lucan-. Fue un niño sano. Cuando tenía cuatro meses, Lelia despertó un día y descubrió que la mujer que la recogió y la cuidó hasta entonces había desaparecido llevándose al pequeño. Lelia lleva desde entonces buscándolos, pero no ha logrado dar con ellos.

Más calmado, Lucan volvió a mirar a su amigo.

—Siento haber traicionado su secreto -dijo-. Intenté convencerla para que te lo contara, probablemente con el tiempo lo habría hecho.

Desafortunadamente, tú no eres el único que tiene miedo a confiar en alguien -posó una mano sobre el hombro de Donatus-. Admiro a Lelia, pero juro que nunca la he tocado. Y nunca lo haré. Lo creas o no.

Donatus apenas fue consciente de que Lucan se dirigía hacia la puerta y salía. Sólo pudo permanecer de pie sin moverse, entumecido por el dolor y el aturdimiento, pensando en lo que Lelia no le había contado. Pensando

que no le había dicho ni una palabra de la existencia de su hijo.



OceanofPDF.com

Diecisiete

Lelia iba a ayudar a Didia con el hilado, aunque era una tarea que normalmente despreciaba. La mañana era agradablemente cálida. El sol se colaba a través de las hojas que la brisa mecía suavemente y la suave fragancia del verano impregnaba el lugar.

Donatus estaba vivo, iba recuperando las fuerzas, y pronto, quizá aquella misma noche, cuando se susurraran palabras de amor en el lecho, ella le contaría la verdad. Ya era hora. Ahora se daba cuenta del valor de cada segundo y de que no se podía dejar escapar ni una sola oportunidad de felicidad.

La decisión de contarle a Donatus la verdad le había quitado el peso del secretismo de los hombros.

De ahora en adelante, los dos aunarían esfuerzos para encontrar a su hijo perdido y para criar al que crecía en su seno.

Didia abrió la puerta, vio la expresión de felicidad en su rostro y sonrió, tirando de ella al interior de la habitación con una complacida sonrisa.

—Ah, mi señora, se os ve en el rostro que tener a vuestro esposo levantado de nuevo os ha reportado mucha alegría.

Lelia asintió y sonrió a la anciana.

—Está mucho mejor, Didia, gracias a ti.

—Ha pasado por un momento difícil -continuó Didia-, y todos nos alegramos de que no vayáis a quedar viuda en un futuro próximo. Y menos ahora con la llegada del bebé.

Lelia levantó la cabeza, impulsada por un resorte.

—¿El bebé? Oh, Didia, ¿cómo lo sabes?

Didia se echó a reír e hizo un gesto con la mano para restarle importancia.

—Yo misma he tenido varios hijos, y conozco los síntomas, mi señora - respondió la anciana-. Es maravilloso llevar en el seno al hijo del hombre que amáis. ¿Lo sabe ya Donatus?

Lelia negó con la cabeza.

—Todavía no. Se lo diré esta noche.

—En ese caso tenemos mucho trabajo.

—Claro que sí, he venido a ayudarte con el hilado.

Didia rió de nuevo.

—No, no, olvidaos del hilado. Eso puede esperar. Prepararemos una comida, una comida especial para una velada especial. Recogeremos flores y colgaremos la ropa de cama al sol para airearla. Después elegiremos la túnica más hermosa, os untaremos la piel con aceites aromáticos y os haremos un peinado para la ocasión -dijo la mujer emocionada-. Oh, mi señora, daremos a Donatus una noche que no olvidará. Pronto será padre. La mujer que ama lleva a su hijo en el vientre. ¡Oh, cómo me gustaría verle la cara cuando se lo comunicáis! Sé que le complacerá profundamente.

Los ojos de Lelia se llenaron de lágrimas.

—Sí -dijo apretando la mano de Didia-. Le complacerá mucho.

Los días estivales eran largos, demasiado cuando una mujer estaba ansiosa

para compartir un maravilloso secreto. Donatus estuvo buena parte de la tarde fuera, con Amandio, comprobando los progresos de las cosechas, y Lelia cruzó los dedos para que no volviera tan cansado como para no poder disfrutar de la velada que había preparado con ayuda de Didia.

Cuando lo oyó entrar en casa, los nervios casi la traicionaron, y cuando él entró en el dormitorio iluminado con velas, permaneció inmóvil, esperando su reacción.

—¿Qué es todo esto? — preguntó Donatus con un gesto de la mano.

—Una celebración -respondió ella en un tono bajo y sensual que no podía pasarle desapercibido.

—Una celebración -repitió él, sin parecer demasiado complacido.

Más bien parecía cansado.

Probablemente estaba hambriento. Lelia se acercó a la mesa y empezó a servir los platos. Al ver los extraños manjares, en absoluto propios de una granja, Donatus titubeó antes de sentarse, pero apenas probó bocado. Lelia trató de relajar la tensión que reinaba entre ellos y se forzó a comer, diciéndose que su hijo necesitaba el alimento.

Dado que la comida no ayudó, Lelia probó otra táctica.

—Estás cansado, ¿verdad? — preguntó ella inclinándose hacia él y acariciándole el pecho con la punta del dedo-. Túmbate y te daré un masaje en la espalda.

Donatus la miró con suspicacia.

—¿Qué intentas hacer, Lelia? — preguntó-. ¿Qué pretendes con esta falsa demostración de amor?

El tono de la voz masculina la sorprendió, pero Lelia tardó unos momentos

en entender el significado de las palabras.

—¿Qué... qué quieres decir? Sólo quiero amarte, Donatus. Has estado al borde de la muerte y yo...

Él la interrumpió con una mueca de sumo desprecio.

—Ahórratelo, Lelia. No estoy seguro de poder creerlo.

Lelia se llevó la mano al pecho, sofocada, como intentando evitar que el corazón se le hiciera añicos.

—¿No me crees, Donatus? —preguntó-. Sabes que te quiero, que me he entregado a ti por completo, en cuerpo y alma. Te pertenezco, y te quiero.

—¿Me quieres? — Donatus dio un paso hacia ella y la sujetó con dos dedos por la barbilla, con tanta fuerza que casi le dejó la marca-. ¿Entonces por qué compartes tus secretos con Lucan y no conmigo?

A Lelia se le encogió el corazón. ¿Secretos? El único secreto que Lucan conocía era... Las náuseas se apoderaron de ella. Apartó el brazo que la sujetaba. Necesitaba librarse de la mano que le impedía moverse y los ojos acusadores clavados en ella.

—Suéltame -dijo, esta vez con la voz atemorizada-. Creo que voy a... vomitar.

Donatus la soltó al instante y le acercó un cuenco, quedándose impasible a su lado mientras ella echaba todo lo que acababa de ingerir. Después le limpió la cara con una toalla húmeda, la llevó a la cama, y la tumbó delicadamente sobre las sábanas.

—Lo siento -susurró ella, sintiéndose terriblemente débil-. No lo esperaba.

—Deberías. Es frecuente cuando se espera un hijo.

Lelia tragó saliva, luchando contra las náuseas que no acababan de remitir.

—¿Lo sabes?

—Sí -dijo Donatus sin levantar la voz-. Lo sé.

Lelia lo miró, pero la expresión masculina era demasiado sombría.

—¿No te complace?

Donatus tardó un rato en responder.

—Todavía no lo sé.

—Querías un heredero -dijo ella, respirando profundamente.

—No, Lelia. El hijo que llevas en tu vientre no es mi heredero, ¿verdad?

Las palabras eran duras, y Lelia lo miró con angustia.

—No -susurró bajando los ojos-. Tenemos un hijo, pero supongo que ya lo sabes -alzó la mano, en gesto suplicante-. Donatus, por favor, entiéndelo. Quería decírtelo. Pensaba decírtelo.

—¿Cuándo, Lelia?

—No lo sé. Lo único que sé era que no quería tu compasión, ni pensar que te quedabas conmigo por...

Donatus rugió de impaciencia.

—¡Soy un hombre, Lelia, no una bestia! ¡Claro que me habría quedado!
¿Qué mejor razón puede tener un hombre para quedarse? — gritó-. Pero no me diste esa oportunidad, jugaste con mi vida, y me arrebataste a mi hijo.

—¡No! — susurró ella-. Tú me dejaste, Donatus.

Donatus frunció el ceño.

–Si lo hubiera sabido me habría quedado contigo, pero no lo sabía.

Lelia luchó contra las lágrimas.

–Lo siento -dijo por fin-. Debería habértelo dicho, ahora lo sé. Por favor, perdóname. Perdóname.

–¿Perdonarte? – Donatus le dio la espalda pasándose nervioso la mano por los rizos morenos-. ¿Y también debo perdonarte por el hijo que llevas en el seno, Lelia?

–No te entiendo -dijo ella, sorprendida. Él dejó escapar una risa cargada de amargura.

–Claro que lo entiendes. ¿O pretendes negar que te has acostado con Lucan? ¿Vas a negar que te llevó al lecho hace dos noches? Lo oí, Lelia. «Donatus está demasiado dormido para darse cuenta de nada. Levántate, te llevaré al lecho». Niégalo.

Lelia no podía dar crédito. La situación era una espantosa pesadilla, precisamente en un momento que ella había anticipado tan hermoso, pero ahora Donatus pensaba... Pensaba que...

–Dime, Lelia, ¿el hijo que llevas en tu seno es mío o de Lucan?

De repente, la furia se apoderó de Lelia como un vendaval y sin pensar en las consecuencias, se levantó de la cama y fue hacia él. La bofetada que le asestó en pleno rostro resonó como el látigo de un arriero.

Donatus soportó el golpe con estoicismo y, al ver que ella adoptaba posición de combate, dejó escapar una amarga risita.

–No, Lelia. El respeto que tengo hacia el hijo que llevas en el seno me

impide ponerte la mano encima, aunque no sea mío.

Lelia se lanzó de nuevo contra él.

—¡Cerdo bastardo! ¿Cómo te atreves a acusarme de una cosa tan vil?

Donatus la sujetó por ambas muñecas, evitando así una lluvia de puñetazos, y la tendió en la cama. Después cruzó los brazos y la miró con una rabia a duras penas contenida.

—Dime la verdad -exigió cruzando los brazos, duro como el granito y casi tan frío-. ¿Amas más a Lucan que a mí? ¿Ese hijo es suyo, Lelia?

Lelia sintió deseos de clavarle las uñas en la cara y hacerle tanto daño como le estaba haciendo él a ella.

—¿Y qué harías si te dijera que sí, que amo a Lucan? – escupió ella las palabras-. ¿Qué harías si este hijo fuera suyo, y no tuyo? Dime, Donatus, ¿qué harías?

Donatus no respondió inmediatamente, y cuando lo hizo sus palabras carecían totalmente de emoción.

—Te dejaría, Lelia. Te dejaría con tu amante y maldeciría tu corazón.



Dieciocho

Al día siguiente por la tarde, Lelia miraba casi sin ver el pergamino doblado que tenía en la mano, temerosa de abrirlo. Sin poder contener un sollozo, se llevó la mano a los labios.

Didia se acercó a ella y le tocó ligeramente el hombro para reconfortarla y después la abrazó, pero no se atrevió a ofrecer palabras de consuelo. Era consciente de que había ocurrido algo terrible y de que Donatus se había ido, sin despedirse, dejando a Lelia embarazada y sola.

Otra vez. Había vuelto a ocurrir y Lelia apenas podía creerlo. El dolor era tan fuerte que apenas lo sentía.

Lucan fue a verla aquella misma tarde, y su rostro se entristeció terriblemente al ver los ojos hinchados y enrojecidos por las lágrimas derramadas. Él también había recibido una carta de Donatus en la que decía prácticamente lo mismo que a ella: que valoraba demasiado el amor que sentía por los dos para interponerse en su camino y que volvía a Roma a buscar a su hijo desaparecido. En cuestión de un mes les enviaría los documentos de divorcio. Les deseaba felicidad, encargaba a Lucan la protección de Lelia y les prometía regalarles la villa cuando se casaran.

Lucan no pudo aliviar el dolor de Lelia, pero al menos trató de ayudarle a entender. Le recordó lo ocurrido entre los padres de Donatus, la traición de la madre y la cicatriz que seguía teniendo en su corazón.

Sus celos y su desconfianza hacia las mujeres eran el resultado de aquello.

—¿Y qué voy a hacer? — preguntó Lelia.

Lucan la miró sin vacilar.

–Lucha por él, Lelia. No permitas que se haga esto ni que te lo haga a ti.

«Lucha por él».

Las palabras de Lucan resonaron en su mente como un eco continuo durante los dos días siguientes, hasta que Lelia recogió sus cosas y las cargó en la *raeda* sin dejar nada atrás, ni siquiera una pinza del pelo. Así Donatus no tendría ninguna excusa para mandarla de vuelta allí.

Muerto. Tenía que estar muerto, ya que no había otra explicación para cómo se sentía. Llevaba dos días acudiendo al Senado y haciendo su trabajo sin sentir absolutamente nada. En los baños apenas oía las conversaciones de los hombres que lo rodeaban, y en casa debió soportar las miradas de preocupación y tristeza en los rostros de Faustina y Druscilla.

En dos ocasiones había ido a entregar los documentos de divorcio, pero no pudo hacerlo. Necesitaba tiempo. Todavía amaba demasiado a Lelia.

Le dijo a Lucan que no la compartiría, pero eso fue antes de saber que Lelia lo amaba más que a él. En cuanto lo oyó de sus labios, la decisión era clara. Tenía que alejarse de ella. La amaba demasiado para mantenerla encadenada en un matrimonio que no deseaba.

¿Pero cómo soportaría la soledad? Fuera donde fuera veía el rostro de Lelia, el balanceo y el brillo de su melena, olía su fragancia, sentía su presencia. Por las noches soñaba con ella, y despertaba buscándola con los brazos, con el cuerpo excitado, sin encontrarla.

Ahora entendía lo que sintió su padre, aunque eso le proporcionaba poco consuelo. Por eso ahora Donatus se daba cuenta de que debía olvidarla y concentrarse en el hijo que habían creado juntos. Tenía que encontrar a ese hijo.

Contrató a los mejores hombres de Roma, aunque apenas pudo darles

información sobre el pequeño. Cuando éstos sugirieron que pidiera más detalles a la madre, él apretó los labios, lívido, y se vio obligado a responder que no podía, que tenían que encontrarlo con los pocos datos de que disponía.

Todavía no podía enfrentarse a Lelia. Todavía no podía verla, aunque sólo fuera para pedirle más información sobre el hijo desaparecido. Porque sabía que desearía tocarla, caer a sus pies y suplicarle que volviera a amarlo, y sabía que terminaría poniéndose en ridículo.

Volvió a casa, comió y se sentó en la terraza, rodeado por el marco incomparable de un espléndido atardecer estival, que tampoco le ayudó a encontrar la paz.

Estaba con la mirada perdida en la distancia cuando oyó la voz de Faustina tras él.

—¡Donatus, ha venido la Guardia Pretoriana! Quieren registrar la casa.

—¿Para qué? — preguntó él poniéndose en pie-. ¿Qué es lo que buscan?

—A Lucan -dijo Faustina presa de pánico-. Alguien le ha hablado al emperador de las reuniones cristianas y del liderazgo de Lucan. Vienen a detenerlo, Donatus. No importa que no esté aquí. Ahora que lo saben, lo buscarán por toda Roma hasta dar con él. Y cuando lo detengan, Lucan no mentirá. Nunca negará a su dios, y lo matarán. ¡Oh, Donatus! ¿Qué hacemos?

Donatus ya se dirigía hacia la puerta.

—Tranquilízate, Faustina. Iré a averiguar qué es lo que ocurre. Seguro que hay una forma de salir de esto.

—¿Qué ha hecho que? — Lucan palideció y retrocedió tambaleándose hasta dejarse caer en una silla. Echándose hacia adelante, se sujetó la cabeza con

las manos-. Dime que no es cierto.

Faustina se secó las lágrimas que descendían incontrolablemente por la mejilla.

—Sí, Lucan, lo es. Dijo al comandante de la guardia pretoriana que eras tú. Le pusieron los grilletes y se lo llevaron. Yo intenté protestar, pero me miró de tal manera que me hizo ver que lo había hecho queriendo. Eso era lo que quería.

Lucan se estremeció, comprendiéndolo todo.

—Lo era -respiró profundamente-. Tengo que sacarlo de ésta como sea, y juro que cuando lo haga me va a oír. ¡Maldito Donatus!

—¿Por qué lo ha hecho? — preguntó Faustina sin comprender.

—Porque está enamorado -respondió Lucan, sacudiendo la cabeza.

No hubo tiempo para analizar la situación, pensó Donatus. Sólo pensó que Lucan y Lelia se amaban y que si éstos querían tener una oportunidad de ser felices juntos, él, Donatus, tenía que tomar una drástica decisión, y ya.

Miró los grilletes de hierro alrededor de los tobillos y las marcas enrojecidas en la piel. La paradoja era que ahora tenía tiempo de sobra para pensar en lo estúpido que había sido.

O al menos hasta que comenzaran los juegos de gladiadores. Había renunciado a su derecho de ciudadano romano, o mejor dicho al derecho de Lucan, a tener un juicio porque quería que el castigo llegara cuanto antes con la mínima publicidad. Para el mundo, no era más que otro criminal traidor. Quizá lo crucificaran, aunque lo más probable era que muriera en el Coliseo romano. En el Senado había oído que Trajano tenía planes de celebrar su victoria en la Dacia ofreciendo una serie de juegos para su pueblo, y los combatientes tendrían que salir de algún sitio. Probablemente

de las cárceles, que estaba llenas.

¡Qué ironía! Él, uno de los artífices de la victoria en la guerra de Dacia, el que decapitó con su propia espada a Decebalus, uno de los jefes rebeldes. Él, que tuvo incluso el honor de presentar la cabeza decapitada del enemigo al emperador, iba a morir ahora, moriría en los juegos que celebraban aquella victoria. Y no podía hacer nada. A no ser que los dioses le concedieran el favor de perdonarle la vida.

Cinco días más tarde, Lelia estaba en los aposentos de Brocchus el lanista.

—Sé que es una petición poco usual -dijo ella-. Pero es la única opción que me queda.

—¿Tanto significa para ti el hombre que te compró? — preguntó el antiguo gladiador.

—Sí -declaró ella con total sinceridad-. Le amo.

Brocchus se volvió hacia la ventana y miró a los gladiadores que sudaban bajo el sol. Se rascó el mentón con una mano encallecida, ensimismado en sus pensamientos.

—Está bien -dijo por fin-. No sé por qué accedo a esto, Leda, y juro por Dios que si las cosas no salen bien...

Leda la Gladiadora corrió a abrazarlo.

—Gracias. Gracias, Brocchus. Te aseguro que saldrá bien, y entonces te prometo que te daré... -lo apretó de nuevo-, todo el oro que pueda caber en esta habitación. Incluso más.

El hombretón se ruborizó y levantó una mano para acariciarle la mejilla.

—No necesito oro, Leda. Sólo necesito que luches como te enseñé.

–Cuando te dije que lucharas por Donatus, no me refería a una pelea tan literal -dijo Lucan preocupado, estremeciéndose al mirar a su alrededor.

Estaban en uno de los pasadizos interiores del gran Coliseo romano, el que conducía desde los barracones de los gladiadores a la arena, e iban avanzando por el laberinto de sótanos, jaulas para animales, puertas hidráulicas y túneles.

–Si algo sale mal Donatus no me lo perdonará nunca -continuó él, tratando desesperadamente de detener a Lelia.

Ésta lo miró con intensidad.

–Donatus me conoce lo suficiente para saber que esto lo he decidido yo. Nadie más que yo. Nunca te hará responsable de lo que pase -le aseguró ella, deteniéndose por fin a unos metros del portalón que daba acceso al exterior-. Ya hemos llegado. Gracias por todo, Lucan. Nunca olvidaré tu apoyo.

–¿Donde está Brocchus? – preguntó Lucan preocupado, mirando a uno y otro lado-. Dijo que estaría aquí.

En ese momento oyeron el rugido del exterior. Lelia estaba acostumbrada, lo conocía perfectamente: era el rugido de la multitud al comienzo de las sangrientas peleas entre gladiadores, y miró preocupada a Lucan.

–No. No está aquí porque está afuera -dijo Lelia señalando con la mano.

–Eso significa que Donatus también está aquí.

–Los juegos han empezado antes de lo que esperábamos. Donatus ya debe estar luchando -Lelia se agachó y trató de subir la puerta. Sabía que no quedaba tiempo que perder-. ¡Ayúdame a abrir la puerta!

Oyeron de nuevo el rugir de la multitud, y a Lelia se le encogió el corazón.

Juntos lograron mover el engranaje de cadenas que levantaba el pesado portalón enrejado de madera, mientras la multitud afuera continuaba rugiendo. Lelia se deslizó bajo la puerta, y antes de alejarse, miró por última vez a Lucan, preocupada.

—Lucan, si me ocurre algo, cuida de Severina.

Lucan asintió, incapaz de responder.

En cuanto salió a la arena, la multitud la reconoció. Llevaba el casco con la pluma amarilla que la identificaba y que todo el mundo había echado de menos en los últimos meses. Lelia avanzó hacia adelante entre los vítores y la aclamación de un público entregado.

—¡Leda! ¡Leda! ¡Leda!

Debería sentirse complacida, pero en ese momento sólo podía pensar en Donatus.

Corrió hacia los dos hombres estudiando la situación. Gracias a los dioses, Donatus era fácilmente reconocible. Era el que estaba debajo de la armadura. El *retiarius* no llevaba casco. Era Hermes, a quien conocía bien. Juntos habían compartido más de una vez alimento y bromas. Por eso se quitó el casco, para que Hermes supiera quién era su contrincante.

Los hombres, por su parte, continuaron con el baile circular, estudiándose el uno al otro, sin perderse de vista ni un momento, y Lelia comprobó con satisfacción que Hermes no tenía la red ni el tridente. Eso sólo podría significar que de momento Donatus iba ganando.

Al notar un movimiento cerca, éste se volvió a mirarla.

—¿Qué haces tú aquí? — preguntó entre confuso e incrédulo.

La pregunta casi la enfureció. Estaba ahí por él. ¿Acaso no se daba cuenta? ¿Seguía sin creer que lo amaba?

Lelia dejó su rabia a un lado de momento y se concentró en llevar a cabo su plan.

—Quítate el casco, Donatus -dijo.

Lelia esperó, y vio cómo Donatus se volvía hacia Hermes, que se deslizaba sigilosamente hacia la red.

—Vete de aquí -dijo él dando un paso hacia el *retiarius*-. Déjame pelear y lo mataré.

Con gesto protector, Donatus la empujó a un lado y levantó la espada, pero Lelia estaba decidida a hacer lo que tenía que hacer. Dio un paso hacia él y puso la mano sobre la empuñadura, tratando de hacerle entender.

—Confía en mí, Donatus -dijo, deseando poder decir más, deseando poder expresar todo lo que sentía en tres palabras-. Quítate el casco.

Donatus sacudió lentamente la cabeza. Lelia percibía perfectamente su ira, y lo vio volverse hacia Hermes de nuevo y apuntarle con la espada. Hermes dejó de deslizarse hacia la red, sin perder a Donatus de vista ni un momento.

—Por favor, Donatus. Sólo un momento. Quítate el casco.

Donatus no se movió.

—El emperador -murmuró ella-. El emperador debe verte la cara. Confía en mí.

Fue lo único que se le ocurrió. Donatus tenía que quitarse el casco porque era la única oportunidad de salvarse.

—Por todos los dioses -rugió Donatus en voz baja-. Si muero, moriré por ti.

—No hay necesidad de morir, Donatus. Quítate el casco y mira al emperador.

Donatus vaciló sólo un momento más. Después, bajó el escudo y con la mano izquierda se desabrochó la tira de cuero del casco y se lo quitó. Entonces se volvió a mirar hacia la tribuna imperial.

Lelia respiró profundamente, ignorando el dolor que le retorció el corazón, mordiéndose el labio con fuerza, y alzó su espada, sujetándola fuertemente por la empuñadura. Entonces, con un rápido movimiento de piernas, se colocó detrás de Donatus y le asestó un fuerte golpe en la cabeza con la empuñadura.

—¡Leda! ¡Leda! —rugía la multitud mientras Donatus se desplomaba sobre el suelo.

Brocchus llegó corriendo hasta dónde estaban e indicó con un gesto a Lelia y a Hermes que continuarán luchando. A la vez, llamó a un esclavo para que retirara el cuerpo inconsciente de Donatus de la arena. La multitud rugía de excitación, convencida de que el cambio de gladiadores formaba parte del espectáculo.

Lelia se permitió sólo un breve momento de satisfacción. Su plan había funcionado. Ahora se enfrentaría a Hermes, Donatus sería atendido por un médico y la intervención de Brocchus, a juzgar por la reacción del público, no sería castigada. Todo había salido según lo previsto.

Lelia se permitió disfrutar de su victoria durante un breve instante.

Enseguida, Leda la Gladiadora se colocó el casco con la pluma amarilla, alzó la espada, cuadró los hombros y se puso en posición de combate. Era el momento de pelear.



OceanofPDF.com

Diecinueve

Donatus despertó tendido sobre una mesa en un pequeño cuarto. Sentía un fuerte martilleo en la cabeza y la luz del sol que entraba a través del ventanuco que se abría en una de las paredes de piedra le cegaba. Trató de levantar una mano para protegerse.

—Cierra las contraventanas, Tasius -oyó decir a una voz de hombre-. Está despertando.

¿Qué había ocurrido? ¿Dónde estaba?

Cerró los ojos y trató de recordar. La arena del coliseo. La pelea contra el *retiarius*. Lelia.

«Donatus, quítate el casco. Sólo un momento. Confía en mí».

Al darse cuenta de que había sido Lelia, trató de levantarse.

—No -dijo el médico a su lado-. Debéis descansar.

Donatus sacudió la cabeza, pero enseguida se arrepintió. El dolor era insoportable.

—Tengo que salir de aquí. Tengo que pelear. No lo entendéis... Lelia... - balbuceó en tono suplicante.

—No vais a ir a ninguna parte, mi señor -dijo el médico-. Descansad. La pelea ha terminado.

En este momento Donatus experimentó el temor más desgarrador de su vida. Y tuvo miedo a preguntar, miedo de la respuesta. Oh, Lelia, ¿qué has

hecho?

—¿Quién ha ganado? — logró preguntar por fin.

—No lo sé -respondió el hombre-. Lo siento. Si lo desea, mandaré a Tasius a que se informe.

Donatus respiró profundamente.

—Por favor -dijo en voz baja-. Tengo que saberlo.

La multitud contemplaba la escena con estupefacción mientras Lelia subía las escaleras hacia el *pulvinar*. Iba cruzando mentalmente los dedos cruzados para que no le entraran ganas de vomitar en un momento tan crítico. Ya iba notando que las náuseas empezaban a apoderarse de ella.

El emperador había detenido el combate y ordenado que subiera a la tribuna presidencial. Cuando por fin llegó a lo alto de las escaleras, Lelia oyó de nuevo el clarín de las trompetas y supo que los juegos continuaban para el deleite del público. El portalón del fondo se abrió y un tigre se abalanzó sobre la arena. La multitud rugió colectivamente de placer. En otro lugar del anfiteatro se abrió otra puerta, y la multitud rompió en vítores. Otro combate había comenzado y el público ya se había olvidado de Donatus y de ella.

Pero no el emperador Trajano que, con un gesto de la mano, le indicó que se sentara a su lado, aunque a un nivel más bajo.

—Casi siento haber interrumpido el combate- empezó Trajano inclinándose hacia ella-. No tengo la menor duda de que habría sido lo mejor de la tarde.

—Gracias, mi señor emperador -dijo ella bajando los ojos.

—Admiro vuestro valor, que no es tan común en la actualidad como antes - continuó el emperador-. Pero deseo que me expliquéis cómo uno de mis

mejores oficiales de caballería y miembro del Senado romano, ha estado a punto de morir como un criminal. Y por qué le habéis golpeado para ocupar su lugar.

—Es una larga historia, mi señor. No puedo explicarla con unas pocas palabras.

Trajano enarcó una ceja.

—Tengo tiempo -le aseguró-. Toda la tarde si fuera necesario. Así que empezad por el principio y contádmelo todo.

Lelia se lo contó todo, empezando con el romance secreto que no debió haber tenido con Donatus y todas las consecuencias del mismo: el hijo desaparecido, el matrimonio con Donatus, los intentos de asesinato que había sufrido, y la decisión de salvar a su esposo. En todo momento tuvo especial cuidado de proteger a Lucan, haciéndole creer que la detención de Donatus como cristiano había sido un error.

El emperador permaneció en silencio mientras ella hablaba, y sólo hizo alguna que otra pregunta para clarificar aspectos un poco dudosos. Cuando por fin terminó, él se apoyó en el respaldo del sillón y se rascó el mentón con gesto pensativo.

—Una historia sorprendente -murmuró-. No sé cómo Flavius Donatus encontró tiempo en todas sus... actividades para ayudarme a ganar una guerra contra los dacios -divertido se volvió a mirar a Lelia-. Aunque entiendo que su mente estuviera en otra parte. Sois una mujer muy bella y poseéis los atributos de fuerza y coraje que sin duda cautivarían el corazón de cualquier legionario romano.

Lelia se ruborizó.

—Os ayudaré -dijo Trajano-. La desaparición del hijo de un senador de Roma me parece un asunto muy grave, así como que alguien trate de asesinar a su esposa.

Lelia bajó la cabeza.

—Vuestra ayuda sería muy agradecida, mi señor. Vuestro ofrecimiento me honra.

—Seguro que puedo hacer algo...

Lelia le interrumpió, incapaz de ignorar por más tiempo la rebeldía en su estómago. Tomó aire y se llevó la mano a la garganta.

—Mi señor, algo podéis hacer. Pedidme una palangana, por favor. Creo que voy a vomitar.

Trajano no perdió tiempo y Lelia, dándole la espalda al emperador, vació el contenido de su estómago en la palangana que un esclavo le acercó. Después de secarse la cara y las manos con una toalla, se disculpó.

—Flavius Donatus, sois un hombre afortunado -dijo el emperador cuando ella se sentó de nuevo-. Vuestra esposa es capaz de pelear a muerte llevando incluso a vuestro hijo en las entrañas -sonrió a Lelia-. Un amor como ése merece una recompensa. Esta noche seréis mis invitados de honor en palacio. Encargaré a mis sirvientes que os lleven allí, para que podáis bañaros y cambiaros de ropa. Después cenaremos juntos y decidiremos cómo detener a vuestro asesino y cómo recuperar a vuestro hijo.

Lelia asintió agradecida. Las cosas no podían haber salido mejor.

Escortado por un grupo de soldados de la temible Guardia Pretoriana por las callejuelas de Roma, sin grilletes ni cadenas, Donatus no sabía adonde lo llevaban. Tampoco sabía qué había sido de Lelia. Cuando los soldados llegaron a buscarlo, el esclavo enviado a averiguar el resultado de la pelea todavía no había regresado.

Mientras caminaba con pasos rápidos siguiendo el ritmo marcado por los

soldados, sus pensamientos estaban en ella hasta que llegaron a su destino.

—¿El palacio del emperador? — dijo volviéndose al guardia más cercano a él—. ¿Qué quiere el emperador?

El guardia lo miró y volvió a fijar la vista al frente.

—No lo sabemos. Nuestras órdenes eran traeros a palacio.

Donatus asintió, sin atreverse a permitir que la esperanza suplantara el miedo. Seguro que Trajano lo reconoció, y de ser así...

Los soldados lo llevaron primero al baño y le ordenaron utilizarlo. Allí, unos esclavos lo lavaron y untaron el cuerpo de aceite, le recortaron el pelo, le afeitaron y le pusieron una túnica nueva. Para su sorpresa, la túnica llevaba la cinta carmesí distintiva de los senadores. Eso le confirmó que Trajano lo había reconocido. Lo que indicaba que pronto estaría en su presencia, y que para entonces debía tener respuestas preparadas. Por mucho que le doliera perder a Lelia, no podía revelar la verdad sobre Lucan y ella.

Por fin, los soldados le condujeron hasta una enorme puerta de madera tallada y decorada con incrustaciones de oro.

—Debéis descansar aquí hasta que seáis llamado para cenar con el emperador.

Donatus asintió y franqueó el umbral. Cuando la puerta se cerró tras él, suspiró con alivio.

Miró a su alrededor. Estaba en una amplia estancia lujosamente decorada, que constaba de varios aposentos, en cuyas paredes se abrían grandes ventanas que daban a un patio amurallado.

En el centro de la lujosa estancia, una enorme cama en madera de ébano con incrustaciones de oro dominaba la habitación,

Un movimiento lo sobresalto. Levantó la cabeza y perdió la respiración. La sorpresa se convirtió en incredulidad.

—¿Lelia? — susurró.

Ella avanzó hacia él, con una titubeante sonrisa en los labios.

—Estoy aquí. Y tú -Lelia lo miró de arriba a abajo-. Pareces estar bien de salud.

Donatus se llevó la mano a la cabeza.

—Estoy vivo, si te refieres a eso -dijo serio-. El médico me ha dado un brebaje para el dolor. Tengo un chichón del tamaño de un huevo, pero estoy vivo. ¿Y tú? ¿Qué haces aquí?

—He hablado con el emperador. Lo sabe todo, excepto lo de Lucan -se apresuró a aclararle-, pero sabe lo nuestro, lo de nuestro hijo, nuestro matrimonio, el asesino... y se ha ofrecido a ayudarnos.

Donatus apenas podía soportar mirarla. Estaba mucho más bella de lo que recordaba, ataviada con una holgada túnica de color crema bordada con diminutas perlas por el cuello y los hombros. La larga melena azabache estaba recogida con un peinado femenino y delicado que remarcaba todavía más la elegancia de su esbelto cuello.

—Esta noche cenamos con el emperador -dijo ella-, pero antes tenemos que hablar.

Los intensos ojos violetas se clavaron en él, que parecía temeroso de mirarla, con la mandíbula tensa y los ojos en el suelo.

—Te amo, Donatus. Nunca he amado a Lucan en el sentido que tú crees. Lucan me escuchó cuando lo necesitaba. Me dejó llorar sobre su hombro y me ofreció consuelo. Es un amigo, pero nunca hemos sido amantes.

Donatus permaneció en silencio, asimilando el significado de las palabras, tratando de encontrar una salida al laberinto de confusión en el que estaba inmerso.

—Pero yo le oí -protestó-. Te dijo que fueras a la cama con él.

—No, Donatus. Eso fueron imaginaciones tuyas. Lucan sólo me cuidó en un momento que yo lo necesitaba -explicó ella-. Después de ayudarme a tenderme en la cama a tu lado, me besó en la frente como lo haría un padre y se fue.

—Pero me dijiste que le preferías a él. Que el hijo que llevas en tu seno...

Lelia se mordió el labio.

—Estaba furiosa. Tus acusaciones me dolieron profundamente, pero nunca pensé que me abandonarás, Donatus -su voz se quebró en un sollozo.

Donatus no pudo soportar el sonido.

—Oh, Lelia.

La tomó en sus brazos y la pegó contra su pecho, meciéndola suavemente y susurrándole palabras de consuelo al oído.

—El hijo es tuyo, Donatus -dijo ella por fin cuando logró tranquilizarse-. Te lo juro. Nunca ha habido ningún otro hombre.

Donatus respiró profundamente, luchando entre la necesidad de creer sus palabras y un miedo que no alcanzaba a comprender.

Al ver que él no respondía, Lelia se incorporó para mirarlo a la cara.

—Olvídala -susurró ella-. No permitas que nos haga esto.

Donatus la miró sin comprender.

—¿A quién te refieres?

—A tu madre -dijo Lelia-. Lucan cree que es la causa de tu miedo a confiar, la razón por la que siempre que empiezas a amar a alguien el miedo a perderlo que existe en lo más hondo de tu corazón te lo impide. Y por eso imaginas traición donde no existe.

Las palabras penetraron como jabalinas en Donatus, que sintió que le ardía el pecho. Lelia lo observó con detenimiento, y entonces pudo ver y sentir su dolor, un dolor oculto durante tantos años, el dolor de un hijo que no entiende el abandono de su madre.

Pero esta vez ya no pudo continuar ocultándolo. Donatus trató de apartar las lágrimas, avergonzado de su debilidad, pero éstas empezaron a deslizarse por sus mejillas sin ningún tipo de control. Dejando escapar un sonido similar al grito de una bestia herida de muerte, Donatus cayó hacia adelante de rodillas y enterró la cara entre las manos.

Lelia estuvo a su lado al momento, apoyándole una mano en el hombro, acariciándole el pelo.

—Estoy aquí, Donatus -le dijo.

Él la abrazó, apoyó la cabeza en los pliegues de la túnica y lloró con la desesperación de un niño.

Ya había oscurecido y la noche era cálida. Lelia no podía dormir. Salió del círculo de los brazos de Donatus, se levantó y se acercó a la ventana. El movimiento despertó a Donatus, que se incorporó, se acercó a ella y le preguntó qué le ocurría.

—No sé -respondió ella-. Quizá demasiadas cosas en tan breve período de tiempo. Quizá volver a pensar en nuestro hijo. No lo sé.

Donatus la abrazó y ella se refugió en sus brazos, necesitando su consuelo y el contacto de su piel. Así estuvieron sin hablar hasta que Donatus la llevó de nuevo al lecho. El amor no podía devolverles lo que habían perdido, pero al menos ayudaría a cicatrizar las heridas.

La conexión entre ambos los había mantenido unidos y serenos durante la cena con el emperador y el momento en que Lelia dijo el nombre de su hijo a Trajano.

—¿Le pusiste mi nombre? — preguntó Donatus sorprendido y encantado a la vez—. ¿Después de lo que te hice?

—Sí -dijo ella, finalmente capaz de reconocer que siempre confió en su regreso-. Se llama Valerius Donatus.

—Cuando lo encontremos su nombre será Flavius Donatus, y lo proclamaré mi hijo y heredero ante el Senado y ante el emperador.

Trajano sonrió, aunque no de forma tan radiante como Lelia. Durante la cena Lelia pudo por fin atisbar un final feliz a todos los infortunios de los últimos años, pero ahora, de nuevo en la oscuridad de la noche, empezaba a tener dudas y las lágrimas volvieron a rodar por sus mejillas, hasta que estalló otra vez en sollozos y convulsiones.

Donatus la besó en el pelo y trató de tranquilizarla con la voz, susurrando palabras de consuelo y transmitiéndole todo su amor. Después empezó a tararear una suave melodía, que sumió a Lelia en un dulce balanceo casi irresistible, como el movimiento de las olas en el océano, meciéndola despacio. Era una melodía antigua, que en un momento Lelia creyó reconocer. Inmediatamente se tensó.

—¿Qué canción es ésa? — preguntó incorporándose.

Donatus se interrumpió, aturdido.

—No lo sé. Supongo que la conozco de siempre. Una nana, o...

—¡Cántala otra vez! — le pidió Lelia-. La letra. ¿Te acuerdas de la letra?

Donatus frunció el ceño y empezó a rebuscar en su memoria.

—No -dijo por fin sacudiendo la cabeza-. Me acuerdo de que tenía letra, pero no me acuerdo de cómo era.

Lelia frunció el ceño.

—Terentia, la mujer que se llevó a nuestro hijo, solía cantársela.

Lelia trató de visualizar de nuevo a Terentia con el niño en brazos, sonriéndole, con aquella voz dulce y triste con que le cantaba aquella nana. Poco a poco fue recordando la letra y empezó a cantarla.

—En el campo hay un olivo y en el olivo hay una rama, una dulce y bonita daga... -se detuvo un momento, tratando de recordar el siguiente verso.

—Para el niño que ha nacido en esta nueva mañana -terminó Donatus por ella.

Lelia le miró a los ojos y lo sujetó con fuerza por los hombros.

—¡Sí, Donatus! ¡Ésa era la letra de la nana!

Donatus no respondió inmediatamente. Se quedó muy quieto, perdido en una especie de ensueño durante unos momentos, antes de quitarse las manos de Lelia de los hombros y llevárselas a los labios en un gesto de infinita ternura.

—Lo sé, yo también la recuerdo. Ahora debo dejarte, amor mío.

—¿Te vas? — preguntó Lelia con incredulidad-. ¿Por qué? ¿Dónde?

Donatus ya estaba vistiéndose e iba camino de la puerta.

–Sé quién tiene a nuestro hijo, amor mío. Ahora sólo tengo que encontrarla.

Donatus había luchado en la guerra y conocía perfectamente la sed de sangre del enemigo. Después de ir a buscar a Lucan se dirigió a los aposentos de los esclavos y fue directamente al cuarto de Livia.

La anciana se despertó sobresaltada, pero apenas pudo moverse. Donatus estaba inclinado sobre ella y le había puesto una daga en la garganta.

–¿Dónde está?

–¿Quién, mi señor? – preguntó la anciana Livia con voz temblorosa.

–Sabes muy bien quién, Livia -dijo Donatus-. Y si no me dices dónde está y qué ha hecho con mi hijo, te mataré ahora mismo con mis propias manos.

Livia titubeó un momento, pero el filo de la daga en la piel no le dejaba muchas opciones.

–Os lo diré, mi señor -dijo con un gemido de temor-. Os lo contaré todo, pero por favor, retirad esa daga.

Donatus vaciló un momento, preso de cólera, sin soltar la empuñadura del arma. Sólo reaccionó cuando Lucan le tocó el brazo y asintió con la cabeza.

Livia se frotó la garganta con la mano, pálida y asustada.

–Ella me obligó. Por favor, no os enfurezcáis conmigo. Me obligó a hacerlo por mi hermana.

Donatus frunció el ceño.

–¿Tu hermana?

Livia asintió retorciéndose las manos de nervios y pánico.

—Mi hermana es su esclava, mi señor, y me dijo que si no cumplía sus órdenes la mataría -Livia se arrojó a los pies de Donatus-. Lo siento. No tenía que haberlo hecho, pero mi hermana es la única familia que me queda en el mundo.

Donatus no se inmutó.

—Has matado a un pobre niño esclavo, y trataste de envenenar a mi esposa - le recordó.

Livia asintió, jadeando y sollozando entrecortadamente.

—Tened compasión de mí, mi señor. Por favor, tened compasión.

—¿Dónde esta? – dijo Donatus cerrando los ojos para contener la rabia-. Dime dónde está y vivirás.

Livia respondió sin dudarlo, aunque fue incapaz de mirarlo a los ojos. Donatus asintió y dio media vuelta, casi sin oír la pregunta de Lucan, que caminaba tras él con pasos apresurados.

—¿Quién? ¿A quién estamos buscando?

Donatus se detuvo y sujetó de nuevo la empuñadura de la espada que le colgaba del cinto.

—A mi madre -respondió en voz baja-. Tenemos que buscar a mi madre.



Veinte

Donatus y Lucan llegaron a su destino justo cuando el alba empezaba a clarear sobre las ondulantes colinas de la capital romana.

La dirección que le había dado Livia no era lo que Donatus esperaba. Para empezar, era una zona acomodada y tranquila de la ciudad, entre el foro y el río Tíber. El edificio, una construcción sólida de amplias dimensiones, no parecía el destino más adecuado para una mujer que fue enviada al destierro por decreto del Senado. Sin duda, su madre había vivido en la clandestinidad con nombre supuesto y al margen de la ley, pero sin abandonar Roma.

Un esclavo fuerte y atractivo les abrió la puerta y los invitó a pasar sin hacer preguntas. Esto también sorprendió a Donatus, pero sólo hasta que comprendió dónde estaba.

El fresco en la pared del *atrium* respondía a todas las preguntas: un grupo de hombres y mujeres retozaban desnudos en una variedad de posturas lascivas que no dejaba dudas sobre su intencionalidad: despertar los instintos más primitivos del hombre.

Era un burdel. Acababa de entrar en un burdel.

El esclavo les indicó un banco y desapareció. Momentos después, apareció una mujer joven y muy guapa, alta y elegantemente vestida, con el pelo trenzado en un sofisticado recogido.

—Senador -dijo con voz melódica y sensual-. Es un placer teneros aquí en esta agradable mañana. ¿En qué puedo ayudaros?

Donatus quiso maldecirse por no haber preguntado a Livia qué nombre

utilizaba su madre en la actualidad, pero si su intuición no le engañaba, sólo podía ser la dueña de aquel lugar.

–Deseamos ver a vuestra señora -dijo.

–Lo siento, señor. La señora duerme en sus aposentos y no desea ser molestada. Si queréis algo con ella...

–Ya lo creo que sí -la interrumpió Donatus-. Y os aseguro que si nos acompañáis a sus aposentos nos recibirá.

La joven pareció reflexionar durante un momento, pero después de mirar a ambos hombres de arriba a abajo, sonrió y les dirigió una mirada de complicidad.

–Por supuesto, acompañadme.

La mujer los llevó a través del *atrium* hasta un pórtico de columnas con múltiples puertas que daban a pequeñas habitaciones privadas. Donatus prefirió no imaginar las actividades que tenían lugar detrás de aquellas puertas, pero los sonidos femeninos que oyó al pasar, de placer, o quizá de dolor, le hicieron intercambiar una mirada de preocupación con Lucan.

Subieron por unas escaleras que conducían a un apartamento y la mujer que los acompañaba llamó a la puerta. Otro esclavo apuesto y casi desnudo abrió y, tras intercambiar un breve murmullo con la mujer, les indicó que entraran y esperaran.

Unos minutos después, el esclavo regresó y los condujo por un estrecho pasillo en penumbra. Una puerta se abrió, el esclavo les hizo una indicación con la mano para que entraran y de repente Donatus se encontró cara a cara con la mujer. Su madre. Sin saber por qué, la sorpresa en el rostro de la mujer le resultó reconfortante y le dio fuerzas para la batalla.

–Madre, supongo que no me esperabas.

La mujer se recuperó con sorprendente rapidez, miró las caras expectantes de los esclavos y les indicó que se fueran. Cuando la puerta se cerró tras ellos, miró a Donatus.

—Te pareces a tu padre -dijo ella recorriéndolo con los ojos-. Me alegro. Era un hombre muy atractivo.

Donatus no respondió. Esperó en silencio, estudiándola. Su madre era una mujer muy bella, aunque ya no se parecía mucho a la mujer del retrato. Seguía teniendo el pelo negro y largo, ahora con canas en las sienes, pero los ojos habían perdido el calor y la vitalidad de antaño. Ahora eran fríos, cínicos y cautos.

—¿Por qué has venido, Donatus?

—Tienes a mi hijo e intentaste asesinar a mi esposa -respondió él-. Quiero saber por qué.

—Oh, eres igualito que tu padre -exclamó la mujer con rabia contenida-. Nada te importa más que tus vástagos, ya veo -añadió sin ocultar su desprecio-. ¡Qué hipócrita! ¿Dónde estabas cuando Lelia estuvo a punto de parir a tu precioso hijo en la calle?

Donatus ignoró la punzada de dolor.

—No lo sabía.

—No, la dulce y encantadora Lelia no te habría comprometido contra tu voluntad, ¿verdad? Y debo admitir que fue una presa muy fácil -recordó su madre, y frunció el ceño-. Dime, ¿cómo me has encontrado? Siempre he puesto especial cuidado en que nadie me descubriera.

—No tengo muchos buenos recuerdos de ti -respondió él-, pero a veces me cantabas canciones que tú misma improvisabas. Una de ellas se la cantabas a mi hijo, y Lelia la recordó.

Su madre se encogió de hombros.

—Qué mala suerte -dijo sin mostrarse especialmente preocupada. Miró a su hijo a los ojos, sin el menor rastro de remordimiento-. Vengarme de ti no entraba en mis planes, Donatus. No eras más que un niño, y no podías entender lo mucho que me hirió tu padre, lo mucho que me humilló. Yo quería castigarle a él, no a ti.

—¿Robando a mi hijo? — preguntó Donatus.

—Sí -dijo ella con la voz cargada de veneno-. Para tu padre, tu hijo representa la continuación del linaje y la supervivencia de su nombre. Y yo fui muy afortunada al encontrar a Lelia, sola y abandonada en las calles. Las jóvenes en estas circunstancias hacen casi cualquier cosa para sobrevivir, y yo necesitaba jóvenes bonitas para complacer a mis clientes - continuó explicando, sin ocultar la satisfacción que le producía recordar lo ocurrido, orgullosa de su plan-. Empecé a ganarme su confianza, pero cuando me confesó que estaba embarazada decidí deshacerme de ella, hasta que me contó quién era el padre. ¡Oh, entonces canté de júbilo, ya lo creo! — recordó la madre con un brillo triunfal en los ojos-. Y se parece mucho a ti, Donatus. Y a su abuelo. Pronto se convertirá en un jovencito muy hermoso, de piel suave y cabellos rizados, del tipo que algunos de mis clientes desean para su placer. Hay dos en concreto... -soltó una carcajada-. Los hijos de los colegas senadores de tu padre, los hijos de los hombres que me degradaron, que me llamaron adúltera y ramera. Y ahora sus hijos buscan el placer en jóvenes muchachos como tu hijo. Ah, eso me llena de satisfacción -continuó la mujer saboreando su venganza, disfrutando de la incomprensión y el dolor en los ojos de su hijo-. Ya puedo imaginarme cómo se lo entregaré, todo vestido de blanco, tan seguro, tan inocente.

A duras penas podía Donatus contener su cólera, pero no podía permitir que la ira le nublara la razón y le impidiera actuar con la cabeza fría y poder llevar a cabo su plan.

—O quizá busque otro destino para el nieto de Flavius Antonius. Quizá decida mandarlo al lanista -continuó su madre con una suave carcajada-,

para poder contemplar con mis propios ojos el día de la muerte de su noble heredero, una muerte que servirá para satisfacer la sed de sangre de los orgullosos romanos. La verdad es que todavía no he decidido qué hacer con él. Lástima que ni Lelia ni tú sigáis vivos para verlo.

—¿O sea que piensas matarnos a los dos? — preguntó Donatus, sorprendido de que su voz sonara tan calmada-. ¿Y a él? — señaló con la cabeza a Lucan-. ¿También lo matarás a él?

Su madre se volvió a mirar a Lucan, estudiándolo de arriba abajo, sin ocultar el deleite que le producía la contemplación de un cuerpo hermoso.

—Por supuesto, aunque antes quizá lo utilice para algo más -respondió en tono insinuante.

La mujer dio un paso hacia la puerta, la abrió y dio una orden. Una docena de hombres con las espadas desenfundadas entraron, y Donatus y Lucan reaccionaron a la vez llevándose las manos a las empuñadura de sus espadas.

—No lo hagas, Donatus -le advirtió su madre, y se volvió hacia uno de los hombres -. Átalos bien, Gavros. A éste -señaló a Donatus-, llévalo a uno de los cobertizos y enciérralo hasta que decida qué hacer con él. A este otro -sonrió seductoramente a Lucan-, llévalo a mi lecho.

Lucan forcejeó sin éxito para librarse de las manos que lo sujetaban.

—¿Qué te pasa? ¿No te excita la idea del placer forzado? ¿O acaso ofende tus sensibilidades cristianas? — preguntó la mujer.

Lucan la miró perplejo.

—Oh, sí. Sé muy bien quién eres. Titus Livius Lucan -continuó la mujer-. ¿Quién crees que alertó a las autoridades de tus reuniones cristianas? Te estabas acercando mucho y hacías demasiadas preguntas. Deprisa, Gavros.

Donatus no se resistió cuando el hombre obedeció la orden y se acercó a ellos para desarmarlos.

—Tendrás que darte prisa -dijo Donatus a su madre-. No creo que quieras estar desnuda retozando en el lecho cuando llegue la Guardia Pretoriana del Emperador.

La mujer levantó la cabeza y lo miró con repentino temor en los ojos.

—¿Qué has hecho?

Donatus se echó a reír, tomándose su tiempo para responder y disfrutando de la expresión desencajada de su madre.

—No tardarán en llegar -dijo ladeando la cabeza, como escuchando el sonido de los pasos en el pasillo-. El emperador sabe dónde estamos.

La mujer quedó inmóvil durante una décima de segundo, aunque rápidamente reaccionó y tomó de nuevo las riendas de la situación.

—Olvida todo lo que dicho, nuestros planes han cambiado. Deprisa, Gavros. Átalos y que dos de tus hombres los lleven a las afueras de la ciudad y los maten. A los demás los necesito aquí.

Donatus volvió la cabeza un momento mientras era empujado fuera de la habitación, y fue suficiente para ver las facciones de su madre, contorsionadas por un odio que era difícil imaginar en el rostro de una mujer, sobre todo el de la mujer que le había dado la vida.

—Recuérdame que te dé las gracias por el rescate -dijo Lucan cuando los dos hombres se vieron metidos en un carro de bueyes.

Donatus refunfuñó, sin saber qué decir. No entendía por qué los soldados de Trajano no habían llegado todavía. Había intentado alargar el encuentro con su madre el máximo posible, pero el tiempo jugaba a su favor.

–Lo siento -consiguió decir sin mirar a su amigo a los ojos-. He cometido un error. Quizá prefieras pedir ayuda a tu dios.

Lucan se echó a reír y bajo la voz.

–El señor ya nos la ha dado. Escucha, cuando el carro empiece a moverse, cáete como si perdieras el equilibrio. Entonces te arrodillas junto a mí y extraes la daga que llevo en la bota izquierda. Somos dos contra dos, y tenemos el elemento sorpresa de nuestra parte.

Donatus se echó a reír.

–Acuérdate de dar las gracias a tu dios. Tu fe cristiana cada día me gusta más.



OceanofPDF.com

Veintiuno

Lelia nunca se sintió tan aliviada como cuando Lucan fue a buscarla poco después. Mientras la conducía a la casa de Donatus, éste le contó todo lo ocurrido, la huida de sus captores y el encuentro con los soldados del emperador.

—¿Y nuestro hijo? — preguntó Lelia-. ¿Habéis encontrado a mi hijo?

—No, todavía no. Cuando hemos vuelto Messalina, ése es su verdadero nombre, había huido -explicó Lucan-, pero no desesperes, Lelia. Donatus ha ido con los soldados a buscarla, y estoy seguro de que regresará con tu hijo.

Lelia asintió, incapaz de hablar, y la imagen de Donatus llevando en brazos a su hijo, sonriendo con orgullo, le dio nuevas esperanzas.

Donatus nunca se había alegrado tanto de ver a la Guardia Pretoriana como cuando regresaba con Lucan al burdel de Messalina después de degollar a sus dos verdugos. Allí, los soldados del emperador registraron el local e interrogaron a los esclavos. Messalina y dos de sus ayudantes habían huido a caballo, y los esclavos dieron algunas indicaciones sobre su posible paradero. Todo era especulación, pero al menos un punto de partida para continuar con la búsqueda.

Siete agotadoras horas después, los soldados encontraron a la madre de Donatus escondiéndose entre el heno y la suciedad de un gallinero en una pequeña granja al otro lado del río.

La mujer no dejó de gritar, maldecir y forcejear cuando los soldados la sacaron por la fuerza del cobertizo y la llevaron ante el centurión. Éste la obligó a callar asestándole una bofetada en plena cara.

—¡Cállate de una vez, mujer! Eres una deshonra para las mujeres y una vergüenza para todos nosotros. Somos soldados del emperador y no toleraremos tus insultos -le aseguró el joven centurión, que la sujetó con fuerza por la barbilla-. Se nos ha encomendado encontrar al hijo del senador Marcus Flavius Donatus. Dinos dónde está -ordenó.

Messalina entrecerró los ojos y miró hacia los soldados hasta que descubrió a Donatus.

—¡Tú! — rugió-. ¡Tú me has hecho esto!

—No, madre -dijo él-. Te lo has hecho tú misma.

—Nunca te lo diré -dijo Messalina-. Nunca te diré dónde encontrarlo. Tendrás que encontrarlo solo, y espero que vayas a la tumba llorando su pérdida, ¡cerdo...!

El centurión la abofeteó de nuevo, echándole la cabeza hacia atrás con la fuerza del golpe. Ella se tragó el dolor y escupió sangre a las botas del joven.

—¿Esta mujer es vuestra madre? — preguntó a Donatus.

—Lo es.

El centurión lo miró con fiereza.

—Entonces sugiero que tratéis de hacerla entrar en razón. El mismísimo emperador nos ha dado órdenes de encontrar a vuestro hijo -se inclinó hacia delante-, y haremos lo que sea necesario para cumplir sus órdenes. Utilizaremos la tortura si es preciso, pero si queréis hablar con ella antes y convencerla para que hable, esas tácticas no serán necesarias.

Donatus miró a su madre. Ella lo miró, destilando veneno por sus ojos negros. Por un momento Donatus trató de recordar un pasado más feliz, un

momento agradable de su infancia, pero lo único que pudo oír fue la risa burlona de su madre y sus amenazas.

—Haced lo que tengáis que hacer, centurión -dijo-, pero encontrad a mi hijo.

Dos horas estuvo Donatus sentado a la puerta del edificio de piedra, esperando que los soldados terminaran su trabajo. Por fin vio una sombra en el suelo junto a sus pies. Era el centurión, de pie a su lado, mirándolo con ojos compasivos.

—Tenemos la información, senador. He mandado a mis mejores soldados a buscar a vuestro hijo.

—¿Y mi madre?

El centurión movió la cabeza con un gesto de asentimiento.

—Estará bien dentro de unos días. No hemos tenido que llegar muy lejos -le aseguró el joven mirándolo a los ojos-. ¿Sabéis que el castigo para lo que ha hecho es muy duro, incluso la muerte, si el emperador así lo decide? — preguntó.

Donatus apartó la mirada y asintió.

—El emperador es un hombre justo. Él decidirá lo mejor.

El centurión asintió, satisfecho.

—Al menos para vos el resultado no puede ser más feliz. Pronto llevaréis a vuestro hijo a casa, a los brazos de su madre.

Donatus se frotó la tensión de la nuca pensando que pronto tendría a su hijo en brazos. Pronto podría devolver a Lelia una más de las cosas que había perdido por culpa de su equivocada decisión. Eso casi le hizo llorar de alegría.

–Gracias -dijo Donatus-. Estoy en deuda con vos.

–Guardaos las gracias para el emperador -dijo el centurión sonriendo por primera vez-. Me ha encargado que os diga que estáis invitados a un banquete en palacio, aunque no debería decíroslo hasta que os entregue a vuestro hijo.

Donatus arqueó una ceja, divertido.

–En ese caso os habéis adelantado un poco, ¿no creéis?

–Quizá, pero tengo mucha fe en mis hombres -respondió el centurión-. Sé que pronto estarán aquí con el pequeño.

Sin embargo cuando los soldados regresaron al burdel de Messalina lo hicieron con las manos vacías.

Donatus estaba sentado en un banco del jardín y cuando vio el rostro sombrío del centurión acercarse a él, supo que no traía buenas noticias.

–¿Qué ha ocurrido?

–Lo siento, senador, pero el niño no estaba. Aparentemente se lo ha llevado su niñera a toda prisa. Cuando mis hombres han llegado todavía estaba la comida humeante sobre la mesa.

Donatus respiró profundamente.

–¿Y qué hacemos ahora?

–He dejado soldados apostados en la casa. Es posible que intenten regresar a buscar lo que han dejado, y todavía tenemos a Messalina. Volveremos a interrogarla -miró hacia el *atrium* donde los soldados estaban reunidos en un grupo silencioso-. Pero esta noche no. Mis hombres necesitan descansar.

Donatus le dio las gracias y le estrechó la mano.

Pero cuando quedó solo, conoció el amargo sabor de la derrota. Otro callejón sin salida. Otro fracaso.

¿Cómo iba a decírselo a Lelia?

Dos horas más tarde, tras ingerir varias copas de vino en una ruidosa taberna, Donatus franqueaba la puerta de su casa, sin haber logrado encontrar las palabras que necesitaba para Lelia.

Por fin decidió que el único consuelo estaría en compartir el llanto y el sufrimiento de la pérdida. Dejó la copa en la mesa junto a unas monedas y volvió andando a su casa en la oscuridad. Probablemente fue el trayecto más largo de su vida.

Cuando entró el *atrium* estaba en silencio, iluminado tan sólo por una vela. Se detuvo y contempló las máscaras de cera de sus antepasados que había en las estanterías de madera de la pared. Buscó con los ojos la más reciente, la de su padre.

—Perdóname -susurró-. Te he fallado. Perdóname.

Alguien le tiró de la manga y lo obligó a volverse. Era Druscilla, de pie a su lado, mirándolo con preocupación. La joven se puso de puntillas y le dio un beso.

—Donatus -dijo ella. Le apartó un rizo de los ojos-. Has estado bebiendo.

—Un poco -dijo.

Druscilla asintió.

—Lelia te está esperando en la habitación. Ha mandado a todos los esclavos

a la cama, pero te ha esperado.

Donatus cerró los ojos. No podía posponerlo más. Asintió y se alejó de su hermana, dirigiéndose a las zonas privadas de la vivienda.

Se detuvo en la puerta del dormitorio y rezó para poder ofrecer a Lelia el consuelo que necesitaba. De repente oyó la voz de Lelia. Estaba cantando. Una suave melodía, como una nana.

Aturdido, abrió la puerta. Ella levantó la cabeza y lo miró con ojos radiantes. En sus brazos mecía a un niño de corta edad.

Por un momento Donatus permaneció inmóvil, sin comprender. Lelia sonrió y levantó al niño en brazos para enseñárselo.

—Has vuelto -dijo ella. Se levantó y se acercó a él-. Creía que no volverías nunca. Tengo muchas ganas de presentarte a alguien. Donatus, mi esposo, éste es tu hijo y heredero, Donatus el Joven -Lelia le mostró al pequeño.

Donatus sacudió la cabeza.

—¿Cómo? No lo entiendo.

Lelia le puso al niño en los brazos. Donatus lo miró y se vio reflejado en él. Los mismos ojos verdes. La misma nariz. Los mismos rizos morenos. Su hijo. Su hijo primogénito.

—Livia -dijo Lelia-. Su hermana era quien se ocupaba de él, y Livia lo sabía. Estaba tan arrepentida por lo que hizo que ha ido a buscar a su hermana y los ha traído aquí a los dos.

—Si lo hubiera hecho antes, nos habría evitado mucho sufrimiento.

Lelia asintió.

—Livia temía por la vida de su hermana. Pero cuando se ha enterado de que

los soldados habían detenido a tu madre, ha ido a buscarlos. Espero que la perdones, Donatus. He hablado con ella y creo que está muy arrepentida.

Donatus no podía pensar. El niño que era su hijo se agitaba enérgicamente en sus brazos y le manoseaba los labios con sus deditos. Su esposa contemplaba la escena con infinita ternura, y en ese momento Donatus no pudo pensar en Livia. Sólo en la paz que por fin llenaba su alma.



OceanofPDF.com

Veintidós

El palacio del emperador resultaba siempre de una belleza sobrecogedora, sin duda, pero aquella tarde, al abrir ligeramente las cortinas de la litera, Valerius Leptis pensó que nunca había visto nada tan impresionante: todo aquel mármol iluminado por la luz de la luna y las antorchas de cientos de invitados acudiendo a la gran recepción era espectacular. Se volvió a mirar a su esposa.

—Ya casi hemos llegado, Prisca.

Prisca sonrió.

—¡Qué emocionante, ¿verdad, Leptis?! Imagina, estará el mismísimo emperador. Nunca nos han invitado a un acontecimiento tan magnífico.

Leptis no pudo ocultar el orgullo que le produjeron las palabras de su esposa y expandió el pecho, aunque sabía que todos los senadores estaban invitados. Todos, incluso los más jóvenes. Incluso Donatus.

—Prisca -dijo en voz baja-. Debo prepararte con antelación. Creo que Lelia también estará presente.

—Eso espero -dijo su esposa.

Leptis volvió la cabeza y levantó la cortina para mirar de nuevo al exterior. Toda la familia, incluidos los esclavos, le habían dejado claro que no estaban de acuerdo con su decisión. Y ahora había tenido meses para recapacitar, meses para que su rabia se enfriara.

Claro que no podía dejar de ver a nadie que incluso él estaba en desacuerdo con su propia decisión. Era cierto que Lelia había sido desobediente y se

había entregado a Flavius Donatus, pero incluso un padre como Leptis conocía de las pasiones de la juventud.

Lelia fue la niña de sus ojos. Sabía que era joven y apasionada, y tenía que haber imaginado que a su hija no le complacería el hombre que eligió para ella. Scipio Paullus era demasiado mayor y demasiado exigente. A decir verdad, a Leptis tampoco le caía demasiado bien, pero la unión con su hija le habría reportado grandes honores y riquezas.

Sin embargo, ahora se daba cuenta de que tenía que haber sido más comprensivo con Lelia, y se arrepentía de haberse mostrado tan iracundo, y sobre todo de haberla expulsado de su hogar, arrojándola a la calle sin nada más que la ropa que llevaba puesta.

A pesar de todo, era un romano orgulloso y debía vivir con las consecuencias de sus actos.

También sabía que le sería doloroso verla aquella noche, una mujer de exquisita belleza colgada del brazo de un hombre que estaba totalmente a su altura, por mucho que él siempre hubiera fingido desprecio hacia Donatus. El joven se había distinguido en la guerra, prestaba su deber en el Senado, y parecía poseer los atributos nobles de su padre y de su abuelo.

Por fin la litera se detuvo y Leptis ayudó a su esposa a descender. Juntos subieron la escalinata de mármol y fueron acompañados hasta su mesa por uno de los esclavos.

Era un acontecimiento majestuoso, el más concurrido de cuantos había visto, y los invitados todavía seguían llegando. Leptis contempló con admiración la decoración del palacio, las joyas que brillaban en los peinados femeninos, las fuentes de plata y oro llenas de exquisitos manjares. En una esquina, los músicos recibían a los invitados con sus melodías.

El esclavo los sentó en una mesa delante de la tarima del emperador, desde donde podrían verle y escucharle perfectamente.

—¿Aquí? — preguntó Frisca sorprendida en un susurro, cuando el esclavo le indicó que se sentara-. ¿Está seguro? ¿Vamos a estar justo delante del emperador?

El esclavo sonrió.

—A sus pies, señora, si sois Valerius Leptis y su esposa Prisca.

—Lo somos -dijo Leptis.

—En ese caso, Senador, éste es vuestro sitio.

Leptis se rasgó la cabeza dubitativo.

—Qué raro, no sabía que nos merecíamos tantas atenciones.

Prisca sonrió y le apretó el brazo.

—Por supuesto que te las mereces, Leptis. Últimamente has trabajado mucho, y la legislación que ha supervisado ha ido bien. Probablemente tus esfuerzos para convertir Roma en un lugar mejor no han pasado desapercibidos.

Leptis sonrió a su esposa y recorrió el amplio salón de banquetes con los ojos, buscando a Lelia. Las mesas se estaban llenando rápidamente, pero no la vio.

Poco después las puertas principales del salón se abrieron y el clarín de las trompetas anunció la entrada del emperador. Todo el mundo se puso en pie mientras Trajano y su séquito se dirigían hacia la mesa que les correspondía en la tarima.

Fue entonces cuando Leptis la vio. Lelia iba con el emperador, justo detrás de él, y detrás de ella su esposo, con la mano apoyada posesivamente en su cintura.

En ese momento comprendió que su hija era el motivo por el que les habían reservado aquel lugar. Donatus y su hija habían logrado ganarse el favor del emperador. Quizá Lelia quisiera restregarle las heridas, y probablemente él lo mereciera. Leptis quiso mirar hacia otro lado, pero no pudo. La estaba mirando fijamente cuando ella se volvió hacia él y le sonrió.

Aquella sonrisa, titubeante y cargada de esperanza, le rompió el corazón. Era como si le tendiera una rama de olivo en señal de paz, y Leptis no pudo evitar responder con una sonrisa a pesar de que los ojos se le llenaron de lágrimas.

El emperador hizo un gesto para que todos se sentaran, y después esperó, todavía de pie, a que cesara todo movimiento.

—Amigos míos -dijo por fin en voz alta-. Esta noche os he convocado aquí para un acontecimiento especial, un acontecimiento para honrar lo mejor de la vida romana. A un hombre, su esposa, la creación de un hogar y un hijo.

Trajano se volvió hacia Donatus e hizo un gesto.

—Marcus Flavius Donatus, acércate.

Donatus dio un paso hacia adelante y bajó la cabeza.

—Este hombre simboliza lo mejor de Roma -dijo Trajano-. Todos habéis conocido a su padre y a su abuelo, vuestros colegas en el Senado, por quien todos sentimos especial estima. Yo también los conocí, y me atrevo a decir que se sentirían orgullosos del joven Flavius Donatus y del servicio que me hizo en la conquista de Dacia. De hecho, su espada fue la que cortó la cabeza del malvado jefe renegado Decebalus.

Todos los presentes rompieron en aplausos y Donatus hizo una reverencia.

—Desafortunadamente -continuó Trajano-, cuando un hombre sirve al emperador en una tierra lejana no puede ocuparse de otros asuntos

domésticos importantes. Donatus, a su regreso, conoció a su hijo por primera vez.

Trajano dio unas palmadas y una esclava entró en el salón, caminando rápidamente entre las largas hileras de mesas con un niño en brazos.

Prisca sujetó el brazo de Leptis.

—¡Leptis! Es nuestro nieto. Nuestro nieto -exclamó sollozando, con lágrimas en los ojos-. Es la primera vez que lo veo.

Leptis asintió en silencio, porque el nudo de la garganta le impedía hablar.

La joven esclava entregó el niño a Donatus. Trajano soltó una carcajada cuando el pequeño fue inmediatamente a apretar la nariz de su padre.

—Esta noche todos vosotros sois testigos de un momento solemne. Normalmente, los padres romanos realizan esta ceremonia poco después del nacimiento de su hijo, pero como os he dicho, Flavius Donatus estaba bastante ocupado entonces en Dacia -se volvió hacia Donatus-. Es tu momento, Donatus.

Donatus asintió y se acercó hasta el borde de la tarima.

—Amigos y colegas, gracias por venir. Vuestra presencia aquí es muy importante para mí -miró directamente a Leptis y a Prisca-, y para mi esposa Lelia también.

Alzó al niño en brazos para mostrarlo a todos los presentes.

—Es igual que Donatus -dijo Prisca a su esposo-. Es un niño precioso.

—Yo, Marcus Flavius Donatus, proclamó que este niño, de nombre también Marcus Flavius Donatus, es mi hijo primogénito, y mi futuro heredero, y lo hago poniéndoos a todos vosotros como testigos.

Todo el mundo rompió en aplausos y Donatus entregó de nuevo al niño a la joven esclava, que se lo llevó. Trajano se acercó a Donatus.

—Esto, amigos míos, es lo que deseamos ver los romanos. Una familia joven y unida, la base de la civilización -el emperador se volvió a mirar a Lelia-. Y pronto esperemos que el favor de los dioses dé nuevo fruto en tu seno.

—Lelia se ha ruborizado -susurró Prisca-. ¿No creerás que...?

Leptis soltó un bufido. Tenía que haberlo imaginado. Donatus era un hombre fuerte y sano y Lelia una mujer joven y hermosa, en la flor de la vida. De repente, oyó su nombre y vio a Trajano que le hacía una indicación para que se acercara a él.

—Enhorabuena, Valerius Leptis por la continuación de tu familia -le dijo-. Ya he recompensado a tu hija y yerno con una pequeña propiedad, y a Donatus con el puesto de edil en agradecimiento a sus servicios al emperador y a Roma. Para ti, este presente de dos estatuillas de oro. Tu hija me dice que tienes un hermoso jardín, y sería un honor para mí si encontrarás un lugar en él para estos preciosos delfines.

Leptis hizo una reverencia. Todo el mundo aplaudió.

Entonces Trajano bajó la voz y habló sólo para Leptis.

—Sé, Valerius Leptis, que en estos momentos tu hija y su esposo no están entre tus favoritos, pero te suplico que olvides el pasado y recuperes la relación familiar con ambos.

Leptis hizo una reverencia y asintió.

—Lo haré, mi señor.

Trajano sonrió y retrocedió mientras hacía una indicación para que continuara el banquete. Los músicos ya estaban interpretando una alegre melodía cuando Leptis se sentó en su sitio.

—¿Qué te ha dicho? — le preguntó Prisca.

—Me ha dado permiso para ser abuelo -dijo Leptis sonriendo y dándole unas palmaditas en la mano-. Abuelo, Prisca. Piénsalo.

Aquella noche, mientras abrazaba a su esposa, Donatus se sintió en paz consigo mismo. La vida no podía ser mejor, y él deseaba captar la sensación y destilarla en un elixir exquisito para poder saborearlo el resto de sus días. La luz de la luna acariciaba el lecho en el que yacían y la cuna donde dormía su hijo.

—¿Donatus? — preguntó Lelia-. ¿En qué estás pensando?

Él la besó en la nuca.

—En ti.

Lelia se echó a reír.

—Siempre dices lo mismo.

—Porque sólo pienso en ti.

Tras un silencio, Lelia continuó.

—Esta noche ha sido maravillosa. Nadie se ha atrevido a castigar al emperador por su amistad con Leda la Gladiadora.

—Y nunca se atreverán, Lelia.

—Ni siquiera mi padre parecía enfadado.

—No lo está.

Lelia se volvió y lo miró a la cara.

—¿Cómo lo sabes?

—Tengo mis medios -dijo él-. Es una información valiosa para mí, pero que tú debes pagar.

—¿Pagar cómo? — preguntó ella extrañada.

—Amándome, Lelia. Dejándome disfrutar de tu belleza.

Lelia se echó a reír.

—Donatus, amor mío -le rodeó el cuello con los brazos-. No deberías pedirme que te pague con lo que ya es tuyo -y le besó apasionadamente.

Cuando por fin él se separó, Lelia gimió.

—Cuando me besas así no puedo pensar.

Donatus se echó a reír y deslizó una mano sobre un seno, tomando el pezón entre los dedos.

—Pues no pienses. Sólo déjame amarte.

Lelia suspiró y se arqueó contra él a la vez que le buscaba con la mano. Entonces fue él quien perdió toda capacidad de pensamiento racional.

Cuando por fin descansaron de nuevo saciados y relajados, la luna se había alzado muy alto en el cielo.

—No entiendo por qué Trajano te ha regalado la mansión de Messalina -dijo Lelia al cabo de un rato.

—Yo sí.

Lelia volvió la cabeza para mirarlo.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Porque se lo he pedido yo. En principio le dije que deseaba comprarla, por supuesto, pero me la ha regalado. Como recompensa por el dolor de la pérdida de nuestro hijo, según sus palabras.

—¿Y para qué querías comprarla?

—Para Severina. Un día le oí decir a Didia que deseaba aprender a cocinar mejor, y que su sueño siempre había sido tener una posada. Pensé que el edificio era perfecto.

—Oh, es una idea maravillosa, Donatus. Pero ya sabes que las mujeres no pueden tener propiedades.

—Oh, oficialmente la propiedad no pertenecerá a Severina. Pertenecerá a Lucan.

—¿Lucan?

Donatus sonrió.

—Sí. Lucan fingirá supervisar el negocio y firmará los documentos legales importantes, incluso es posible que tenga que vivir allí. Pero, en realidad, la nueva posada de la calle Toscana pertenecerá a Severina. No tendrá que compartir los beneficios con él ni con nadie. Pronto será una dama muy acaudalada.

Lelia ladeó la cabeza y se echó a reír.

—¿Severina y Lucan? Esto puede ser interesante.

—No sólo eso. Lucan necesita una esposa, y Severina un esposo.

–Pero Lucan aquí está en peligro.

–No lo creo. Trajano no está contra los cristianos, siempre y cuando no causen problemas. Él no ha dado órdenes a los soldados de ir a buscarlos. Mientras Lucan sea discreto y no cause problemas, no le pasará nada.

Lelia asintió.

–A Druscilla no le hará mucha gracia ver que Lucan se casa con otra mujer. Creo que está enamorada de él.

Donatus dejó escapar un bufido.

–Druscilla todavía no está preparada para ser esposa de nadie -dijo en tono protector-. Y yo no estoy preparado para perder a mi hermana pequeña.

–Entonces prepárate para enfrentarte a su ira -rió Lelia.

Donatus se echó a reír.

–Creo que prefiero enfrentarme a los dacios.

Lelia recorrió la línea del vello del pecho con el dedo.

–Y hablando de ira... aún no me has dicho cómo sabes que mi padre no está enfadado.

–Porque antes de terminar el banquete me ha mandado un mensaje.

–¿Un mensaje?

–Sí, Lelia. Nos ha invitado a los tres a cenar en su casa mañana por la noche.

Lelia dejó escapar un suspiro y permaneció un largo rato en silencio. A la

luz de la luna, Donatus creyó ver el destello de las lágrimas.

–Por fin la pesadilla ha terminado -dijo.

Donatus sonrió en la oscuridad.

–Eso parece, amor mío. No puedo prometer que no habrá más momentos duros ni más tragedias, pero te prometo que mientras quede un mínimo aliento en mi cuerpo no estarás sola.

–Oh, Donatus -dijo ella-. Incluso en los momentos más desesperados supe que volverías a mí. No me equivoqué.

–No, no te equivocaste. Pero necesité tiempo para ver que tú eres para mí más que ninguna otra cosa. Más que mi vida. Más que mis temores.

–¿Más que nada, Donatus? – preguntó ella, poniéndose repentinamente melosa-. ¿Más que una noche de descanso?

Con un bufido, Donatus la hizo rodar por la cama y la sujetó bajo su cuerpo.

–En la guerra aprendí a sobrevivir sin descansar -le dijo él-. No podrás agotarme, por mucho que lo intentes.

Lelia se echó a reír con un sonido ronco y sensual, profundamente excitante.

–Demuéstralo, Flavius Donatus. Ámame otra vez.

Donatus la besó, pensando que estaba más que preparado. Y que podía demostrárselo durante toda su vida, empezando aquella noche, con un hijo durmiendo junto a ellos y otro en su seno.

Al deslizar su cuerpo en ella, Donatus recordó la nana de su infancia, pero esta vez le recordó a Lelia. Sólo a Lelia, al amor que compartían y a los hijos que habían concebido:

«En el campo hay un olivo
y en el olivo hay una rama,
una dulce y bonita daga,
para el niño que ha nacido
en esta nueva mañana».

Sonrió y se movió dentro de ella con un ritmo lento y preciso, el mismo ritmo de la nana, amando a su esposa y haciéndole saber que siempre se sentiría agradecido por la hermosa vida que le había regalado.

* * *



OceanofPDF.com

RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

Lyn Randal



Creció en una granja de Mississippi, donde los largos veranos y la escasa vida social la llevaron a adorar los libros y a desarrollar la creativa imaginación que fluye hoy en día de sus historias.

El área había producido previamente a grandes de la literatura como William Faulkner, Eudora Welty, y (de la propia ciudad de Lyn) Elizabeth Spencer. Con tal herencia de talento local, probablemente era inevitable que Lyn eligiera estudiar Literatura Inglesa y Americana en la Universidad Femenina de Mississippi, y que continuara posteriormente compartiendo su pasión con otros mediante la enseñanza.

Durante ese tiempo, también se casó con un apuesto y digno héroe y crió dos niños normales y ruidosos. Completó su educación (un Master en Administración de escuelas) y se autoeducó en toda clase de habilidades domésticas, desde la jardinería y el quilting hasta hacer mermeladas y configuras caseras. Pero ella nunca olvidó su primer y más secreto sueño, hacer novelas románticas que combinaran fuertes conflictos emocionales con interesantes escenarios históricos.

En 2001, debiendo afrontar la graduación inminente de su hijo mayor y sintiendo las primeras conmociones de “nido vacío”, decidió que había llegado el momento de hacer sus sueños realidad. Hacia 2006, había terminado cuatro novelas completas, hecho una horda de nuevos amigos, ganado numerosos premios del circuito de concursos del RWA (Romance Writers of America), y conseguido «la llamada» de la editorial Harquelin Mills Boon.

«Escribir es un trabajo solitario -dice- lleno de ansiedad, y a menudo frustrante. Pero prefiero hacer eso que cualquier otra cosa que conozca».

Todo por amor

Entre el calor y el polvo de la arena del Coliseo romano, una mujer alza su espada. El público aclama a Leda, la famosa gladiadora. Entre ellos está el hombre que la amó y después abandonó: Marcus Flavius Donatus.

Antes el nombre de Leda era Lelia, amada hija de un senador romano. Desterrada del seno y la fortuna familiar, Lelia se vio obligada a venderse como gladiadora esclava. Ahora Donatus está decidido a reparar el daño causado y hacerla su esposa.

Sin embargo, Lelia se enfrenta a la decisión más importante de su vida: la independencia y el peligro de seguir luchando en la arena, o un futuro incierto junto al hombre que amó.

* * *

OceanofPDF.com

© 2007 Leigh Randal

Titulo original *Warrior or Wife*

Traducido por Elena Rufas Yuste

Publicada originalmente por Harlequin

Books, Febrero/2007

© Editado por Harlequin Ibérica, S

A

Colección Amantes del Romance

Histórico, 16

Primera Edición: Abril/2008

ISBN 978-84-671-5783-3

Deposito legal B-4399 2008

**This file was created with BookDesigner program
bookdesigner@the-ebook.org
27/09/2008**

LRS to LRF parser v.0.9; Mikhail Sharonov, 2006; msh-tools.com/ebook/

OceanofPDF.com